

BIOGRAFÍA DE UN CUERPO

MÓNICA RODRÍGUEZ



Las piernas recorridas por hilos de cobre. El pie extendido, el muslo flexionado. La música cambia. Soy yo el que está ahora en el escenario haciendo cabriolas y de nuevo Álex llega, lo ocupa todo, baila. Los aplausos como el fragor del agua. El público arrebatado. La danza sucediéndose en esta caída de agua. Todo sucediéndose... Pero ¿y si no quiero que suceda? ¿Y si no quiero seguir bailando?


Mónica Rodríguez

Biografía de un cuerpo



Título original: *Biografía de un cuerpo*
Mónica Rodríguez, 2018
Diseño de cubierta: David de las Heras
PREMIO GRAN ANGULAR 2018

Revisión: 1.0

 20/07/2020

A Marta y sus compañeros de conservatorio.

*A todos los estudiantes de danza.
A los adolescentes que escriben su biografía con el cuerpo.*

Nadie supuso que junto a mí estuviera otro que, al fin, era yo. Siempre me juzgaron idéntico a mí.

PESSOA

1

El cuerpo manda. Obliga, es un tirano. Lo miro en el espejo a través del vaho. Largo, recién amoldado a esta corpulencia que me desconcierta. Las costillas marcadas, los músculos del vientre esbozados por líneas oscuras, el ombligo. Aún las gotas de agua lo cubren. Pequeñas constelaciones detenidas en la pelusa. El grifo gotea; su sonido metálico es un martilleo rítmico que no quiero escuchar, pero que escucho. Los azulejos del baño están empañados. Bajo la neblina del vapor, contra el espejo, destellan los muslos dorados, casi blancos, el sexo entre las piernas, encogido sobre la mata oscura. Las rodillas formando un pequeño arco. Agacho la cabeza y me detengo en esa visión desde arriba. Estas no son mis piernas. Ni ese pene lánguido, acobardado como si no fuera un tirano, me pertenece. El vello de mis piernas sombrea la piel húmeda, las gotas prendidas en los pelos, aplastados bajo el peso del agua. Son extraños vistos desde esta perspectiva. ¿De quién serán esas piernas? ¿Y esos pies grandes, de hombre? Levanto los dedos y se marcan los tendones como si alguien tirara de una cuerda. La piel se vuelve mansa, lisa, casi deslumbrante por los talones, los costados. Miro tanto esos pies que ya no parecen pies. Me fijo en sus dedos grandes, que debo domar y doblar, estirar. Me pongo de puntillas, desciendo. Hay un pequeño charco en las baldosas, bajo mis plantas. Y la gota del grifo. Clin, clin, clin. Vuelvo a levantar la cabeza. El espejo se ha empañado lo suficiente para que solo vea un borrón de ese cuerpo. Esa pincelada impresionista soy yo. Froto el espejo con la palma de la mano. Mi rostro aparece en el agujero del vaho y sé que es mío. Lo distingo porque lo he visto muchas veces en este mismo espejo, su imagen especular, ahora distinta, más angulosa, menos dulce, con un ligero vello sobre el labio superior. Pero, aunque haya cambiado, hay algo que es solo mío, que soy yo, un puñado de gestos, esa mirada hosca, tímida, confusa, enmarcada ahora por las pestañas mojadas. No sé qué es, no sé qué soy yo, pero estoy ahí, en ese rostro, que hasta hace poco era suave y blanco como la piel de una cebolla. Sonrío. Los brillos metálicos de los hierros esconden mis dientes. Muevo la boca y siento el rozamiento de los *brackets*, paso la lengua por ellos. Todavía tengo que acostumbrarme a su presión. El agujero del espejo comienza a empañarse de nuevo. Voy desapareciendo y eso me provoca un pequeño vértigo. Entonces empiezo a tiritar. Tengo frío. Mi cuerpo tiene frío. Manda, me obliga a envolverme en la toalla. Me siento en la taza del váter. Sigo tiritando, pero no voy a vestirme, no voy a obedecerle. Miro el desodorante sobre el lavabo. El cuerpo grita cuando suda. Pero ahora tiene frío y no voy a moverme, no. Golpes en la puerta. Me sobresalto. ¡Haz el favor de salir del cuarto de baño! La voz de mi madre. Estoy harto de someterme siempre. El cuerpo, los adultos. Resistiré aquí sentado, tiritando. Clin, clin, clin. Tengo la piel helada, como si una plancha metálica me envolviera. Los músculos tensos de tanto soportar el frío. Las plantas de mis pies mojadas son un trozo de algo que ya no siento, pero son mis pies. Mis pies. Mi torso. Los labios tiritando. El frío. Ya no lo soporto.

El cuerpo gana y me envuelvo en la toalla.

Salgo del cuarto de baño.
También mi madre, que espera fuera impaciente, gana.

2

Soy un dios alojado en el cuerpo de un toro.

3

Estira más.
No puedo.
Claro que puedes. Estira.
Lo hago.
Te tiembla la pierna, no pongas tanta tensión.
Lo intento.
No hay que intentarlo, hay que hacerlo. ¡Estira!

Noto cómo el sudor nace en mis sienes, en mis axilas. Mis mejillas empiezan a arder del esfuerzo. No puedo controlar la tensión, la pierna me tiembla ligeramente. Si me relajo deja de hacerlo, pero entonces no la estiro lo suficiente. Me concentro en el pie, en toda la fuerza del pie, y tiro de él hacia arriba. El muslo ya no aguanta más. La pierna cae desobediente.

¿Quién te ha dicho que la bajes?

La profesora se ha vuelto hacia mí. Grita, golpea el suelo con uno de sus zapatos elásticos y negros.

De inmediato, trato de subirla de nuevo. Noto el hormigueo de la tensión.

Ella se acerca, me sostiene la pierna por el tendón de Aquiles, con firmeza. La misma que desprenden sus ojos inflexibles. La levanta.

Cuidado con la cadera. Controla el peso.

Lo hago. Siento las fibras del músculo interno tirando. Rita, la profesora, suelta la pierna, que se baja ligeramente. Trato de sostenerla, sudo. Me inclino hacia la barra. Mi mano se aferra a ella con demasiada fuerza.

Puedes hacerlo mejor, dice.

Rita cambia de ejercicio, se pasea por la clase. Coloca un hombro, sube una barbilla. Pasa el dedo por la columna vertebral de una espalda que de inmediato se estira. Del cansancio veo la clase borrada por una leve neblina, las luces en el espejo. La profesora detenida frente a Álex asintiendo, el borrón del piano negro, abierto como un fénetro, en una esquina de la sala.

Muy bien, Álex.

Dos palmadas.

Centro.

Nos colocamos todos frente al espejo. Hay un ligero murmullo, mientras vamos buscando nuestras posiciones. Mi maillot está sudado. Siento la humedad en la espalda. Clara me mira y sonrío, y algo se encoge dentro de mí. Ella se coloca en segunda fila. Yo trato de ponerme en la primera, no en el centro, en un lateral. Rita está seleccionando la música con el pianista. Álex está en el centro y resopla mirándome cómplice. Nos colocamos. Veo las figuras en el espejo, todos con las espaldas muy rectas, la cabeza alta, los moños tirantes, los maillots sudados. Respiramos. Me detengo en mi imagen. Ese es mi cuerpo. Lo noto, pulsa dentro de mí, aúlla cansado. Dolorido. Por un instante lo vuelvo a ver como un extraño. Un extraño que me lleva la contraria, me reta.

Cierro los ojos y vuelve a ser mío.

Necesito este dolor para domarlo.

Para bailar.

Me gusta este dolor.

Adagio, dice Rita. Cuando quieras, maestro. Yo abro los ojos. El piano empieza a sonar, las notas caen como nudos de luz por el aula. Levanto un brazo...

4

¿Estás bien?

Claro, por qué lo dices.

No sé, te he visto raro en la clase. Cansado.

No estoy cansado.

¿Vienes a comer?

Ahora voy.

Te cojo sitio.

Veo a Clara alejarse hacia los vestuarios, con la mochila al hombro. El corazón me golpea como cuando termino de hacer los saltos. Sin que yo pueda controlarlo. Tan rápido, tan violento. Golpes de animal vivo. Pero este fluir me gusta. Me hace sonreír y me asusta a un tiempo. Es Clara la que lo desencadena. Ella me dice que me reservará un sitio a su lado en el comedor y abre la compuerta. El torrente del pulso precipitándose. Clara manda sobre mi cuerpo.

Entro en el vestuario de chicos. Álex sale de la ducha, desnudo, dejando un reguero a su paso. Se seca con la toalla el pelo húmedo. Por un momento admiro su cuerpo. Es perfecto para la danza, tiene flexibilidad, empeines, potencia. Álex, muy bien. Álex, perfecto. Álex, si sigues así, serás un gran bailarín. Álex, repítelo, que te vean todos. Álex. Álex. Álex. Agita la cabeza y su pelo en hebras castañas y rubias, del color del tabaco, desprende diminutas gotas, como una aureola. Entonces posa sus ojos, también rubios, en mí y vuelvo la vista hacia los baños, avergonzado, en un movimiento brusco. Simón y Manuel ya están vestidos, el pelo empapado y negro, peinado hacia atrás. Me miran a través del espejo cuadrado, incrustado en la pared. Desparejos: Simón, muy alto; Manuel, bajo.

No te va a dar tiempo a comer si no espabilas, tío.

Encojo los hombros. Mi corazón ya se ha calmado. Pienso: Clara, y está calmado. Pero las comisuras de mi boca se dilatan en una sonrisa que provoca su nombre. La contengo mientras miro cómo Simón se echa colonia.

Pero qué haces, marica, eso huele que apesta.

Manu le quita el bote, se pelean de mentira. Se insultan, se dan algún golpe en el bíceps y salen del vestuario arrastrando las mochilas, a voces, riendo, las tarteras colgadas del hombro.

¿Te espero?

Álex me mira mientras se pone la cazadora. Inclina la cabeza ligeramente. Tiene el rostro redondo, aún imberbe, y su belleza es deslumbrante, amarilla, de niña.

No, digo. Me cogen sitio.

¿Clara?

Muestra una sonrisa irónica cuando dice su nombre. Me encojo de hombros. Siento el calor en las mejillas y me ofusco. A ti qué te importa, pienso, y no digo nada. Con brusquedad abro el grifo de la ducha. Un chorro de agua, como un aguacero repentino, cae contra las baldosas. Su estruendo apaga los pasos de Álex. Sus últimas palabras. El reproche.

Se te nota demasiado...

Bajo la ducha, sin saber por qué, grito. Un grito ronco, salido de las entrañas, como una flema que arrojo y que acalla el estallido del agua.

5

Las calles de la ciudad corren veloces. Mi rostro se superpone al asfalto y los edificios de cemento. Un sol intermitente hace desaparecer mi reflejo, me hiere los ojos, se esconde. Ribetea un edificio y me deslumbra de nuevo. El cristal parece alargar su centro amarillo en dos rayos verticales. De pronto las voces del autobús cobran formas, un murmullo o un vendaval y el golpe de alguien que se sienta a mi lado. Luisa.

Ojalá haya un atasco y no lleguemos al instituto.

Es china, adoptada. Tiene las piernas musculadas y fuertes. Le permiten girar rápido, girar mucho, es la campeona de los giros en la clase. Giraluisa le decimos, y ella se ríe echando la cabeza hacia atrás. Se ha soltado el pelo y ahora le cae por ambos lados de la cara, le tapa las espinillas de la frente. Entrecierra más sus ojos oblicuos, sus pupilas de aceituna negra. Arruga la nariz y muestra unos dientes sin *brackets*, imperfectos. Debería llevar unos. O no. Por qué necesitamos buscar la perfección. Siempre tirando de esa cuerda, tensando. En el baile. En el rostro. En el cuerpo. Alba tiene mucho pecho, Manuel es bajo, Simón alto. Yo tengo los muslos demasiados grandes, los pies poco flexibles. Llevo *brackets*. No hay *brackets* para los pies poco flexibles.

A ver quién aguanta ahora a la Colorinchis. Seguro que me pregunta.

¿No has hecho los deberes?

No hay quién los entienda.

Si el Notas pone un vídeo, puedes hacerlo en su clase, no se entera de nada.

Si pone un vídeo me duermo. El otro día me despertó Alba.

¿En serio? Qué fuerte.

Hablo como si fuera otro el que habla.

El sol está ahora de frente. Subimos por la calle ancha, ajetreada, con un bulevar de plantas tristes y de cemento que desemboca en el instituto. El sol ilumina la mano de Luisa, que la levanta con gracia. Como una bailarina, claro. El autobús frena. Bajamos, sacamos las mochilas.

¡Buena tarde, chicos!, grita el conductor.

Y mira la hora. Pienso que le espera el hijo que muestra en una fotografía, colgada del espejo retrovisor. Un niño de unos cinco años, gordito, sonriente, vestido con una camisa que le agobia el cuello, y pienso que le espera ese hijo y que por eso está siempre alegre, bromea, nos cuenta chistes malos. Solo se enfada si nos levantamos de los asientos. De un modo exagerado, feroz. Grita, con la vena del cuello hinchada.

¿Es que queréis que dé un frenazo y que os vayáis todos al otro barrio, joder?

Nos precipitamos a los asientos, porque así, el conductor, Héctor o Ernesto, nunca me aclaro, da miedo. Es un exagerado, decimos todos, mientras a él le tiemblan las manos y sigue conduciendo, y al rato ya está riéndose y contándonos uno de sus viejos chistes. Su enorme tripa agitándose con las risas y los baches del camino.

El autobús se marcha. Miro hacia la salida del metro por ver si llega Clara. Ella no va en la ruta. Es de las pocas que van en metro, como los mayores. Simón y Manuel se juntan con Luisa y conmigo. Apretamos el paso. Se oyen los gritos de los chicos, el chirriar de las ruedas de las maletas contra el asfalto. La mayoría, en lugar de mochilas, llevamos maletas, como si ya nos fuéramos de gira. Vuelvo de nuevo la cabeza hacia la salida del metro, pero no veo a Clara. Es Álex el que se interpone en mi visión. Camina junto a María. Ellos son los que sacan las mejores notas en la clase de danza clásica del conservatorio. Son el centro de las atenciones de la profesora. Son los mejores. Hay un momento en que él la coge de la cintura y la suelta y todo lo hace mirándome y riéndose. Pienso en Clara, en su cintura, y un calor me asciende por las mejillas, un vértigo que me empuja y aprieta mis vaqueros, y me siento culpable. Avergonzado. El cuerpo habla.

6

La primera vez que me habló, me sentí desconcertado. No sabía muy bien qué ocurría, mientras mi cuerpo tomaba la palabra, se erguía. Emancipado, sin querer saber nada de mí, salvo aquellos pensamientos que cruzaban mi cabeza. La luz de esas figuras imaginadas y el calor. Un calor súbito que me hacía jadear. Todo concentrado abajo, en el vientre, ahí, pulsando y qué me pasa. El vértigo del cuerpo en otros cuerpos soñados, entrevistados. La necesidad de tocarlos. La mano ajetreada, pero era esto. Esto de lo que hablábamos los amigos, entre risas azoradas y fanfarronas.

Esto.

El vértigo y la luz.

Después el abandono, la calma, esta incomodidad, el sobresalto al escuchar la voz detrás de la puerta.

¿Quieres salir de ahí de una vez?

La respiración empezando a sosegar, mientras los ojos se fijan en esa luz remota de los azulejos del baño, como los de un presidio, y el pestillo echado.

7

¡A cenar!

No puedo.

¿Estás haciendo los deberes?

No, no tengo deberes, ya lo sabes. Entre semana, no.

Pues ven a cenar.

No puedo.

Se te va a enfriar. ¿Qué estás haciendo?

...

¿Quieres contestarme?

Estoy con el aparato del pie.

Siempre con ese cacharro. ¿Quieres quitártelo y venirte a cenar?

No contesto. El empeine se estira bajo la presión de la goma, el talón apoyado en el palo de madera. Veinte minutos. Así cada noche. Un pie, luego otro. Es una forma de domarlos. Para bailar hay que tener buenos pies.

Como los de Álex.

Me recuesto en el sofá con la pierna estirada y el pie embutido en la goma. Cambio de canal. No hay nada interesante, pero estoy atento a esa variación de luces y formas que muestra la pantalla. Mi cuerpo se amolda a los cojines, agradecido. Al fin nuestro momento, parece decir. Tu momento, le digo o me digo, y cierro los ojos un instante. El día pasa veloz bajo mis párpados. La mañana en el conservatorio, la comida rápida, recalentada en el microondas, la ruta, la tarde en el instituto, Clara. La voz más alta de los anuncios llama mi atención. Sabor cinco estrellas.

¿Quieres venir a cenar?

Pero es mi madre la que viene y me deja la cena en una bandeja, sobre mis rodillas. Me da un beso.

Hay que ver, siempre te lo pones a la hora de la cena.

Y mi hermano por detrás, protestando: Siempre cena en el salón.

Los ignoro. Aunque no quiero, oigo a mi padre darle una colleja.

¿Quieres callarte, Luis? Si tú hicieras tantas horas como tu hermano, si tú te sacrificaras por algo en esta vida, en lugar de estar amarrado al móvil, también podrías cenar en el salón.

¡Pero si no tengo móvil!, protesta mi hermano.

Escucho otra colleja. Después, solo los anuncios de la tele.

8

Mi padre.

Es robusto, tiene los ojos tártaros, las mejillas pronunciadas. Trabaja en el mundo de la cultura, le apasiona cualquier disciplina escénica, el *ballet* incluido. El *ballet*. Desprecia todo lo que no tenga relación con el arte, y eso que mi madre es profesora de inglés. En una academia. En cierta medida también la desprecia a ella. A veces la mira con sus ojos turcos, donde se suceden batallas de caballos, y baja los párpados, como quien observa a un insecto curioso, mientras ella va y viene por la casa, o se detiene, mansa, en los papeles con tachones de sus alumnos. Pronunciadas las arrugas del rostro, la mirada mostaza, resbaladiza, de mi madre.

Yo soy el hijo predilecto.

Lo digo en voz alta. Me río irónico. El hijo predilecto. Hay orgullo y rabia en esta frase.

Yo soy el hijo predilecto.

Yo soy el hijo predilecto de mi padre.

Recuerdo su mano fuerte apretando la mía, de camino al conservatorio, a los ocho años. La seguridad de esa mano, de esos dedos entrelazados con olor a loción. Su sonrisa.

Lo vas a hacer muy bien. Esos muslos poderosos son como los de Nijinsky.

¿Nijinsky?

No sabía quién era, pero su nombre sonaba como una cascada, como un tintineo. Era un nombre de violín, amarillo, rabioso. Titiritero. Nijinsky, Nijinsky...

Hijo, en los saltos no hay quien te supere. Ni en la musicalidad. Como él, el gran Nijinsky. El hombre que conquistó el aire.

Yo empecé a dar saltos, aún agarrado a esa mano. Nijinsky, Nijinsky. Mi padre silbaba una danza húngara, enlazaba con un vals, saltaba conmigo y los dos reíamos. A la entrada del conservatorio, se arrodilló a mi lado.

Lo vas a hacer muy bien, hijo. Solo son unas pruebas, te mirarán el cuerpo, te harán saltar. Y a ti eso se te da de miedo.

Yo no quería defraudarle. Para él era importante que entrara. Para mí también, porque para él lo era. Aún no sabía distinguir el mundo más allá de sus ojos tártaros.

Entonces mi padre tenía bigote. Se lo tocó mientras yo me colaba por aquella puerta, desprendido ahora de su mano, subiendo los peldaños hacia el oscuro y desconocido mundo al que me había llevado. Olía a sudor, a madera. Había muchas niñas. Llevaban mallas, moños, cintas en las cabezas. Distinguí entre la multitud algunos niños. Pocos. El color negro de su ropa deportiva destacaba entre esa confusión pálida...

Recuerdo poco de las pruebas, que allí estaba Simón y que era simpático. Que alguien tocaba el piano y que yo salté como me había dicho mi padre. La música me llevaba y yo corría detrás de ella. No podía estar quieto, nunca pude. Nos pusieron a todos en fila y una señora nos fue mirando el cuerpo, los pies...

Cuando salí, mi padre me estaba esperando nervioso.

¿Y bien?

Yo me encogí de hombros.

Lo importante es que lo hayas pasado bien. Que lo disfrutaras. ¿Lo disfrutaste?

Volví a encogerme de hombros mientras cabeceaba.

Había algo confuso dentro de mí. Todo aquello me producía inquietud y deslumbramiento. Me gustaba bailar desde muy pequeño. Lo recuerdo. Recuerdo el piano de mis vecinos y mi cuerpo moviéndose con esos hilos imprecisos que venían de algún lugar del techo. Y también las sonatas que mi padre ponía en el salón que me hacían girar, mover los brazos. Los saltos.

Recuerdo que quería volar.

Papá, ¿por qué no volamos como los pájaros?

Sí podemos hacerlo, hijo. Con el pensamiento, con la imaginación.

Pero yo no me refería a eso, me refería a volar con el cuerpo, a sostenernos en el aire. A dar un salto y no caer nunca. Como en algunos sueños.

Yo no quiero volar con el pensamiento.

Mi padre me miró divertido. Desordenó mi cabello con aquella manaza suya, que luego levantó hacia el aire, como si soltara un pájaro. Sonrió alegre. La mano contra el sol.

Entonces baila.

9

El niño parecía más bien delicado de salud. Torpe. Lo miraba todo con una timidez enfermiza donde también se adivinaba la fuerza de un instinto brutal, y no sabían si había furia o silencio en aquellos ojos. Tenía buenos pies, buenos muslos. Caminaba erguido en sus ropas crujientes, de marinero, y sus medias hasta las rodillas. A ratos sonreía, pero allá, dentro de sus ojos, de sus músculos, había algo indómito, tímido. Perturbador.

Entonces les dijeron a todos los candidatos: «¡Saltad!».

Los niños saltaron y eran muchos.

Nicolás Legat, el maestro de la Escuela del Teatro Imperial de San Petersburgo, cabeceó impresionado al ver los saltos de aquel niño. Se acercó a comprobar sus muslos. Eran fuertes como los de un toro bravo. Sin domar.

«Eso puede hacerte un gran bailarín», le dijo.

Y Vaslav Nijinsky fue admitido en la escuela, junto a menos de una decena de niños, de entre los cientos de solicitantes a la escuela de bailarines imperiales. Era agosto y hacía calor. 1906.

10

Mi padre colgó el teléfono y echó la cabeza hacia atrás, los ojos humedecidos por una emoción repentina.

Y entonces, ¿qué? Anda, que nos tienes en ascuas.

Mi madre le miraba sujetando pares de calcetines desaparejados y los pantalones de chándal de

mi hermano.

El quinto de setenta.

¿Cómo?

Que ha quedado el quinto de los setenta aspirantes.

Volvió a sonreír y los dos se giraron hacia mí.

¡Enhorabuena, cariño!

Has entrado en el mejor conservatorio de danza del país.

Mi padre se agachó para estar a mi altura.

¿No estás contento, hijo?

Digo que sí con la cabeza, mientras mis hombros, sin querer, se levantan.

Su alegría se me contagia. Me río. Pero por dentro se sucede la incertidumbre. El vértigo.

Estoy contento porque estás contento y necesito tu mano. Papá.

11

Manuel entró en clase unos días más tarde que el resto. Tenía el rostro ovalado, triste, rizos negros que le colgaban por la nuca, los miembros largos. Había algo en sus ojos que incomodaba, estaban siempre moviéndose, como si no pudieran fijarse en las cosas o le pesaran, y acababa arrastrando su mirada por el suelo. Yo me alegré de que hubiera venido. Estábamos en tercero de enseñanzas elementales. Tres años en el conservatorio. Simón y yo éramos los únicos chicos. Ya no podíamos ir a ningún cumpleaños ni hacer ninguna extraescolar del colegio. Las tardes eran para el conservatorio. No nos importaba, nos gustaba. O no teníamos tiempo para pensar en otra cosa. El espejo y tú. El espejo y nosotros. El espejo y Ana Isabel, la profesora de danza clásica. Durante las clases, levantó la barbilla de Manuel dos o tres veces, le dijo que mirara hacia arriba. Manuel lo intentaba.

Venía al conservatorio a escondidas de su abuelo. No entendíamos por qué. Le mirábamos como a un extraterrestre.

Cree que bailar es de maricas.

Pero eso no es verdad.

No, yo no soy marica.

Y qué si lo fueras.

No lo soy.

Sus ojos huyendo.

Después nos confesó que su padre también le había puesto pegas. Venía de lejos, de un barrio de obreros. Una hora de ida y otra de vuelta en transporte público todos los días. Su padre se negaba a traerlo, pero su madre tenía la fuerza de un ciclón. Discutieron mucho, discutieron por su culpa y el padre pegó un portazo y se fue. Su madre no flaqueó, no se replegó. Porque Manuel siempre tuvo claro que quería bailar. *Ballet* clásico. Siempre. Desde aquella película...

¿Billy Eliot?

No.

¿Cuál?

Una.

¿Cuál?

La de las doce princesas bailarinas.

¿Cuál es esa?

¿La de *Barbie*? Es la de *Barbie*, tío.

Simón y yo nos empezamos a reír.

Pero si esa película es de niñas...

Entonces vimos sus ojos. Ahora sí los vimos porque los levantó y eran líquidos y estaban llenos de dolor.

Sois como mi abuelo.

Simón y yo bajamos la cabeza, avergonzados.

Cuando salimos estaba lloviendo. Mi padre me esperaba en la puerta como siempre, el pelo empapado, los hombros humedecidos, llenos de minúsculas gotas. Lo vi a través del aguacero, envuelto en su luz opaca, violenta. La expresión le cambió al descubrirme. Levantó la mano y me sonrió. De pronto, me di cuenta de lo mucho que quería a mi padre. Como si algo en mi corazón se hubiera roto y su calor se esparciera por dentro. Me alegré de que no fuera como el padre de Manuel.

12

Aparece en la puerta, se apoya en el dintel y me mira. Sus ojos me recorren como dos jinetes, me examinan. Cuando se cruzan con los míos, sonrío. Pretende ser una sonrisa cómplice, pero yo aparto la vista enseguida. La hundo en las luces de la tele.

He visto muchas veces esa sonrisa. Mi pasión por la danza le estimula. Me habla, me pregunta sobre las clases, sobre mis progresos. Me matricula en cursos de verano, siempre con esa sonrisa. ¿Y qué te parece la escuela Vaganova? ¿Y ese otro profesor que viene del *American Ballet*? Habrá que pensar en hacer un curso en la London School. Es muy caro, pero podemos ahorrar. Así tu madre practica inglés. Y ella: Deja al niño, a lo mejor en verano quiere descansar. Entonces él me mira así, como ahora, con los ojos cómplices, como diciendo qué le vamos a hacer, tu madre no entiende a los artistas. Y a mí me gusta tenerlo de aliado, que esté dispuesto a pagarme los cursos.

Pero ahora su sonrisa me exaspera. Me molesta esa complacencia, esa forma de mirarme como si quisiera abrirme para inspeccionarme por dentro. Mis vísceras, mis secretos. Como si así supiera lo que he avanzado hoy en clase de danza y solo le interesara eso. Como si solo valiera porque bailo.

¿Qué tal en el conservatorio hoy, Nijinsky?

Se sienta a mi lado, desparramándose en el sofá. Me golpea la rodilla.

¿Todo bien?

No contesto. Mi cuerpo se tensa, pone una barrera. Ni siquiera le miro por no ver esa sonrisa

satisfecha, cándida, altiva.

Él trata de pasar por alto mi indiferencia.

Se recuesta en el sofá y se frota los ojos. Habla, dice algo del cansancio, de que lleva todo el día trabajando, y sus palabras me sacan de quicio. Yo sí que estoy cansado: el conservatorio, el instituto. Salgo a las ocho de la mañana y no regreso hasta las nueve y media de la noche. Yo también estoy cansado y no protesto. Me revuelvo.

No oigo la televisión.

Pero si no no hay nada que ver, hijo.

Subo el volumen. Finjo concentrarme en las palabras huecas del presentador mientras mi mente avanza, independiente, por los resquicios del día, los despojos que dejan mis recuerdos. Rita corrigiéndome, la tensión de mis piernas, mi imagen frente al espejo.

Mi madre y mi hermano se sientan juntos en el otro sofá.

Vaya, cómo ha venido el Nijinsky hoy, se queja mi padre.

Voy a decirle algo, a gritarle que no me vuelva a llamar Nijinsky. Le miro feroz, pero no digo nada. Suena la alarma del cronómetro. La detengo y saco el pie del aparato. Lo tengo dormido, lo flexiono con la mano. Voy a poner el otro pie, pero cambio de idea. Me levanto. Dejo la bandeja con los restos de la cena sobre la mesa, el aparato en el sofá y me voy.

¿Pero no te pones el otro pie, hijo?

¿Y todo esto quién lo recoge?

No contesto.

Salgo con más violencia de la que hubiera querido. A veces olvido las dimensiones de este cuerpo. Su fuerza. Adivino la mirada de mis padres tras mi espalda. Entonces sí, con energía, cierro la puerta. Encojo los hombros ante el golpe seco. Sé que me he pasado. No tenía motivos para hacerlo. O sí. El silencio posterior es enfermizo, denso. Corro hacia mi cuarto antes de que estallen los gritos. Me tumbo en la cama, me lanzo a ella con furia. Me siento mal, me siento irritado y ni siquiera sé por qué. Oigo pisadas en el techo, los ruidos de la calefacción como las tripas hambrientas de la casa. En la ventana se recortan los rectángulos de luz del patio interior. En cualquier momento vendrá mi padre a pedirme explicaciones. Vendrá mi madre a preguntarme qué me pasa, a echarme un sermón. Respiro. Solo los ruidos de la casa rodeándome con su cuerda. El murmullo de la televisión al final del pasillo, su remolino. No vienen. Por un momento, un rencor sordo me ofusca el ánimo ante su falta de preocupación. Me irrita que no vengan, del mismo modo que me habría irritado que lo hicieran. Poco a poco, mis músculos comienzan a relajarse.

El móvil, en la mesita de noche, se enciende y vibra antes de volver a transformarse en un objeto inanimado. Su cristal negro apenas espejea con la luz artificial y tenue que entra por la ventana. De pronto siento un ahogo, como si estuviera debajo del agua. Esa luz, esa falta de aire. Manoteo, como si me hubieran lanzado al agua y no supiera nadar.

Ni siquiera con los años pudo olvidarlo. Solo era un niño y estaba asustado. Foma le había llevado a los baños del río Nevá. Estaba sentado en el borde, con los pies en el agua, y le veía nadar. Su cuerpo atlético salía y entraba del río, recubierto con esa película transparente de agua, tan bronceado que brillaba doblemente. Él recibía sus salpicaduras heladas y tenía miedo. También Foma, su padre, se había asustado el día anterior. El niño había desaparecido. Se había escapado en la barca con los gitanos, por el profundo río negro, para pescar y no sabía nadar. Por eso le había traído al río Nevá.

Foma posó sus brazos en la plataforma de madera donde él estaba sentado, temblando. «Vamos, tírate, haz como yo». Pero el niño no quería. Entonces su padre se subió a la plataforma, a pulso, los brazos tensos, el oro del sol derretido en sus hombros, en los bíceps. «Vamos, Vatsa, tienes que aprender a nadar». Aferró su cuerpo pequeño, lo levantó. El olor a río y a hombre lo ahogaron en aquel abrazo contra el que era imposible luchar. Y lo lanzó al agua. El rostro del hombre desapareció. Solo quedó la imagen borrosa del bigote, de los ojos brillantes que también se desvanecían porque había habido una explosión y ahora todo era agua, y cayó hasta el fondo. No podía respirar. No veía nada. Solo el río profundo y la luz. Y caía a lo hondo. Caía y no podía respirar. Manoteaba, se agitaba y, de pronto, llegó una calma imprevista. La muerte que ascendía fría por su piel y que lo serenaba. Se dejó llevar, ya no caía. Flotaba en lo profundo del río. Se llenó de agua. Se hinchó. Algo le rozó. Era una cuerda. Una cuerda contra la pared. Sin pensarlo, se sujetó a ella y se impulsó. Subió, subió. Y entonces, como si la mano de Dios se posase sobre su rostro, llegó la explosión de aire. Los pulmones atravesados por una ráfaga limpia. La claridad lo deslumbró. Estaba en la superficie del río y nadaba. Foma aplaudió.

Vaslav Nijinsky no lo olvidó. No olvidó el terror y la muerte en el fondo del río. Solo tenía ocho años.

A los pocos meses, su padre los abandonó.

Como si los hubiera empujado de nuevo al fondo del río y no supieran nadar.

14

Trasteo en Instagram. Veo las fotos, los vídeos de mis amigos y de desconocidos. Fotos de cuerpos perfectos en posiciones imposibles. Piernas sobreextendidas, pies con empeines que parecen colinas nevadas. Giros, saltos, variaciones... Casi todas las personas a las que sigo son bailarines. Envidio esos cuerpos, esa elasticidad. En este mundo no tienen cabida los barrigudos como el conductor de la ruta; los cuerpos imperfectos como el mío. Solo a veces, en algunas fotos, consigo esa perfección y la subo y la muestro como si fuera uno de ellos. Me canso. Chateo con los de mi clase. Muevo muy rápido los pulgares para escribir. En la pantalla se suceden los avisos. Toc. Toc. Toc. Clara está conectada, pero no interviene. A medida que escribo y que leo los mensajes, siento que toda esa confusión que me ofusca se sedimenta, cae. Baja al fondo del precipicio que es mi cuerpo. Se deposita en el paisaje ficticio que es mi identidad, allí, dentro del móvil. Enterrada bajo decenas de:

emoticonos,

palabras sin peso,
tonos (adara, bongo, whisper),
letras triviales o cómplices.
Soy esas fotos perfectas de Instagram.
Llega la calma o la nada. Ese vacío que es mejor que el desasosiego que a veces me invade y que no comprendo.

Noto los ojos irritados.
Dejo el móvil. Me envuelvo entre las sábanas. Entierro la cabeza en la almohada y sueño.
Si es que sigo pudiendo soñar.

15

Avanzo por la calle y de pronto siento que estoy preparado. Tomo impulso y salto. La ingravidez me recorre los huesos. Son huesos de pájaro. Como los de Nijinsky. Muslos de acero, huesos de pájaro. El viento me da de frente, lo mismo que el último sol. El salto alcanza su máximo y, en lugar de caer, me detengo en el aire. Braceo como si fuera agua, la ciudad debajo. Las farolas. Avanzo sobre esta mezcla de luz, la tenue del atardecer y la artificial de las bombillas. Forman un nudo, una franja sobre la que me desplazo. Vuelo. Hay un muchacho en la ventana que sonrío al verme pasar. Posa su mano en el cristal, como si quisiera abrirla y unirse a mi salto. Yo le invito con una sonrisa. Intenta abrir la ventana, pero no puede. Siento su angustia mientras floto haciendo un círculo con los brazos. Abajo los coches pasan veloces, intermitentes. Entonces empiezo a descender. No puedo hacer nada por evitar esta caída. Pero lo hago muy despacio. Desciendo. La ciudad debajo, como un vértice, viniendo hacia mí. El cielo arriba, con su telón naranja. Y entonces, el impacto del cemento en los pies. Suave, delicioso. Como el golpe de Nijinsky en la tarima del teatro. Un leve click que enciende el estruendo de los aplausos. ¡Bravo, bravo! *Merveilleux! Incroyable!*

16

Suave y reposado, Nijinsky salta, traza una trayectoria de cuatro metros y medio. Descubre los espacios ocultos del aire y, al fin, descende lentamente, delicadamente. Sin hacer ruido. Con los brazos levantados en un gesto elegante. El crítico Henri Gauthier-Villars lo dejó así escrito. La maravilla de las maravillas. El dios de la danza.

Soy Dios. Soy Dios. Soy Dios. Soy Dios...

17

Nijinsky levantó la cabeza, vio las paredes de la habitación del hotel Suvretta de Saint-Moritz y retomó la escritura feroz, arrebatado. El lápiz de carboncillo sobre las hojas pautadas. Aún sentía el temblor colérico del último baile ante sus amigos. Los aplausos lentos, desconcertados por su danza brutal, resonando en el salón del hotel. Y ahora escribía aquel primer cuaderno de los cuatro que compondrían su diario íntimo. Ya la locura empezaba a extenderse por su cuerpo de treinta años como la savia en las venas del árbol. *Soy Dios. Soy Dios. Soy Dios. Soy Dios...*

*La vida fue pájaro y vuelo,
después solo pico y garras.*

18

Yo también he volado. En sueños. Ahora ya ni siquiera puedo volar dormido. Como si una extraña metamorfosis se estuviera apoderando de mí. Este cuerpo que no es el mío. Este pico y estas garras. Los sueños que ya no me pertenecen. La realidad y el espejo.

¿Quién eres?

Salgo enfurecido de la clase.

No me ha salido nada. Soy un cuerpo grotesco, sin armonía. La tensión me domina. Me hace temblar como un títere manejado por un viejo sin pulso. Siento mi fuerza. Siento mi fuerza y no consigo embridarla. Se encabrita como un potro salvaje.

Doy un golpe con el pie en la pared del pasillo. Me hago daño. Las zapatillas de *ballet* son muy finas. Ha sido una tontería, pero no me importa. Es lo que quiero. Hacerme daño. Fustigar al caballo.

Escucho las pisadas apuradas, la mano en el hombro.

¿Qué pasa, tío?

Déjame.

Tienes que relajarte.

Álex me mira intranquilo. Sus ojos devuelven mi reflejo deformado. Le aparto la mano de malos modos. No digo nada y huyo a los vestuarios. ¿Cómo voy a relajarme? Lo haría si tuviera su cuerpo, sus condiciones. Me encierro en la ducha. El agua tibia cae sobre mis músculos cansados. Los reconforta. Es una lluvia de misiles, de balas líquidas que golpean mi cráneo, los hombros. Me envuelven con su vapor. Cierro los ojos y me concentro en las gotas calientes que descienden por mi rostro. Levanto la cabeza y recibo el chorro de agua como el golpe de una ola que me arranca el aire. El agua en la boca. Bufo, muevo bruscamente la cabeza, escupo y meto mucho aire en los pulmones para volver a dejarme cubrir por la ola. Y es en esa furia del agua en la que me asalta el recuerdo. Las imágenes que no busco, pero que llegan, violentas, rojas, cargadas como

las armas del diablo. Arrojadizas.

19

Esto es lo que soy. Esta es la única vida que conozco.

Álex baila sobre el escenario. Un óvalo luminoso le sigue. Extiende una mano y en ese gesto tan sencillo encuentra la esencia de la danza. Las piernas recorridas por hilos de cobre. El pie extendido, el muslo flexionado. Bajo el foco se muestra su rostro maquillado, bello. Teatral en ese gesto que conmueve. La música cambia. Soy yo el que está ahora en el escenario haciendo cabriolas y de nuevo Álex llega, lo ocupa todo, baila. Los aplausos como el fragor de esta agua. El público arrebatado. Entonces Clara, Luisa, María deslizándose por el proscenio, en puntas, como espectros frágiles, ilusiones de cuerpos. La luz contra la gasa de sus vestidos, enlazados a las piernas. Como llevadas por un viento repentino. La danza sucediéndose en esta caída de agua. Todo sucediéndose. Los abrazos excitados después de la función. La palmada complaciente de mi padre, su risa bobalicona. Los besos orgullosos de mi madre y el hastío de Luis, mi hermano, siempre relegado a un segundo plano. Manu, Simón, Álex y yo tumbados en los vestuarios, desnudos, doloridos, recordando los fallos. Casi me doy contra Alba. Bueno, al menos es la más mullida. Qué bruto eres, tío, y las risas. Una ñor amarilla en un vaso junto a mis libros. ¿Y esto? Te la trajo Álex. Da suerte el día del estreno. ¿Y después? Después también. Entonces la siento a ella, a Clara, su mirada de ojos impasibles, sus párpados como bosques. Esa mirada que no alcanzo a entender. Negra, profunda, lejana.

Abro los ojos, ansioso, pensando que ella está ahí, frente a mí, tras la tempestad de la ducha, pero solo está el vapor. Un vapor que podría ser la estela de su cuerpo, como si ella se hubiera desvanecido y al fin solo fuera eso, un sueño que se escabulle entre las manos, como todo lo que ha sido mi vida hasta ahora.

Cierro el grifo y me llegan las voces de los otros.

¿Por qué no quedamos el sábado, los cuatro, para dar una vuelta y relajarnos?

Tengo que ir a ver mi abuelo.

Dile que eres marica y ya no tendrás que ir más.

O te llevo a ti.

Qué gracioso.

¿Y tú qué dices?

Todos se vuelven a mirarme.

Tengo que estudiar.

Pues como todos.

Venga, tío.

Te vendrá bien.

Nos vendrá bien a los cuatro.

Bueno, digo.

La primera vez que la vi fue en las pruebas de acceso a los estudios profesionales de danza clásica del conservatorio. Venía de una escuela privada y se la veía perdida, con esos ojos de animal asustado y también impenetrables. Me llamaron la atención su seriedad y su cuerpo esbelto. Había otros nuevos que se presentaban a la prueba y no habían estudiado en el conservatorio con nosotros. El chico del pelo color tabaco, por ejemplo. Cara limpia, luminosa, pies endiablados. Todos estábamos muy nerviosos menos él. A él se le veía tranquilo, consciente de su superioridad. Ella aún tenía cuerpo de niña, estrecho, las piernas y los brazos muy largos. Apenas se notaban los botones de su pecho tras el maillot blanco. Le costaba la apertura de las caderas, pero había algo en ella delicado y limpio. Todos calentábamos en el aula, en los pasillos, armando revuelo. Los del conservatorio en corrillos, echando miradas escrutadoras a los nuevos, valorando sus posibilidades de entrar, de dejarnos a alguno de nosotros fuera. Álex enseguida se acercó a nuestro grupo y se presentó, seguro de sí mismo. Pensé que su sonrisa y sus ojos claros, a veces rubios, a veces verdosos, le hacían parecer pelirrojo, pero su pelo era ocre, pajizo, y lo llevaba revuelto en un tupé que le hacía más alto. Nos preguntó por el conservatorio, por los profesores, por el tribunal que evaluaría el examen de acceso. Yo miraba de reojo a la chica nueva, atrincherada en una esquina. La veía calentar sus pies, tomar uno de ellos, estirar la pierna hasta colocársela en vertical, junto a la cabeza. Muy seria, muy concentrada, con un ligero temblor que demostraba la tensión interna.

Si apruebo me vendré a vivir aquí con mi madre, dijo Álex.

¿Eres de fuera?

Sí. Mi profesor me dijo que ya no podía ayudarme más, que me viniera a este conservatorio, que era el mejor.

Todos asentimos orgullosos porque el conservatorio formaba parte de nuestra vida. Era nuestro. Nuestro conservatorio. Y también atemorizados porque el talento de aquel chaval nos dejara a alguno de nosotros fuera. Si queríamos seguir estudiando allí, teníamos que superar las pruebas, y eso no estaba asegurado. No siempre pasaban todos los que habían estudiado en él. Buscaban genio, talento, destreza, y eso a los ocho años no podía verse. A los doce se vislumbraba. Así que nos jugábamos mucho. Después de cuatro años en los que nos habíamos ido despojando de todo cuanto no era la danza, podían arrojarnos de ese mundo que ya habíamos hecho nuestro. Que nos pertenecía. Conocíamos sus pasillos, sus aulas, sus taquillas mejor que los pasillos del colegio.

Era la geografía de nuestra infancia, porque habíamos trabajado allí cada tarde, frente al espejo. Era nuestra cueva, nuestro paraíso. Un paraíso de dolor y esfuerzo, donde, de pronto, un día, tu imagen adquiría una dimensión prodigiosa y eras movimiento, batalla, energía, y todo cobraba sentido. Esa efímera lucidez bastaba para seguir con el dolor y el esfuerzo. Cuanto más dolor y esfuerzo, más duraba la luz. El relámpago que nos compensaba frente al espejo. Y ahora todo nuestro mundo quedaba en suspenso, pendiente de las pruebas de acceso. Detenido en aquella tarde calurosa de junio, en la que nuestro futuro nos iba a ser impuesto por un tribunal de expertos en danza clásica. Tú eres de los nuestros y te quedas; tú vete, vuelve a una vida ordinaria, en un instituto cualquiera, sin las clases con pianista y el olor a jabón de los vestuarios, el cuerpo

cansado y satisfecho. Tú no, tú te quedas e irás a un instituto por las tardes con los alumnos de los conservatorios de danza. Abandonarás tu colegio, los amigos de primaria, y te dedicarás al *ballet* en cuerpo y alma. Yo pensaba en ellos, en Alfonso, Javier, Lola... en mis compañeros de primaria. En que, si aprobaba, ya no volvería a verlos. Todo era un vértigo. Y mi padre:

Los seguirás viendo por el barrio.

Y si quieres, puedes no presentarte y seguir con ellos.

No digas tonterías, mujer. ¿A que tú no quieres eso?

Me coincide con el viaje de fin de primaria.

¿Qué te coincide?

La prueba.

Pero la vas a hacer, ¿no?

Deja al niño que decida lo que quiera.

¿Prefieres ir al viaje o hacer la prueba?

¿Qué quieres hacer, hijo?

Los dos mirándome, mi padre, mi madre, él con los brazos cruzados, la boca en un rictus de superioridad, como si le impacientara ese trámite de preguntarme y fuera simplemente una concesión hacia mi madre. Ella, con los ojos semicerrados, tratando de cavar en mis pensamientos más profundos, a los que ni siquiera yo llegaba.

Presentarme a las pruebas.

Entonces, la risa eufórica de mi padre.

¡Ese es mi Nijinsky!

Puedes cambiar de opinión incluso si apruebas.

Parece que no quisieras, mujer.

Quiero si él quiere.

¿Y si suspendo?

Qué vas a suspender, hijo.

¿Y si suspendo?

Mi pregunta se quedó flotando en el salón, tensando las cuerdas del aire. Rompía las ilusiones de mi padre, que seguía incrédulo ante la pregunta, los ojos risueños. Pero mi renuncia al viaje podía no tener recompensa. Y si suspendo, qué. Para qué.

Fue mi madre la que reaccionó. Miró con dureza a mi padre y después, suavizando el gesto, se volvió hacia mí. Sonrió.

Hay mucho mundo más allá del conservatorio, hijo.

Mucho mundo, repitió, y me desordenó el pelo en un gesto protector y cálido.

Pero eso no era verdad. No había mundo más allá de esas pruebas. No aprobarlas era precipitarse por un vacío.

O peor aún.

Tratar de saltar y no despegarse del suelo.

Como en una pesadilla.

21

Estoy ante un precipicio al que puedo caerme, pero no estoy asustado. Dios no quiere que me caiga. Él me ayuda, escribió Nijinsky. Y dio un paso y se sostuvo en el aire. Dios o el público o sus huesos de pájaro le sostuvieron en el aire, antes de despeñarse por los acantilados de la locura.

Y a mí quién me sostiene.

22

Estoy frente a la ventana. La luz rebota en los cristales. Abajo, en la calle, una niña se detiene y señala con su dedo hacia lo alto. Sigo su mano y veo al chico. Debe de tener mi edad y está volando. Avanza por el aire sostenido por el movimiento redondo de sus brazos. En su rostro se advierte la plenitud del vuelo, la dicha que le ofrece ese vagar por el aire. No me sorprende. Sé que volar es posible y yo quiero imitarle. Por un momento me mira y nuestros ojos se cruzan. Él sonríe, me invita a unirme a su vuelo. Alargo la mano, pero choca contra el cristal. Entonces trato de abrir la ventana. Está cerrada. Lo intento de nuevo, cada vez con más violencia, con más angustia. Estoy encerrado. La golpeo. Grito. Pero el cristal no cede. Miro mis manos y son garras. Respiro mal, me ahogo, mientras vuelvo a golpear la ventana una y otra vez y otra. Con las garras, con el pico. Entonces me despierto. Me incorporo en la cama, jadeo. Sudo. Hasta que, poco a poco, las pulsaciones vuelven a su ritmo normal. Miro mis manos y son manos. Grandes, con una suavidad aún infantil que desmiente este cuerpo que crece. Las paso por mi piel, me acaricio como si así pudiera sentir las plumas que me recubren y que algún día me dejarán volar. Pero no hay plumas.

23

Era fácil para mis padres pensar que yo pasaría la prueba de acceso a profesional. Era fácil para todos. Decían:

Ya verás, apruebas seguro.

Y se sentaban a esperar con sus sonrisas firmes, sensatas, tenaces.

Nunca había estado tan nervioso, ni siquiera en las actuaciones o en los exámenes de los cursos de estudios elementales, también con tribunal.

Fui a despedir a mis compañeros del colegio al autobús. Quise hacerlo. Había mucho revuelo, maletas, risas. Padres nerviosos. El autocar tenía el motor en marcha y ronroneaba como un animal urbano. Soltaba bocanadas de humo tóxico. Y el calor. Un sol alto, despiadado, hacía

temblar el asfalto. Resbalaba por los hombros desnudos de las chicas, por las piernas en *shorts*. Las cabezas con gorras. Observé con envidia cómo metían las bolsas, se despedían de sus familiares, subían a gritos al autobús para elegir asientos. Javier a mi lado:

Tío, por qué no te subes y lo mandas todo a la mierda.

Noté cómo el aire salía de mis pulmones en un suspiro seco, autocompasivo.

Tengo dos bañadores. En serio.

No estaría mal, dije.

Vamos, todos arriba. ¿Quién falta?

Buen viaje, chicos.

Llamad cuando lleguéis.

Me crucé de brazos, apoyándome en el muro del colegio, frente al autobús.

Y Javier:

¿Estás seguro?

Asentí.

Te arrepentirás.

Si suspendo, seguro, dije. Y sentí que me encogía un poco.

Javier me dio un golpetazo en el brazo, con el puño. Era más grande que yo, que aún no había dado el estirón. Hablaba soltando gallos.

Menudas fiestas guarras que vamos a hacer allí. Nos acordaremos mucho de ti.

¡Y en la piscina y en la playa también!, gritó mientras se subía al autocar y desaparecía para surgir al rato, aplastando la nariz contra la ventanilla. A su lado estaba Alfonso. En otros cristales, Lola, Laura, Miguel... Sentí algo extraño. Tal vez no volviera a verlos. Tal vez ninguno volviera a ser mi amigo con la intimidad de entonces. Eso es lo que estaba dispuesto a sacrificar.

Todos dijeron adiós.

El autobús se puso en marcha y lo vi desaparecer. El sol destellaba en la parte trasera. Los padres se dispersaron, alguno me dijo algo. Yo encogí los hombros como si hiciera frío y metí las manos en los bolsillos. Caminé por la acera de vuelta a casa, el sol golpeándome el cráneo como un boxeador profesional. Vivíamos muy cerca del colegio, solo una calle estrecha, con un único árbol donde la carretera se bifurca. Las aceras sucias, llenas de mierda de perro. Sentí lástima por perderme el viaje, por perderlos a ellos. Mi decisión de presentarme a la prueba flaqueó. Había un soplo a verano en esta soledad de la calle, en la quietud de las hojas del árbol, en el olor oscuro y pesado y lleno de luz. Caminé y el sol iba dando golpes, rechazos arriba y abajo de la calle, ganchos, fintas, amagos. Este deslumbramiento irreal me trae la ilusión de la playa, las risas de mis compañeros. Imagino las olas escalando por nuestros cuerpos desnudos. Nos sentamos entonces, aún mojados, en círculo sobre la arena, con el sol quemando los hombros. Javier cuenta un chiste malo, nos reímos mientras alguien trae helados para todos, el mío de chocolate y nata, por favor. Voy a probarlo cuando todo se desvanece. Con una fuerza inusitada, me asaltaron la prueba, el aula, el espejo, el sudor. Como si alguien hubiera soltado las cinchas que los amarraban al fondo de mi cerebro. Los rostros serios del tribunal estudiándonos, anotando en sus papeles. Un vértigo me recorrió el estómago y me empujó como una ola, trayéndome con fuerza al presente. Yo no había ido al viaje. Yo haría la prueba. Yo no era como ellos. Atravesé entonces una zona de sombra. Mi cuerpo la recibió agradecido, revivió. Sentí su solidez, la elasticidad de mis músculos, y me detuve en lo que me diferenciaba de mis compañeros. Mi capacidad de sacrificio,

mi pasión. Esa diferencia me hizo sentirme especial. En uno de los balcones se había posado un pájaro. Me encontraba cerca de mi casa y hasta allí el camino estaba en sombra. Miré a todos los lados, comprobé que la calle estaba vacía. Entonces di un salto abriendo mucho las piernas en el aire. Después otro y otro hasta alcanzar el portal. Al menos los sueños hay que intentarlos, me dije. Y me encontré lleno de energía, de plenitud, de dicha. El sol, sentado en su sillón de púgil, tiró la toalla. No ha podido conmigo, pensé. Tampoco mis amigos marchándose de viaje de fin de curso.

Me arrepentiría toda la vida si no lo intentase.

Hay trenes que solo pasan una vez.

La playa siempre estará allí.

Eran frases de mi padre. Las repetí. Las repetí una y otra vez. Cuando llegué a casa, sonreí. Mi padre me miraba orgulloso.

Al día siguiente, de camino a las pruebas, todo mi optimismo desapareció.

24

No estábamos todos. Solo algunos. Nos habían dicho que sacarían las notas en el tablón a las diez de la mañana. Eran las diez y diez y nos mirábamos nerviosos y mirábamos la puerta de cristal, donde se vislumbraba la garita del bedel. Mi padre paseaba arriba y abajo del pequeño tramo de escaleras, salía a la calle, volvía a entrar. Miraba el reloj y me miraba. Yo estaba con Manuel y Simón. También había algunas niñas de clase. Paula había venido con el pelo recogido en un moño, como si después de las notas hubiera que bailar. El resto de chicas iban con el pelo suelto, hablaban a gritos, inquietas, moviendo sus largas melenas, que las hacían tan distintas a cuando estaban en clase, con los moños muy prietos, mostrando sus orejas salidas, sus frentes despejadas. Álex no estaba. Ni la chica nueva delgada y seria, Clara. Y yo pensé en ella.

Entonces salió el bedel. Todos nos arremolinamos a su alrededor.

Venga, venga, dejadme pasar.

Vemos cómo saca la llave y abre el cristal de la vitrina del tablón de anuncios. Todo tan despacio que sentimos un poco de rencor, como si lo hiciera a propósito, mientras nuestros cuerpos reciben una corriente eléctrica que se extiende y se hinca en el estómago. Me entran muchas ganas de hacer pis. Mi padre está un poco retirado, pero no aparta la vista. El bedel cuelga al fin la hoja clavando chinchetas en sus cuatro esquinas. Cuando lo hace, sus manos ocultan los nombres y todos nos agitamos inquietos a su alrededor, como una bandada de palomas ante un viejo que ofrece mendrugos de pan. Aleteamos, chillamos. Crías de pájaro ansiosas. Cierra el cristal e introduce la llave en la cerradura metálica, la gira. Le empujamos un poco y nos empujamos todos para ver la lista. Lo primero que se advierte es que es muy corta. Demasiado. En las pruebas éramos cuarenta y dos. En el listado hay trece. Nos miramos angustiados. Encabezan la lista Alejandro Anaya y María Villota, empatados con las notas más altas. Recorro rápidamente los nombres y me descubro unos puestos más abajo, pocos, justo encima de Clara Pérez, y una onda cálida me recorre el cuerpo. Me relajo de golpe. Me gusta leer mi nombre junto al de la

chica nueva. Clara. Sigo bajando la lista de nombres con una alegría irreprimible. Manuel y Simón también están, son los dos últimos. Es la primera vez que hay tantos chicos en primero de profesional, cuatro de trece. Nos sentimos orgullosos. Nos miramos, gritamos, damos saltos de alegría, abrazándonos los tres, sin importarnos los demás. Un grupo de chicas también grita, entre ellas María, que dice que no se cree que haya sacado la nota más alta, pero claro que se lo cree. Siempre lo ha creído. Lllaman con sus teléfonos móviles, hacen fotos del listado. En uno de los asientos de la entrada está Paula sentada, ocultando la cabeza con las manos, los codos en las rodillas. Al saltar, tropiezo con María y ella con Paula, que levanta la cabeza. Sus ojos están rojos. No aparece en la lista. Me doy cuenta de que, algo más alejadas, hay dos niñas que lloran.

Enhorabuena, Nijinsky.

Mi padre posa la mano en mi hombro. Sonríe. Sus ojos tártaros se achican. Hay un brillo furioso, lleno de orgullo. Puedo escuchar los caballos de sus ojos. Después da un golpecito amistoso en las espaldas de Manuel y Simón. Uno tan alto ya, y el otro tan bajo que parece de primaria, mucho más que yo, que tampoco di el estirón.

¿Y quién es ese Alejandro Anaya?, pregunta mi padre de camino al coche donde esperan mi madre y mi hermano.

Uno de fuera, digo. Se viene a vivir aquí con su madre para estudiar en el conservatorio.

¿Y es bueno?

Siento su mano apretarse contra mi hombro mientras avanzamos por la calle. Me molesta el peso de su mano. Me gustaría apartársela, pero no me atrevo.

Sí.

Él cabecea como valorando el alcance de mi respuesta.

¿Y es majo?

Sí. Es muy abierto.

¿Cómo muy abierto?

No sé. Muy seguro.

Vuelve a cabecear y esta vez, por su expresión, parece que ha descifrado algún enigma.

Eso es lo que te falta a ti, hijo. Seguridad. La seguridad es muy importante.

Y aprieta un poco más su mano sobre mi hombro.

Mi madre y mi hermano aguardan expectantes en el coche. Antes de que nos acerquemos, mi madre, con medio cuerpo asomando por la ventanilla del conductor, nos interroga impaciente con un gesto.

Mi padre hace el signo de la victoria, levantando dos dedos. Sonríe de oreja a oreja.

Yo también sonrío. Siento que me he quitado un peso de encima. De momento, el vértigo de todo lo nuevo, lo que vendrá y desconozco, las clases profesionales, el instituto por la tarde, la separación de los amigos del colegio... no ha aparecido.

Solo siento la dicha de haber aprobado.

De saltar y saber que, al fin, al otro lado hay un terreno firme donde poner los pies y caminar.

Tras la ventanilla trasera veo, por un instante, el gesto fastidiado de mi hermano en el asiento trasero. Después, el sol lo borra por completo.

25

Mi hermano tiene los ojos oscuros de mi padre y la inteligencia práctica de mi madre. Es más pequeño que yo. No es un niño mimado. Siempre ha ido a rebufo de mí. Como el patito feo que no alcanza a seguir a su familia y la pata madre se tiene que dar la vuelta, resignada y molesta, para tirar de él. Pero en este caso es el pato padre. Creo que la pata madre le entiende mejor. Es como si hubiera dos equipos en mi casa.

Todo gira en torno a mí.

En torno a mi pasión.

A mis horarios, a las exigencias del conservatorio.

He aprendido a aprovecharme de ello.

A ojos de mi hermano soy un déspota, un tirano, un dictador.

Pero no lo soy. No soy yo. Es este cuerpo que necesita atenciones, que se rebela; él es el tirano. Crece por su cuenta, hace sin dar explicaciones, me sacude, me obliga. Todos giran alrededor de mi cuerpo.

Quiero hacer atletismo, dice mi hermano.

¿Y eso para qué? Si eres muy malo corriendo.

Qué va a ser malo, le reprocha mi madre a mi padre.

Quiero hacer atletismo.

Luis se cruza de brazos y los reta. Mi padre parece no darle importancia, como si fuera un capricho pasajero del niño, pero a medida que Luis insiste, sus ojos se aprietan. Adquieren un brillo de caballo mojado y en su rasgadura parecen ojos mongoles. Fieros, de raza.

Tienes que estar muy seguro, Luis. Nos pasamos el día llevando y trayendo a tu hermano.

Podemos probar, ya nos organizaremos, dice mi madre.

Nos complica mucho la vida. ¡No!

Mi padre es categórico.

Entonces Luis me mira, nos mira uno a uno y dice muy despacio:

No os preocupéis, odio correr.

Ahora es mi madre la que endurece los ojos, los cristaliza en ese color ambarino, sil. Mira a mi padre, airada. Él sonrío bobalicón, alegre.

¿Ves? Era una tontería del niño, ya lo sabía.

Y echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

No entiendes nada, dice mi madre. Nos estaba poniendo a prueba.

De pequeño me imitaba, me seguía a todas partes, cogía mis cosas. A mí me irritaba que me mirara con aquellos ojos negros y hondos, la boca entreabierta: Si no la cierras, te entrarán moscas. ¿Y por qué te has puesto eso? ¡Es mío! ¡Mamá, mamá! Jugábamos y nos peleábamos.

Pero cuando llegaba del conservatorio era distinto: Deja a tu hermano, que estará muy cansado. Me ponía con los deberes, me traían la merienda o la cena y se llevaban a mi hermano. A veces, mientras escuchaba el rasgar del lápiz, los ojos enrojecidos del sueño, el cuerpo, aún mío,

derrotado y satisfecho del ejercicio, sentía su presencia a mi espalda. Me miraba, pero no decía nada. Y yo adivinaba esos ojos de ternero tártaro, mirándome. Sus rodillas dobladas en el suelo, con un coche de juguete entre las manos, muy quieto, silencioso. Y yo, sin volver la cabeza, intentaba mirarme a través de sus ojos. Salía de mi cuerpo para entrar en el suyo y verme desde esa perspectiva menuda, admirándome. Odiándome y queriéndome a un tiempo. Un día me giré. Estaba absorto, arrancando las ruedas a un camión de juguete. Ni siquiera levantó la vista para mirarme.

En el verano en el que superé la prueba de acceso a los estudios profesionales de danza clásica, mi padre transformó su despacho en mi habitación. Ahora el ordenador de mi padre está en su cuarto y yo no tengo que encerrarme en el baño cuando el cuerpo se yergue y habla. Al principio, contra toda sospecha, echaba de menos a Luis, con el que había compartido habitación hasta entonces.

Recuerdo mi primera oscuridad solo. Era más terrorífica que la oscuridad acompañada de mi hermano. Sentía que hurgaba con su sombra en los rincones y que todo allí dentro era posible. En medio de ella, el corazón latiendo, lo mismo que la casa, como si fuera un monstruo cálido y grande y ajeno. Porque aquel cuarto era demasiado nuevo, no estaban los contornos familiares y la negrura los volvía más ajenos todavía. Todo era posible allí, sí, dentro de su noche, de sus paredes, y cuando ya iba a salir de la cama en busca de la familiaridad de nuestro antiguo cuarto, ahora solo de Luis, se abrió la puerta, dejando un chirrido agrídulce y ese rectángulo de luz sobre la sombra enmarañada, y era mi hermano.

¿Qué pasa, enano, no tendrás miedo?

Él sacudió la cabeza, los ojos grandes, la boca entreabierta donde entran las moscas.

Anda, vente.

Golpeé varias veces el colchón. Luis corrió a meterse en la cama conmigo, los pies fríos. La frente ardiendo, agarrado aún a su peluche. Y así dormimos, abrazados, como nunca antes habíamos hecho.

Durante unas semanas, Luis y yo dormimos en mi cuarto nuevo. La habitación, en lugar de separarnos, nos unió. Pero entonces mi cuerpo empezó a quejarse, a crecer lentamente como las plantas, a exigir su sitio. El olor corporal, el vello, su tiranía. Y yo quería estar a solas con mi cuerpo. Con aquel incómodo, perturbador y fascinante cuerpo. Tan ajeno y mío a un tiempo. Tan hermoso y cruel y feo.

Con sus dimensiones extrañas y sus oscuridades, como el cuarto nuevo.

Mi padre había puesto un espejo gigante en la pared, incluso desde mi cama podía verlo.

Y el cuerpo empezó a multiplicarse.

A exigirme cuentas.

A llamarme y hablarme al oído, como un gran templo. Como una pregunta a la que te lanzas de cabeza y solo encuentras el vacío.

26

A veces, hacía ejercicios de calentamiento frente al espejo. Ejercitaba mis músculos, saltaba y me veía volar de reojo, zambullido en el azogue. El ruido contra el suelo y la voz de mi madre. Con un deje de cansancio, de crispación. Estás molestando a los vecinos.

Déjale, mujer, ¿no ves que está ensayando?

Yo quería a mi cuerpo, lo adoraba. Me dejaba bailar, me dejaba domar sus animales salvajes, moldearlo. Pero ahora, mientras se hacía grande, mientras todo lo quería para sí y me pedía nuevas experiencias, nuevo alimento que le hiciera estremecerse, espantarse, regodearse o encabritarse como un potro indómito, empezaba a detestarlo. Demasiado ancho en los muslos, demasiado vello en las piernas, demasiado estrecho el torso. Demasiados duros los pies. Demasiado de hombre en algunos lugares, demasiado de niño en otros, como si la metamorfosis fuera grotesca, deforme, inacabada. Comencé cubriéndome con calentadores. El mono de lana, la sudadera de algodón. Pero en el conservatorio nos hacían desnudarnos, llevar solo el uniforme. Maillot blanco, mallas de color gris con pies cortados, calcetines blancos. Zapatillas blancas.

A algunas chicas también les costaba desprenderse de sus sudaderas.

Giré sobre un pie, frente al espejo, el cuerpo envuelto en la lana negra, también girando. De pronto todo giraba y yo estaba quieto. Como si la tierra, ese cuarto y el espejo hubiesen decidido rotar a mi alrededor. Como la vida de mis padres y mi hermano. Cinco vueltas. Satisfecho y al límite de mis fuerzas, me detuve, jadeante, agotado. Y allí, en la abertura de la puerta, mirándome extasiado, mi hermano.

Me dejé caer al suelo y le sonreí.

Creo que entonces pensé en cómo sería vivir sin talento, vivir sin una pasión que te exige cada minuto del día. Que te da, pero que también te quita. Y miré a mi hermano del mismo modo en que mi padre observa a mi madre corregir los exámenes o recoger la ropa tirada por el suelo. Con ese leve gesto de superioridad.

De ternura y lástima.

27

Soy un dios alojado en el cuerpo de un toro. Firmado: Nijinsky.

28

Enseguida descubrimos que la nueva era demasiado tímida y seria. Se esforzaba mucho en las clases. Era responsable, perfeccionista. A veces se obcecaba y entonces su timidez se tornaba

oscura. Sus ojos se volvían de un negro impenetrable, como un cielo de tormenta. Un negro, a ratos luminoso, que ahogaba y que imponía y que a mí me volvía loco. Me vuelve loco. Poco a poco, fue abriéndose a los demás, dejándose conocer. Se hizo muy amiga de Luisa.

A veces, después de un ejercicio o a la hora de la comida, suspendido el tenedor a medio camino hacia sus labios, se me queda mirando y es como si todo se detuviese. Congelado en el vidrio de esos ojos, sus ojos. Entonces mi cuerpo se levanta. Quiere irse tras ella como un sonámbulo.

En segundo de profesional nos pusieron de pareja para bailar un paso a dos. Todavía el piano de Brahms que interpretamos me golpea cada vez que lo oigo. Cae por mi cuerpo y me trae el recuerdo de su olor a champú, a espuma de pelo. Su cintura girando entre mis dedos y aquella vez que sin querer me golpeó con el brazo. El dolor en la nariz.

¿Te he hecho daño?

Y sus ojos tan cerca de los míos. Su boca como un pez rojo. La fragancia oscura de su aliento. Y otra vez sus ojos. Subterráneos, minerales.

Perdona.

No es nada.

Déjame ver.

Pero no miró mi nariz golpeada, sino mis pupilas, y fue un instante brevísimo, una muerte dulce, un escalofrío que ahora vuelve, cuando pienso en aquella tarde, en aquella música y todo se me eriza, se contrae y se dilata. Como si nada me perteneciese.

El cuerpo tiene su propia memoria.

Sabe que fue entonces cuando me enamoré de ella.

Nos hicimos amigos. A veces me reserva un sitio en el comedor del conservatorio y me siento allí, notando el dulce roce de la manga de su chaqueta contra la mía mientras come en silencio y yo espero ansioso, como un perro famélico, a que me regale una de sus miradas, que son mi alimento y mi tortura.

29

¿Nunca te has enrollado con una tía?

Nunca.

Serás pringado...

Como si tú lo hubieras hecho.

Yo prefiero los tíos.

A mí ni te acerques.

No se me ocurriría.

Caminamos los cuatro por el parque. Álex es el que dirige nuestros pasos. Es sábado, otoño. Crujen las hojas, las pateamos. Se arrastran con el viento. Los árboles están desnudos, flacos. Armazones contra la tarde que ya es oscura, excepto un enorme pino que se agita como un perro sacudiéndose el agua. Nos llega el murmullo de los chavales en los bancos. Un silbido y un galgo

corriendo. Desde el extremo norte se ve la ciudad, que cae en cuesta y se estampa con sus cientos de edificios irregulares, la estructura de hormigón, las antenas, los hilos del tendido eléctrico. Todo extinguiéndose en la oscuridad, excepto sus luces. Las vemos a través de la rejilla metálica que limita el parque y aquí y allá está rota. Oxidada. En los edificios cercanos se pueden adivinar las vidas ajenas a través de los rectángulos de luz. Álex se detiene y vuelve a preguntarme con una sonrisa que no descifro. Burlona, amarga, complacida.

¿Pero ni un beso a una tía?

Niego con la cabeza, las manos encajadas en los bolsillos. Haciendo fuerza, como si quisiera romper sus costuras. Imagino a Álex besándose con multitud de chicas. Su belleza dorada, su cara de niña, sus labios relámpago, sus dientes sin *brackets*. Es una confusión que me alcanza el estómago. De pronto, lo imagino besándose con Clara. Una ola de calor me sacude las mejillas, me aturde, me ciega. Siento unos celos insoportables que me aprisionan el esófago. Sacudo la cabeza para espantarlos. Me irrito con mi cuerpo, que reacciona a mis delirios como si fuesen reales.

Pero ¿estás sordo?

Este anda un poco raro últimamente.

Los miro entre avergonzado y molesto. Llevan un rato hablando. Simón nos saca una cabeza. La luz de la farola embiste su pelo moreno. Tiene la cara alargada, mohína y a ratos socarrona. Una fuerte pelusa le sombrea el labio. A medida que ha ido creciendo, también se le han ido ablandando los gestos. Hace tiempo que nos ha confesado que le gustan los tíos, pero eso ya lo sabíamos. Tiene la voz muy grave, la risa fatua que agudiza artificialmente. Manuel es más pequeño, como si no hubiese dado el estirón, pero posiblemente ya no lo haga. Parecía que iba a ser el más alto cuando llegó a segundo de elemental, pero su crecimiento se ha detenido. Se ha dejado los rizos largos y le caen por la frente, las orejas, los hombros. Como zarzas negras. En clase va con una coleta que le hace parecer flamenco. Su rostro triste ha ido cambiando con los años y ahora se muestra alegre, decidido. Le ha confesado a su abuelo que hace *ballet* y nos ha contado, entre risas, el atragantón del viejo, colorado, entre toses y aspavientos, dando bastonazos. ¡Marica, bujarrón, sarasa!

Eso me ha gritado y yo riendo.

¿Y tu madre?

A mi madre casi le da un infarto. Me ha echado la bronca, pero luego ha comprendido que no tiene sentido engañar al abuelo. Que se joda. Y si eres marica, no pasa nada, me ha dicho.

A mucha honra, dice Simón con su voz grave, y se encoge un poco como para estar a nuestra altura.

Que no lo soy, joder.

Cuando estamos sin adultos, hablamos siempre con tacos.

Ahora los tres me miran.

¿Entonces qué?

¿Qué de qué?

¿Que si vamos?

¿Adónde?

Este no se entera de nada.

Allá, al banco, donde esas tías.

Nos acercamos los cuatro, pavoneándonos. Sentimos nuestros cuerpos fuertes, ágiles. En algún momento nos reímos, nos golpeamos los brazos y Álex da un salto, Simón un giro. En el banco hay cuatro chicas y un chico. Una de ellas está sobre las rodillas de otra. Se ven bajo la farola sus rótulas desnudas, pálidas y, aprisionándolas, las piernas en vaqueros de la otra chica, el tacón de las botas hincándose en la tierra. Tienen las melenas largas, acharoladas a causa de la luz artificial. Comen pipas y se ríen. La tercera está apretada contra el único chico, chaqueta deportiva, tupé, vaqueros bajos. La cuarta cae en una brecha de sombra. Son de nuestra edad, tal vez un año mayores. Beben de una litrona que se van pasando, mientras escupen las cáscaras al suelo. En cuanto nos acercamos, nos llaman y dicen disparates, hablan con Álex como si fuera pelirrojo.

¿Y tú de dónde has salido?

No había visto un zanahoria nunca por aquí.

Pues podía venir más a menudo.

Y las risas, las cáscaras.

¿Queréis un poco?

Una de las chicas nos ofrece la botella marrón de la litrona. Relampaguea a la luz de la farola. El líquido dentro se agita.

Está un poco caliente, pero bueno.

Se levanta una ráfaga de viento y tienen que apartarse las melenas de la cara. Unas hojas pasan cerca del banco, arrastradas por el aire. Una se prende de la bota de la chica que está sobre las rodillas. Nosotros seguimos plantados delante de ellas como cuatro bobos. La blancura de las rótulas me hipnotiza, y también el hueco negro que se adivina tras ellas. Miro la litrona y lo hago.

Vale.

Levanto la mano, cojo la botella. Antes de que puedan reaccionar, le doy un trago. El sabor amargo y el gas me hacen apretar los ojos. Es la primera vez que pruebo la cerveza.

Pero qué haces, tío.

Joder.

Somos atletas.

Hay que cuidarse.

Susurran como en una iglesia. A nosotros no nos va el botellón. Ni el tabaco, aunque sabemos que algunos chicos mayores del conservatorio fuman y beben. Pienso en mi cuerpo, que ahora no me responde como quisiera en clase, y le doy otro trago a la botella. Noto arder mi esófago con el líquido. No me gusta.

Eh, no te pases, me grita una de las chicas.

Le doy un tercer trago y me la acabo. Como si estuviera enfadado. Harto.

Tarde, digo.

Mis amigos me miran incrédulos. Observo el cabreo en los ojos de Álex. Ojos del color de la cerveza. Amargos.

Será mejor que nos vayamos.

¿Por qué?, dice la que está encima de las rodillas.

El único chico del banco parece molesto.

Son unos *pringaos*.

Como para dejar claro su territorio, se acerca más a la chica que está a su lado y le pasa la

mano por el hombro, la baja hasta casi el pecho. Nosotros miramos fijamente esa mano. Ella se la quita y entonces él se ríe y le da un beso intentando alcanzar la boca, pero ella se aparta y solo besa la mejilla.

Que pares, joder.

Vámonos, insiste Álex y me agarra de la chaqueta.

De repente siento una pequeña euforia. La chica que estaba en la sombra se mueve y la luz le da en los ojos. Naranjas. Como su pelo. Es como una Fanta, pero sé que es la ilusión de la farola. Mi pequeña Fanta, pienso de repente, y me entra la risa.

Yo me quedo, digo.

Ella hace un hueco en el banco para que me siente. Me siento.

¿Pero qué haces, tío?

Venga, vámonos.

Si te quedas, tendrás que compensar lo de antes.

La chica de las rodillas agita la botella vacía en el aire.

Siento pena porque no suene. Como un cencerro, un sonajero. Una campana de iglesia.

La litrona.

Me rasco los bolsillos y saco los dos euros que me ha dado mi padre. El chaval los coge al vuelo y levanta a su chica.

Ahora venimos. Vamos al chino.

Fanta me mira y sonrío. Tiene *brackets* como yo. Pienso cómo será nuestro beso de hierros y mi cuerpo se enciende.

Ahí te quedas, *tolái*, dice Simón.

Mis amigos se marchan. Álex en cabeza, irritado. Por un momento pienso en levantarme e ir tras ellos. Un confuso zumbido, como un tábano, me roe, y es la culpa, aunque no sé de qué debería sentirme culpable. De qué, a ver. Veo sus figuras cada vez más lejos y me gustaría irme con ellos, pero no puedo. Un impulso me retiene, como si mi cuerpo me gritara: ¡Ya está bien! Y lo siento blando, desmayado, alegre. Con ganas de mandarlo todo a la mierda. Enseguida pasa por delante de mí la litrona nueva. Está fría y me parece una botella extraña. Persuasiva y exótica como un paisaje nevado en las estepas rusas. Como los ojos de un soldado que mira ese paisaje con una profunda melancolía. Le doy más tragos hasta que esta euforia es una confusión más bien triste. Y pienso que por sus ojos no puedo saber si el soldado acaba de matar a un hombre o ha hecho el amor y, en cualquier caso, sé que se acuerda de ella, de su *mamochka*, que ignora si está vivo y es solo un hombre solo en mitad de la estepa y no sé por qué pienso estas cosas y me pongo más triste. De pronto, nosotros también estamos solos, la chica Fanta y yo. En lo profundo del parque. En este banco frío. Me mira, se ríe, dice: Anda, ves a casa, que tienes un buen ciego. Y yo:

Ve.

¿Qué?

Se dice ve, no ves.

Es lo mismo.

No es lo mismo.

Y digo ves y alargo la ese y añado una o. *Veso*. Y se lo doy. Un beso. Los besos no saben de ortografía. Ella se ríe. Nos damos otro. Las lenguas mojadas. Paso la mía por sus alambres y es

como si la pasara por los míos y no siento nada hasta que pienso que estoy besando a la chica Fanta y una corriente eléctrica me alcanza el vientre, como un rayo que crece y me empuja. La boca húmeda. Ella sonríe, se levanta. La farola la ilumina a medias y es una media naranja, pero yo soy un limón, pienso, o un soldado en la estepa rusa.

Me tengo que ir.

Dice. Yo la retengo, pero ella se desprende de mis manos, como una rama llevada por la corriente. Y entonces se marcha y pronuncia su nombre: Natalia, y me deja solo en medio del parque. Nos deja solos. A mi cuerpo y a mí. Mi cuerpo latiendo. Furioso, rendido, estúpido. Ella se da a ratos la vuelta y deja de ser naranja y es negra y yo siento otra vez una tristeza profunda. Como si alguien me hubiera abandonado y acabara de matar a un hombre y estoy solo. Aterrado. El móvil en el bolsillo de mi cazadora no deja de vibrar. Lo miro. Sus pequeñas luces se superponen, son un incendio en mis manos, en esta oscuridad de boca de lobo. De foresta. De pronto, me parece un objeto extraño. Me acerco mucho para verlo bien. Tengo una llamada perdida de mi casa. Mensajes de mis amigos. Ninguno de  lex. Abro el de Manuel y veo unos emoticonos de excrementos. De heces, s . De mierda. Mierda. Ese soy yo, una mierda. Me sorbo los moscos. Me pongo en pie. Y me voy tambaleando para casa.

30

Petrushka es una marioneta de paja y serrín. Siente los hilos invisibles que la mueven. Sufre, se desespera. Está enamorado de Bailarina. Pero Moro es más fuerte, más dulce. Bailarina y Moro están juntos. El rostro blanco de Petrushka se desfigura en un gesto trágico. Está celoso. Está triste. Está airado.  Petrushka, Petrushka, no llores!  No ves que eres solo una marioneta? Pero la furia le hace levantarse. Los hilos que mueve Mago le llevan de acá para all  con violencia. Como una marejada, una cellisca que le golpease, atorment ndolo. El cuerpo de serrín, los brazos de trapo.

Petrushka sufre.

Aunque solo sea un títere movido por una mano invisible.

Como yo.

31

A pesar del dolor de cabeza, dejo que mi cuerpo hable. La confusión de imágenes me acelera, me vuelve violento y la mano se agota. Se mueve la cama. Todo es negro, una espiral que me golpea y el placer, amarillo, rabioso, concentrado en mi vientre, que estalla y se extiende como una luz súbita. Inmaculada. Ceg ndome por un instante. Y el dolor insoportable de cabeza. El martilleo agudo de la cabeza. El hierro incandescente de la cabeza. La cabeza. Agotado, cierro los

ojos. Dejo caer la mano sobre las sábanas. A medida que mi cuerpo se relaja, mis ojos se inundan.

32

El lunes me cuestan las clases. Me esfuerzo mucho, pero todo me sale mal. En los ejercicios del centro no me pongo en la primera fila, prefiero atisbar mi cuerpo entre los de mis compañeros repetidos en el espejo. El maestro pianista toca. A ratos nos mira, sonrío. Es negro. Como el piano. Rita, la profesora de danza clásica, me ha regañado en varias ocasiones. No suele fijarse en mí, y que lo haga precisamente hoy me irrita. Solo tiene ojos para Álex y María. Los corrige, los atiende, los mira con mimo. A veces le descubrimos una sonrisa satisfecha en sus labios, como la de una madre que mira con orgullo a sus hijos. Nosotros no somos sus hijos. Hijastros, si acaso. A veces. Nos corrige poco, salvo en las clases abiertas en las que vienen los familiares a vernos. Al terminar la clase nos llama a Álex, a María y a mí. Todos se van. Veo salir sus cuerpos en maillots, piernas largas color carne, mochilas al hombro. Hablan, cuchichean, nos miran de reojo, intrigados. Con un atisbo de recelo. Mi mirada se detiene en Clara. Es como un imán. Ella no nos mira. Solo al salir se gira y su cuello largo, estilizado por el moño, como si tirara de él hacia arriba, se inclina y muestra los blancos promontorios de las vértebras, su perfil recto y serio. Por un momento nuestras miradas se cruzan y esboza una levísima sonrisa. Tan leve que creo que es imaginada, pero mi corazón, ávido de indicios, se acelera, se tensa, se dispara, mientras ella desaparece y la profesora comienza a hablarnos. Temo que quiera reprenderme por mi bajo rendimiento de las últimas semanas. Con Álex y María hablará de algún montaje, una coreografía para la gala de marzo, y me dispongo a recibir la andanada de reproches. Mi cuerpo se encoge ligeramente, a la defensiva. Miro el entarimado de la clase, de linóleo, rayado y con restos de resina. El rodapié blanco, sobre el que descansa el inmenso espejo que cubre toda la pared.

Petrushka.

¿Cómo?

Levanto los ojos hacia Rita.

Petrushka, repite. Y quiero que Álex y María hagan los papeles de *Petrushka* y *Bailarina*. Tú serás Moro. Pero para eso debes concentrarte más. Si sigues en la línea de las últimas semanas, le daremos el papel a Manuel. ¿Está claro?

Álex y María se abrazan. Entre ellos hay mucha complicidad.

Los ojos de la maestra me atraviesan.

¿Entendido?

Sí, digo. Y agito la cabeza.

Haremos una adaptación. Aún no tengo decidido quién será Mago. Seguramente Simón.

Volvemos a asentir.

Álex me sonrío. Parece que se le ha pasado el enfado conmigo por lo del sábado. Ahora me da un puñetazo suave en el bíceps.

Vamos a pelearnos por *Bailarina*, se ríe.

Y al final te mato, digo.

Achica los ojos como queriendo fulminarme con ellos, en broma. Sus pupilas tabaco, con hebras como su pelo, las facciones grandes y suaves. Limpias. Después me da un abrazo. Mientras vamos hacia el aula de Música, me pregunta por el sábado.

Al rato me fui.

¿En serio? ¿Tanto trago para eso?

Sí. Bueno.

¿Bueno qué?

¿Qué pasó el sábado?, pregunta María.

Es muy bajita, morena, de tez tan blanca que parece tiza. Cuando va vestida de calle, se pone zapatos con una suela muy gruesa que le hacen parecer más alta. Cuando baila también parece más alta. Como si el movimiento la transformara y su brazada, su giro, su raptó ocupasen todo el espacio, toda la música. Casi sorprende verla luego tan pequeña.

Nada, que este pringado se quería ligar a unas.

No le hagas caso.

¿Y hubo suerte?

Por fortuna, llegamos al aula de Música. Álex abre la puerta. El profesor, con el pelo teñido de rubio platino y sus gafas de gruesa pasta, nos hace una seña para que entremos. Mueve la mano y canta.

33

Aún es de noche. El ruido del motor y el calor de la calefacción me adormecen. Las luces de los coches atraviesan la oscuridad. Los edificios se pierden, tragados por la boca del túnel. Aquí la radio, que mi padre ha puesto en un volumen muy bajo, se pierde. Cruje hasta que su mano la apaga. Yo entrecierro los ojos. Le he pedido que me lleve una hora antes para poder calentar.

El aula vacía, a media luz. Estoy solo bastante tiempo, después empiezan a llegar algunos alumnos. Clara es de las primeras. A veces se sienta bajo la barra, se descalza, se coloca el esparadrapo sobre las heridas de los pies que le hacen las puntas. Yo contemplo sus manos blancas y largas trabajar con delicadeza sobre esos pies llenos de costras y siento el deseo de acariciarlos. De aliviarle sus rozaduras. Ella levanta la cabeza y me ve a través del espejo. De súbito me sonrojo y sigo con mis ejercicios, la vista vuelta hacia la ventana donde las primeras luces del día van encendiendo el perfil de la ciudad, negro sobre rojo. Un día y otro.

¿Todo bien, hijo?

Contesto a mi padre con un gruñido. No me apetece hablar. Me pone de mal humor ahora que estoy amodorrado, con el temblor del coche anestesiando mi cuerpo. La cabeza contra el cristal de la ventanilla. Este sopor.

¿Avanzas en las clases? ¿Y qué tal Álex, sigue siendo tan bueno?

Protesto con otro gruñido para que me deje en paz. Me giro bruscamente y me tapo la cabeza con el brazo.

Tienes sueño, ¿eh?

Salimos del túnel. Como no contesto, enciende la radio de nuevo. Se sintoniza la voz del locutor. Los pitidos de la hora. Las ocho. Abro los ojos y a través de la ventanilla veo el cielo negro, ahora emborronado por una difusa claridad que presiente el día. Llegamos. El sonido del freno de mano atraviesa el aire caliente del coche. Me desperezo. Cojo la mochila, la maleta con los libros del instituto, la tartera. Me duele el cuerpo, protesta. Venzo la pereza estirándome como un gato mientras bajo del coche.

Buen día, hijo.

Le hago un gesto con desgana y me vuelvo hacia el conservatorio. En mis ojos perdura la imagen de mi padre, sonriente. Esa sonrisa que tanto me gustaba de niño y que ahora, sin que pueda evitarlo, me irrita. Su rostro polaco. El coche arranca. Su luz se pierde en la mañana oscura.

A veces llego tan pronto que aún no está el conserje y tengo que esperar fuera.

Hace frío y se me cierran los ojos.

34

Thomas Lavrentievitch era un joven polaco de gran temperamento y acciones impulsivas. No quiso meterse en política ni trabajar en los ferrocarriles como su familia. Prefería la vida bohemia y nómada que le ofrecían las compañías de danza. Él era un buen bailarín. Había estudiado en la escuela de *ballet* del Teatro Wielki en Varsovia. Viajó de ciudad en ciudad. Eleonora, una de las bailarinas, a la que llamaban Liota, impresionó ferozmente a Thomas. Ella era cinco años mayor que él y había estudiado en su misma escuela años antes. Foma se le declaró en muchas ocasiones. Ante sus negativas, al cabo de dos años, sacó una pistola y le advirtió que era la última vez que se lo pedía. Foma y Liota se casaron en Bakú.

El bailarín polaco tenía los pómulos altos, la mirada febril, intensa. Un bigote partido en dos y rizos negros que le llegaban hasta los hombros. Lo que más destacaba en él era su fuerza. La fuerza de sus ojos y de sus poderosos muslos. Por esos muslos, sus saltos eran extraordinarios. Pero Foma no podía bailar en las grandes compañías. Había rechazado varios contratos porque ahora era responsable de una familia junto a Liota. Tres hijos: Stassik, que se cayó por la ventana siendo muy niño y al que ahora le costaba pensar; Vaslav, el mediano, y la pequeña Bronia. Debía mantenerlos. Recorrieron Rusia de arriba abajo en pequeñas compañías de *ballet* por caminos repletos de bandoleros y estepas cubiertas de nieve. Vaslav, con solo tres años, bailó en un teatro, vestido de marinero, en algún pueblo ruso perdido en la memoria. Después hubo muchas otras ocasiones. Cuando crezca no recordará la primera vez que pisó un escenario. Pero sí las clases de baile de su padre, los saltos por los pasillos de la casa. La camisa de Foma, que el movimiento inflaba y desinflaba. Las luces donde el esbelto y fuerte cuerpo de su padre se elevaba en el aire. Y también las últimas peleas, la mirada desconsolada de Liota. Para no ver esa mirada ni al culpable de ella, Vaslav se escapará con los hijos de los gitanos. Vadeará el río junto a los enmarañados jardines. Se subirá a sus caballos tizones, al tejado, a los árboles. Arriba, siempre arriba, donde ese silencio y esa furia no le alcancen. Y se arrancará a su padre del corazón. Se lo

amputará. No le mirará siquiera a la cara cuando regrese a casa después de los ensayos. «Hijo, Vaslav, Vatsa», pero él no levantará los ojos. Lo borraré. Quedarán los escenarios desiertos, la caseta de baño en el río Nevá desocupada, los teatros, los paisajes, todos vacíos. Abandonados como las playas en invierno, como las ciudades cuando los hombres parten para la guerra. Solo el dolor. Y a veces, como un relámpago, el último recuerdo: la figura de su padre cruzando el jardín de la dacha, frente al teatro Arcadia, en Novaya Derevnya, cargado con una maleta. Su silueta esbelta, apenas inclinada por el peso. Su paso elástico y el sol detenido como una estrella amarilla, cegadora, al borde de los árboles. Nunca más regresó. Su amante Rumiantseva se había quedado embarazada.

Vaslav Nijinsky tenía ocho años.

Podía arrancarse a su padre del corazón, pero no despojarse de su herencia. Sus músculos, sus huesos. Bendita herencia, maldito padre.

Maldito padre.

Y yo de ti qué he heredado.

35

Este cuerpo que me condena.

36

Casi no tengo tiempo para comer. Ensayamos a última hora después de las clases de *ballet*, de las clases de varones, de las clases de teoría. Anatomía. Música. Álex, María, Simón y yo. Me esfuerzo mucho, estoy yendo al límite. Le exijo a mi cuerpo, lo someto. Le hago saltar por esta línea de dolor una y otra vez hasta que la punzada se extiende, se adueña de cada músculo, se duerme.

El dolor.

Hay dolores buenos y malos.

Este es dulce, agudo. Tira de las cuerdas de los tendones y lo llevo hasta el extremo en que sé que no daña al músculo. Un poco más y se volvería palpitante, violento.

Cuando llego a casa, estoy tan cansado que solo consigo ponerme el aparato del pie, uno y después otro, adormilado frente al televisor. Ceno con desgana y mi cuerpo cae derrotado sobre la cama. Desaparezco hasta la mañana siguiente. Ni siquiera sueño. Si no estuviera tan cansado, me sentiría satisfecho.

El ejercicio desbrava a mi cuerpo, lo seda.

A veces dejo la comida a medias porque no me da tiempo. Pero hoy tengo un hambre feroz. A pesar de todos mis esfuerzos, no siempre consigo estar donde quisiera. La profesora no me dice nada, pero por su mirada sé que quiere que rinda más. Que llegue antes, que me vaya después, que suba más la pierna, que salte más alto. Lo intento.

Todos mis compañeros se han ido al autocar. El conductor, feliz con su barriga y con la foto de su hijo colgada del espejo como un péndulo, los recibe exigiéndoles orden. Gastándoles bromas. A María, a Manuel y a Álex les ha dado tiempo a llegar a la ruta. A mí no. Yo lo hago todo despacio y hoy quiero acabarme la comida. Mi cuerpo está al borde del desmayo, famélico. Cuando ellos han acabado me han metido prisa, pero les he hecho un gesto con la mano para que se vayan. Voy en metro, les digo. Si llego tarde, no importa. Qué importa. Que les den. Doy vueltas a los espaguetis en la tartera. Veo los hilos rojizos enredarse en los dientes plateados del tenedor, pero no acabo de meterme el cubierto en la boca. Mi mano pesa. Me duele todo el cuerpo, especialmente el muslo derecho. Noto sus nudos, su solidez, su lastre. Me arrastra hacia abajo. Aunque no quiero, cierro los ojos. Apoyo la cabeza en la palma de la mano y también me pesa. Cae muerta, doblando mi cuello contra la nuez, esa extrañeza a la que ya me he acostumbrado. Los párpados de plomo, como el que lanzan los pescadores para hundir el cepo, y veo los cuerpos plateados de los peces, las salpicaduras del agua. Sus bocas palpitantes, abriendo y cerrándose en el ahogo. Me ahogo. Mi cabeza se cae de la mano. Me despierto sobresaltado. Abro apenas los ojos. Y entonces, por la rendija que dejan mis pestañas, a través de su borrosidad de insecto, la veo. Es Clara. Sale arrastrando su maleta, la mochila al hombro, el abrigo negro. Se encamina hacia el metro con prisa porque va tarde. Recojo rápidamente todo. Meto la tartera en la bolsa con los espaguetis sin probar, cierro la mochila, me pongo el abrigo y corro tras ella.

¿Vas al metro?

Sí.

Yo también. He perdido la ruta.

La cercanía de Clara llena de adrenalina mi cuerpo, lo despierta. Ella me mira y sonrío. Ojos negros, interminables. Como el paisaje que se sucede en la ventanilla de un tren cuando llega la noche.

Pienso que podría vivir en esos planetas que son sus ojos. Todo gira alrededor de ellos. El universo. Yo. La ciudad.

Caminamos con prisa, sin aliento. ¿Qué tal los ensayos? Bien. Esas cosas que nos decimos cuando yo quisiera decirte que te quiero. Enseguida los escalones del metro, su corriente cálida y oscura, el olor a túnel que nos embiste. Vamos inclinados por el peso de las mochilas, la maleta, las tarteras. Ella camina con los pies hacia fuera, en diagonal. La espalda muy tiesa, el cuello blanco y alto, con ese juego de libélulas de unos mechones cortos, desprendidos del moño, que se estremecen sobre su nuca. Tiene abono de transporte y coloca la cartera sobre el detector, que pita y abre la barrera de metal. Yo tardo en encontrar mi tarjeta de transporte y tengo que correr para alcanzarla. Nos detenemos en las escaleras metálicas. Hablamos del instituto, de los profesores. Digo una tontería. Ella sonrío, pero no sé si lo hace por cortesía y le doy vueltas a mis palabras. Las ensayo de nuevo, pienso en otras, mientras se sucede el silencio entre nosotros. Le debo de parecer un tonto. Llega el viento del tren y su ruido. Hay dos sitios vacíos y nos sentamos juntos. Veo su rostro y el mío difuminados en los cristales de enfrente, sobre el túnel veloz. Desaparecen en las estaciones. Quiero decirle que por qué no quedamos un sábado. Al cine, al parque, a

estudiar en la biblioteca. Su codo contra el mío. Una estación. Otra. Paso la lengua por los *brackets*. Seguimos en silencio. Sus ojos en el cristal, la cara sin rasgos apenas, salvo los labios. Un pez en las aguas del vidrio. Salvo los ojos. Cambiando a cada segundo, el fondo. El trasfondo. Pero la cuestión, Clara, es que yo quiero vivir en tus ojos. Verlos de cerca, uno y después otro, y tú no dices nada y yo tampoco. Ojos submarinos, hipnóticos. Llenos de anémonas y medusas. Ojos como charcos de petróleo. Por ellos sube y baja la Bolsa, invierten los mercados. Son la polea que levanta el mundo. Mi mecanismo. Y ella: Que ya llegamos. Corre. Tira de mí y ese contacto me estremece. Es una corriente eléctrica, un escalofrío. El impacto de un meteorito. Saltamos del metro justo antes de que se ponga en marcha, y esa pequeña victoria nos hace sentir eufóricos. El cuerpo se afila como un gato, se entibia. Lo noto fuerte y elástico en esta escalada de adrenalina. Ella se gira unos peldaños más arriba mientras subimos las escaleras.

Nos miramos. Nos entra la risa. Como dos tontos.

Cuando salimos del metro, los chicos que han venido en autocar charlan en la acera.

Álex viene hacia nosotros. Se agarra del brazo de Clara.

Tienes que ayudarme, Clarita. No entiendo nada del examen de mates.

Se gira un poco, me guiña un ojo y yo me quedo detrás, paralizado, viéndolos ir hacia la puerta del instituto, cargados con las mochilas, riéndose. La luz de la tarde es amarilla, extraña.cae entera sobre Álex. Clara, a su lado, parece blanca y negra, su andar de bailarina. Cuello blanco, moño negro. Abrigo negro. Inclined hacia Álex. Un mechón pajizo de su cabeza cae sobre el pelo de ella. Entonces siento que mi cuerpo se derrumba, partido por un rayo. Un estacazo. Rodeado del viento y de esta luz amarilla. Nada tiene sentido y no me muevo.

Luisa viene a rescatarme.

Giraluisa.

Salvatontos.

¿Te ha dado un aire o qué?

Tira de mi cazadora y yo, aturdido, la sigo.

37

Tus ojos pistola, tus ojos letales. Dejaste de mirarme, pero ya la bala había salido de ellos.

38

¿Te gusta? Álex, dime la verdad: ¿te gusta?

¿Quién?

Clara, quién va a ser.

¿Y a ti?

A mí qué me va a gustar.

Pues pareces celoso.

No estoy celoso.

Lo estás.

Álex se ríe, echa la cabeza hacia atrás y se seca con la toalla. Miro su boca entreabierta, su barbilla roma. La luz de sus ojos entre los párpados semicerrados. Rubios. Aún tiene gotas de sudor, o de agua, esparcidas por la piel. Sus brazos se tensan al mover la toalla sobre la cabeza. Pienso: Bíceps, tríceps, deltoide, pectoral. Baja la cabeza y me mira de frente.

¿Pero a ti te interesa?

No, digo.

Y vuelvo la mirada hacia las duchas, sintiendo la ola de calor en las mejillas. Los pies de Simón, grandes, peludos, asoman por debajo de la mampara. Las gotas rebotan contra las baldosas.

Entonces qué te importa que tontee con ella.

¡Clara está colada por él!, grita Simón.

Después le oímos hacer gárgaras.

Cuando me vuelvo, Álex ya tiene puestos los pantalones. Se abrocha el botón metálico, que escapa entre sus dedos con el relámpago de un pez. Unos chicos de danza española entran cantando y armando bulla. Se ponen a dar palmas. Vociferan. Son mayores que nosotros. Tienen la voz grave y se les mueven las nueces arriba y abajo. Están sudados, alegres.

De pronto, el impacto de mis vaqueros me sobresalta. Me ha dado en la cara y la cremallera me golpea el pómulos. Me tapa los ojos, tela azul que resbala y cae. Guiño un párpado ante el dolor de la mejilla y atrapo los pantalones, malhumorado. Álex me mira conteniendo la risa. Su boca de dientes blancos y grandes se abre de lado a lado, se ilumina de súbito en una carcajada.

Te vas a quedar helado si no te vistes.

Me has hecho daño, tío.

Álex se acerca todavía sonriente. A medida que lo hace, su mueca se va transformando. Se vuelve seria, compasiva. Aun así, mantiene el resplandor del antiguo gesto, como una fosforescencia en su rostro blanco. Me toca con delicadeza la mejilla.

Perdona.

Se da la vuelta y se marcha.

Yo no dejo de mirar la puerta bamboleante que se lo traga, con mochila y tartera. No sé exactamente de qué estamos hablando. De mi mejilla, de Clara.

De Petrushka.

Me levanto para ponerme los pantalones. Al estirar la pierna, me duele el muslo.

39

El sábado miento a mis padres.

He quedado con los chicos.

¿Para ir al parque?

Sí, una vuelta.

¿Te acompaño y charlamos?

Fulmino a mi padre con la mirada. Por un momento siento mi corazón trotar más deprisa. Caballos por los prados de mi mentira.

Hijo, hace mucho que no hablamos. ¿Qué tal los ensayos?

Bien, me tengo que ir.

¿Y Álex?, ¿qué tal lo hace?, insiste.

Papá, me voy.

Te acompaño.

Ya no soy un crío.

Deja al niño. Le dará vergüenza.

Mi madre sale en mi defensa. Está ayudando con los deberes a Luis. Él se da la vuelta.

Qué morro. Yo también quiero quedar con mis amigos.

Cuando acabes los deberes.

Mi madre se levanta, me da un beso.

No vengas tarde. A las nueve en casa.

Once.

Nueve y media.

Diez y media.

Nueve y media y punto.

Salgo.

Mi padre se apoya en el larguero de la puerta. Es blindada, con una chapa de madera caoba, brillante. Con su cuerpo tapa el cerrojo de anclajes dorados.

Espera. Te acompaño solo hasta la esquina.

Baja los escalones detrás de mí. No me detengo a esperarlo, aprieto el paso firme, con energía, malhumorado. Escucho sus pisadas a mi espalda. Un guardián, un carcelero, un agente del gobierno, persecución. 39 escalones. Mi padre.

Cuando llegamos a la calle, me alcanza y posa su mano sobre mi hombro. Ya somos prácticamente de la misma altura, pero me gana en consistencia.

Hijo, estás más flaco. Qué quieres.

Al bajar el bordillo, mi muslo se resiente. Debo hacer un gesto de dolor o un movimiento extraño, porque enseguida mi padre se pone en guardia.

¿Qué te pasa? ¿Te duele el pie?, ¿la pierna?

No.

¿Quieres que vayamos al fisio?

No.

Caminamos en silencio. Su mano en mi hombro.

Que me he enterado de que vais a bailar *Petrushka* y que haces de Moro. ¿Cómo no nos dices nada?

Su mano en mi hombro.

Que me tenga que enterar por los otros padres...

Era una sorpresa, invento sobre la marcha, y su mano en mi hombro.

Ya no nos cuentas nada. Estás todo el día de mal humor.

Y entonces su mano se me hace insoportable. Como si pesara kilos. Un balasto, un escollo que aprieta y no deja que tome mi camino. Como si con ella quisiera guiar el timón de mi vida. Le arranco la mano del hombro. Trato de hacerlo sin brusquedad, pero no lo consigo.

¿Ves? Estás inaguantable.

Mi padre se ha detenido. Está plantado en mitad de la calle. He conseguido enfurecerlo. Sus ojos se aprietan, me miran con cólera. Es muy atractivo mi padre. Forma una estampa robusta, morena, llena de la fuerza exótica y ruda de los hombres de raza. Los ojos levemente rasgados, negros y saltones, los pómulos altos. Ahora lleva una barba corta que le hace parecer más descuidado, pero es una ficción. Como muchas de las poses de mi padre. Ficciones. Sobre todo, hacia fuera, hacia los que no son de casa. Pienso en ello y esa barba de días consigue sacarme de quicio. Recuerdo de pronto el bigote que llevaba cuando yo era niño. La admiración que me producía ese carácter seductor, decidido, cínico. Lo veo hablando con mi tutor de primaria. Está de pie, en la puerta del colegio. Todos los padres le saludan. El tutor se ríe de algo que ha dicho, él se despide, me mira, dice: Venga, que no llegamos, y me ayuda con la mochila. Corremos juntos, de la mano, camino del conservatorio. La calle está empinada y vamos cuesta abajo. Hay pájaros y el aire es violeta, luminoso, como si fuera a llover. Una bandada de hojas nos embiste, pero no nos soltamos la mano. Ese recuerdo consigue quitarme la furia, la transforma en algo parecido a la tristeza. Al cansancio. Como si echase de menos ese tiempo remoto. Miro a mi padre y comprendo que me he pasado, que estoy yendo al límite. Que tal vez no se merezca que no comparta con él lo que me pasa, y qué me pasa, joder. Qué. Pienso en el parque donde no me espera nadie.

Perdón.

Casi no me sale la voz.

¿Va todo bien?

Creo que mi padre ha captado la tristeza repentina que me hunde los hombros. Que me ahoga la voz. Esta voz grave que hasta hace poco era una voz de niño y que ahora me sonroja cuando la oigo en una grabación. ¿Ese soy yo? Como si me hubieran metido en una cueva, en el fondo de un cuarto desamueblado y no me encontrase y esa voz.

Sí, digo.

Miro el móvil en un gesto maquinal y también, de algún modo, premeditado. El móvil refugio. El móvil que me une a los míos, que me separa de ti.

¿Seguro?

Claro.

Venga, a ver si vas a llegar tarde.

Todo su enfado se le ha ido, como engullido por el desagüe de mi repentina confusión. Sonríe bonachonamente.

Pásalo bien, Nijinsky.

Una ola de indignación, como una descarga eléctrica, me recorre el cuerpo al escuchar ese nombre con el que me llama desde niño. Nijinsky. Me lleva a decir entre dientes:

Yo soy Moro, papá. Petrushka es Álex.

Como un vendaval, sin volverme, me alejo hacia el parque. Toco la moneda de dos euros que llevo en el bolsillo de la cazadora. Le doy vueltas entre los dedos. Le doy vueltas. Nijinsky. Álex.

Antes de llegar al parque, paso por el chino.

40

El niño tenía seis años. Iba de la mano de sus padres, el gran Foma y la bailarina Liota, todavía juntos, a ratos felices. Su hermano Stassik agarraba con delicadeza a la pequeña Bronia, de tan solo cuatro años. Estaban en Nijni Nóvgorod. En agosto, la época de la feria anual. Caminaban por las calles abarrotadas de mercaderes, carruajes con caballos, casetas de circo. De improviso, el niño se suelta de la mano de sus padres y echa a correr hacia una vieja caseta pintada de colores. Sobre la madera descansan dos cortinajes rojos. Dentro, unos títeres se dan golpes. Los niños se ríen, señalan a la marioneta que lleva una casaca blanca, pantalones de cuadros y un gorro con borla. Es Petrushka, está celoso. Moro, el otro títere, le golpea sin descanso. De pronto, saca una cimitarra y atraviesa su barriga de trapo. Los niños se asustan, gritan. Pero Petrushka es solo una marioneta. Los tres hermanos están sentados viendo la función con la boca abierta. Espantados y fascinados a un tiempo.

Atardece. Entre los soplos del aire, les llega el sonido de las balalaikas. Las voces lejanas de los marineros cantando en el río Volga. Liota y Foma los llevan a ver los barcos de vapor que cruzan el río. Pero el niño no saluda a los pasajeros como sus hermanos, ni tararea las canciones de los marineros. Está ensimismado. Como si esas marionetas se le hubieran metido dentro de la ropa, de la piel. Durante muchos días, les pide a sus padres volver a la vieja caseta de los títeres. Dieciséis años después, interpretará a esa marioneta en un *ballet* creado para él. El público y la crítica se rendirán a sus pies. Jamás han visto un bailarían con sus cualidades técnicas e interpretativas. Su fuerza, su vuelo, su delicadeza. La maravilla de las maravillas. El dios de la danza. El *clown* de Dios. El modelo ideal que uno anhela dibujar y esculpir. Amar.

Nadie sabe que Vaslav Nijinsky se está interpretando a sí mismo.

El inmortal e infeliz héroe que no pudo mover los hilos de su destino.

41

Y ahora Álex interpreta el papel que interpretó Nijinsky.

Yo solo le mato con una cimitarra, papá.

42

Aún es de día, pero la luz empieza a oscurecerse, se vuelve púrpura, fría. Enciende las ramas de los árboles. Estoy sentado en un banco, solo. Mis vaqueros se hielan al contacto de la madera húmeda. El viento también es frío y se va volviendo opaco, confuso con cada borrosa zancada de las horas. La luz se hace trizas sobre todas las cosas. Poso los labios en la boca gélida de la litrona y bebo un trago. Miro el parque ceniza. Se van los últimos padres con sus hijos. Vienen los perros y sus dueños. Sigue sin gustarme el sabor de la cerveza. Y sin embargo ese amargor final, ese hormigueo de los músculos, ese aturdimiento de los sentidos. En una esquina del parque hay una tienda de campaña. Veo las siluetas de una mujer y un hombre comiendo algo. Sacudiendo ropa. A ratos, como disparos, me llega su rumoreo confuso. Extranjero. Parecen rumanos. Doy otro trago. Me encojo en el abrigo y soplo mis manos. La de la litrona está roja y fría. Un perro se acerca hasta mi banco, me olfatea. Es peludo, mediano, de patas finas, hocico afilado. Mueve el rabo. Le acaricio entre las orejas. De pronto, se sube al banco, aprieta el hocico contra mis ropas. Me río como un niño pequeño. Olvido la litrona, el baile, a Clara, a Nijinsky. Mi cuerpo se relaja, se abandona, se olvida de sí mismo. La mujer de la tienda de campaña se acerca hasta la fuente cargando con una botella de plástico. Su azul relumbra en la última luz de la tarde. El perro ladra. Poe, lo llaman, y se escabulle entre las sombras. Vuelvo a mirar alrededor del parque. La esfera naranja de las farolas, el vuelo circular de un murciélago. El cielo cae con su profundo azul nocturno. Tras la valla oxidada, los cuadros de luz de las ventanas palpitan como múltiples ojos de insectos. Más cerca, la oscuridad de las hojas, la soledad translúcida y marrón de mi botella. Estoy pensando en irme cuando la descubro. Está en un grupo de chicos. Sus amigas la empujan, cuchichean, se ríen. Ella, dejándose llevar por el impulso de sus empujones, se acerca. Las manos en los bolsillos del anorak negro. Lleva mallas que marcan sus piernas algo rollizas. Se nota que nunca ha hecho deporte. El pelo le alcanza la cintura, liso, planchado. La chica Fanta. Natalia.

¿Qué haces aquí?

Esperarte.

¿Y eso?

Señala la litrona.

Era para ti.

Pues te has bebido la mitad.

Te queda la otra mitad.

Le tiendo la botella. Ella la coge sonriendo entre coqueta y sorprendida, pero no dejo que se la lleve. Le atrapo la mano y la atraigo hacia mí. Se desequilibra y cae sobre mis rodillas, su cuerpo cálido, su olor. Siento el deseo como un animal que se levanta, que se pasea a sus anchas dentro de mí. Me aprieta los vaqueros.

¿Dónde lo dejamos el otro día? Ah, sí, en un *veso* con uve.

Y la beso con be. Nuestras bocas mojadas, los hierros, la lengua.

Nos pasamos mucho tiempo besándonos. No sé cuánto, mucho. Cuando nos despedimos, siento los labios irritados, mojados.

¿Te veré otro día?, me pregunta.

Dejamos la litrona tirada en el suelo. Un perro la husmea y hace pis sobre ella. Caminamos agarrados. Me gusta sentir su cintura contra la mía. Levanto el anorak y apoyo la mano en el final de las mallas, sobre su camisa y la enredo entre mis dedos, la subo. Alcanzo los pliegues de carne

que redondean su cintura, la piel cálida, suave, deliciosa. Como una serpiente en busca de su víctima, muevo los dedos y ella se ríe, qué cosquillas, y me aparta la mano. Al llegar a la acera nos separamos.

El viento me da de frente y me enfría la boca.

No sé por qué al cerrar los ojos veo el rostro de Álex. Pienso en él y en Clara y en mi padre. Algo oscuro dentro de mí se retuerce, como si acabara de cometer una especie de crimen. Una venganza.

Pienso en el soldado de las estepas rusas, con el arma aún caliente. Satisfecho y culpable.

43

La persiana se abre de golpe. No es solo el ruido, es el borbotón de luz que me golpea los párpados. Los vuelve rojos, incandescentes. Me tapo con la manta.

¿Sabes qué hora es?

De pronto tengo mucha sed y me duele la cabeza.

¿Te encuentras bien?

Siento el peso del cuerpo de mi madre hundiendo el colchón. Su mano bucea entre las mantas hasta encontrar mi frente y acariciarla. Está fría. Su tacto deja rayas suaves y heladas sobre mi piel. Se desvanecen y de nuevo las punzadas de dolor. Quiero que vuelva a posar su mano en mi frente. Que me arrope y se quede ahí sentada al borde de mi cama, como cuando era pequeño. Quiero instalarme en esa sensación de irrealidad que otorga la fiebre y la mano de mi madre. El calor de las mantas. No tener que preocuparme de nada más que de estar así, acurrucado, y ponerme bueno. El cuerpo tiritando, con sus cosas, sus peleas. Tengo sed.

Últimamente estás muy cansado. Igual deberías relajarte un poco.

Saco la cabeza de entre las mantas. La luz me mata. El rostro de mi madre se mueve ligeramente. Ella me mira entornando los ojos. Siena, tierra. Ahora suspicaces, amorosos. Acerca su boca y me besa la frente.

¿No tienes que estudiar? Son las dos de la tarde.

De pronto recuerdo los exámenes de la semana que viene. Mi corazón salta.

¡Joder!, grito. ¿Por qué no me has despertado antes?

Habla bien.

Mi madre mantiene la calma. Su voz suena cálida a pesar de todo.

Necesitabas dormir.

Va hacia la puerta y, antes de irse, se vuelve.

Y ventila el cuarto, que huele a muerto.

44

Soy un cadáver.

45

Los ensayos avanzan. Ya se ha hecho todo el montaje. Ahora estamos limpiando. Repitiendo una y otra vez para que nada emborrone cada paso. Desbrozando, limando cualquier aspereza que desfigure la línea exacta de cada composición, sus contornos. Su movimiento. Eso es limpiar. Repetir, repetir, repetir.

Álex, María, Simón y yo.

A veces siento pinchazos en el muslo derecho. Los ignoro. Estoy harto de mi cuerpo. No quiero escucharlo. Lo acallo, lo agarro de las bridas y lo espoleo. Lo golpeo como a una marioneta. Como Mago con Petrushka. La maestra no está satisfecha conmigo, pero yo hago todo lo que puedo.

Voy al límite.

Solo la concesión de los sábados, que luego pago caro. Prometo no volver, pero, como una tentación inevitable, el parque me llama. Oigo sus susurros, ese entrechocar de hojas, de voz baja que presiente los besos, la carne suave, la ofuscación de la cerveza. Mi mundo escondido en la borrosidad de la litrona. Nijinsky encerrado al fondo de la botella. Loco, inútil. Olvidado.

¿Y qué te gusta hacer? ¿Qué haces? ¿Algún deporte, juegas al fútbol? ¿Te gusta la música?

Me gusta besarte.

En serio, tonto.

¿Sabes qué soy?

¿Qué?

Soldado en un campo ruso.

¿Qué?

Poeta.

¿Poeta?

Sí.

Tienes cuerpo de deportista. De karateca. De bailarín.

Le damos otro trago a la litrona.

A la mierda mi cuerpo. Soy poeta y tú eres mi chica Fanta.

Qué dices. Yo soy Natalia y a ti se te va la olla.

Es por tu culpa.

Y nos besamos.

A veces en ese remolino confuso de los besos y la cerveza, aparece como un destello el rostro limpio de Clara. Imagino que la beso a ella. Ofuscado, aprieto mucho los ojos, vuelvo a casa. Cada vez un poco más de noche. Cada vez un poco más cansado. Es como si viviese la vida de otro. Dos vidas, desdoblado.

Entre semana bailo. Trabajo el cuerpo, lo domino, me fustigo, mientras la fatiga va abriéndose paso en mis venas, solidificándose, y la tristeza. Álex y Clara bromean juntos. El brazo de Álex

sobre los hombros de Clara. Sus voces apagadas. Él se acerca para contarle algún secreto, le roza el lóbulo de la oreja. La penetra con su aliento. Entonces se vuelven hacia mí. La mirada molesta o burlona o cínica, tan hermosa, de Álex. Reprochándome mi indolencia. La sonrisa tímida, culpable, de Clara. Y los ensayos, los ensayos. Mi padre.

El fin de semana, el cuerpo gana, exige constantes recompensas. Estímulos placenteros, descargas, regocijos. Te lo mereces, dice, y después me lo reprocha. Como si dos vidas en un solo cuerpo fueran demasiadas. Pues cállate, le grito. ¡Cállate! Pero el sábado se levanta, tira de mí, me lleva de nuevo hasta la batalla del hombre ruso. ¿Estoy disparando o haciendo el amor? Por la profunda melancolía que me invade después de la descarga, no puedo saberlo. Solo sé que estoy solo en medio de los pastizales. Espantados los caballos de mi padre. Solo.

Repetir, repetir, repetir.

María, Simón y yo vemos la coreografía de Álex, las espaldas contra el espejo. Gesticula mucho, levanta y baja los brazos, corretea de un lugar a otro. Como si no tuviera huesos, su cuerpo se bambolea. Cae, se levanta. Es Petrushka. Álex lo hace endiabladamente bien. Lleva una camisa holgada y su tela se mueve en ondas, flamea impulsada por sus carreras. La profesora lo mira asintiendo. En ocasiones le grita: Más tragedia, Álex. Eres un muñeco de trapo, Álex. Eso es, Álex. Muy bien, Álex.

Perfecto, Álex.

María, que está sentada abriendo las caderas, con las manos en las rodillas, se levanta rápidamente para colocarse en un extremo del aula. Le toca bailar con Álex. La caja de las puntas va sonando sobre el linóleo, tactactac. Coloca los brazos, inclina la cabeza. Parece realmente una muñeca.

Miro a Simón y veo que tiene la vista perdida. Últimamente anda algo despistado, de mal humor. Hace tiempo que no oigo su risa aguda. De pronto me doy cuenta de ello. Llevo semanas tan ensimismado en mi dolor, en mi cansancio, en la borrosidad del parque, que no me había dado cuenta. Le doy un codazo. Él me hace un gesto con la mano, como si quisiera espantar una mosca. No pasa nada, parece decirme, pero su rostro lo desmiente. Tiene ojeras, los ojos hundidos y tristes. Le vuelvo a dar otro codazo. Él se encoge de hombros. Mis padres, dice, y lo hace en un susurro que casi no oigo. La puta crisis.

¿Pero se puede saber qué te pasa?

El grito se queda instalado en el aire, en el espejo. La música ha dejado de sonar. Solo la reverberación del grito. Los ojos de Rita clavados en mí. Enfurecidos.

¿Por qué no estás preparado?

Me sonrojo. Me levanto notando el tirón de mi muslo. Se me ha pasado mi entrada en escena. Me coloco en la posición. Suena la música y hago mi pequeño solo antes de que me persiga Bailarina, de puntas, caminando como una muñeca a la que le han dado cuerda. Pero estoy desconcentrado. El cansancio y las palabras de Simón: la crisis, sus padres. El cansancio. Se para la música. La profesora me mira furiosa. Lleva una horquilla verde prendida del pelo, despejándole el flequillo del lado derecho de la cara. Tiene marcas de acné, labios pintados de rojo que le quedan muy mal. Ropa de calentamiento, chaqueta holgada. Está muy recta, los pies en primera posición, los brazos en jarras. Por su andar y sus posturas, se adivina inmediatamente que

es bailarina. Debió de ser muy buena, con esos pies y esas piernas combadas que aún es capaz de subir hasta la altura del hombro. Su carácter es agrio. Temperamental. Voluble. Como si estuviera enfadada con el mundo. Dejó de bailar hace unos años. No tiene hijos. No creo que le guste la enseñanza. Salvo si tiene alumnos como Álex. Como María. Pero eso no es gustarte la enseñanza.

No te estás esforzando lo suficiente.

Habla muy alto. Grita. Es injusta.

No sé dónde tienes la cabeza. Llevas días muy despistado. No estás preparado para bailar.

Sus reproches me llenan los ojos de lágrimas. Por un momento pasan ante mí las madrugadas en el coche con mi padre, aún de noche, trayéndome una hora antes. Los ensayos después de las clases, las comidas rápidas, a medias, el aparato de los pies por la noche. El dolor de mi cuerpo, la fatiga. Me enfurezco. No soy capaz de contener estas lágrimas. Y eso me enfurece más. Solo pienso que es injusta, que es cruel, y la ira. La injusticia es la peor de las dagas. Presiono las manos una contra otra. Ella me está diciendo algo. No la escucho, no puedo escucharla. Solo lucho por contener mi llanto. Aprieto muy fuerte la mandíbula. Tanto que me duele. La tensión de mi cuerpo me obliga a estar rígido y ella dice: Muévete, por Dios, y yo no me muevo. No puedo. No sé hacerlo. No doy más de mí. No puedo más. Entonces siento sus manos que me agarran de los brazos y me zarandean. De un manotazo, las aparto. Veo las miradas asombradas, huidizas, de mis compañeros. Salgo del aula y corro hacia el vestuario.

En la ducha dejo que el llanto se desborde.

46

¿Estás bien?

Sí, ya se me ha pasado.

Qué borde. No lo merecías.

No le hagas caso.

El otro día le dijo a Alba que parecía una pulga en una familia de bailarinas.

Cómo se pasa.

Es una cabrona.

Álex y Simón me miran turbados con las tarteras sobre la mesa y la comida desperdigada. Hay mucho ruido. Voces y risas y sonidos de platos y el timbre de los microondas, como bicicletas lejanas. Una fila de chicos espera su turno para calentar la comida.

Y tú, ¿qué?, le pregunto a Simón.

Manuel viene a sentarse con nosotros.

¿Qué te pasa?

Me mira frunciendo la frente, los ojos un poco entornados como los miopes. Tiene el pelo recogido en una coleta y algunos rizos se le pegan a la frente. Sospecho que aún tengo los ojos rojos y que por eso me pregunta. Pestañeo y los siento irritados. Muevo el arroz con pollo de mi tartera con el tenedor, clavando la vista en los granos húmedos, pringosos de salsa. Tengo el estómago cerrado, como si un puño de hierro lo estuviera apretando.

¿Qué ha ocurrido?, pregunta de nuevo mirando a los otros.
Nada, que Santa Rita Rita se ha pasado.
Es una borde.
No tenía razón.
Vuelvo la vista a Simón.
Tú, ¿qué?, repito.
Él baja un poco la voz, mira hacia la ventana un momento y sus ojos se pierden en la claridad que embiste los cristales. El cielo sin gorriones.
Mis padres, que están en paro. Los dos. Primero ella y ahora él.
Guardamos un silencio solidario o culpable.
Menos mal que me dieron la beca.
Mierda de padres, dice Manuel.
Todos le miramos. Ahora es a él al que se le irritan los ojos.
Los míos se separan, tíos. Por mi culpa.
No, la culpa no es tuya, dice Álex hablando demasiado fuerte, demasiado enfadado. Como si ese comentario le hubiese espoleado por dentro. Quemado.
Le doy un toque en el brazo para que se calme y él me aparta la mano con violencia.
Es que estoy harto, dice. Harto de que le echen la culpa a los hijos de lo que les pasa a sus padres.
Se levanta, cierra su tartera con la comida a medias y se marcha.
Nos miramos desconcertados.
Al volverme hacia la puerta por donde Álex desaparece, veo a Clara siguiéndole con la vista. Después nuestras miradas se cruzan. Siento el arpón de sus ojos, una punzada dolorosa, como si la reacción de Álex fuera mi culpa y ella lo supiera. Como si ya solo existiera Álex para ella. Para todos.

47

Tu comportamiento es inaceptable. No quiero que vuelva a repetirse. Te estás jugando tu papel. ¿Me oyes? Te estás jugando ser un bailarín o un comparsa. Te estás jugando ser un bailarín o una persona normal. No toleraré que te pongas así en clase, que no me hables cuando te pregunto. Que no seas capaz de controlarte. Ninguna compañía te lo va a tolerar, y yo tampoco. ¿Me oyes?, ¿lo entiendes? Eso espero. Por tu bien, eso espero. Que no vuelva a repetirse. Puedes irte.

48

*Soy un dios alojado en el cuerpo de un toro.
Soy un dios alojado en el cuerpo de un toro.*

49

Yo no creo en Dios.
Ni este cuerpo es el cuerpo de un toro.

50

Aprovecha las vacaciones de Navidad y descansa, hijo.
Quiero hacer un cursillo.
¿Otro cursillo?
Mi madre se limpia las manos en el mandil, me mira con los ojos cansados, como velados por un vidrio oscuro, una radiografía.
Deberías descansar. Y aprovechar para estudiar. Estás flojeando.
Quiero hacer un cursillo.
Yo quiero ir a ver al abuelo al pueblo. Nunca vamos.
Mi hermano aparece salido de la nada. Coge el chocolate y parte una onza. Vuelve a repetir que quiere ir a ver al abuelo y mordisquea el chocolate. Habla con la boca llena. Veo la pasta marrón pegándose a sus dientes.
Qué cerdo eres.
Cojo el paquete de chocolate, arranco una onza y me la meto en la boca casi con violencia.
¡Yo no voy al pueblo!, grito yéndome de la cocina. Que venga el abuelo como todos los años.
Quiero hacer un cursillo.
Desde el salón, repantigado en el sofá, con el mando en la mano, escucho a mi padre. Estoy saltando de un canal a otro, anuncios de colonias, turrónes. La voz de mi padre, lejana, amortiguada por la pared y la música de los anuncios, dice: Si quiere hacerlo, que lo haga. Él sabrá.
Pero le viene bien descansar.
Un bailarín no puede parar, mujer.
A veces es mejor parar.
Después no oigo sus voces, solo a Luis quejándose. Una voz aguda, de niño que aún no tiene nuez ni cuerpo grande ni vello en las piernas.
Por un instante pienso en levantarme y decirles que mejor nos vamos al pueblo, que necesito descansar, que sí, que es verdad, que mi cuerpo ya no aguanta este ritmo, y me hundo un poco más en el sofá, en los anuncios de colonia. Cuerpos esculturales, labios, párpados azules. Deseo.

Cierro los ojos y me llega la imagen del abuelo, su casa de olores añejos, oscuros. De pronto recuerdo la subida al cerro, repleto de charcos, con el abuelo y Lobo, el border collie que murió hace unos años. Los ojos expresivos del animal, sus idas y venidas, el hocico húmedo golpeando el cuello, lamiéndome la oreja cuando me agachaba a su lado. Veo la cabaña de los gitanos en lo alto del cerro y al abuelo apoyado en un árbol, con la respiración ruidosa, mirando a lo lejos entre los árboles, sus árboles. Y yo de rodillas en el barro, haciendo figuras con la arcilla. Las manos ásperas y marrones, del color de los ojos del abuelo, humedecidos de pronto por quién sabe qué recuerdos. La abuela. Pero yo no me acuerdo de la abuela. Lobo ladrando. La vida redonda en esa figura de barro que moldeaban mis manos. Perfecta. No había nada antes ni después de ese momento. Solo el barro, el abuelo y Lobo. De golpe siento nostalgia de lo fácil que era ser niño.

Entonces, ¿qué? ¿Cursillo o casa del abuelo?

Es mi padre, que está en la puerta. Me sobresalto. Como si hubiera leído mis pensamientos.

Cursillo.

Mi madre entra con la frente arrugada. Aprisiona un estuche entre las manos.

Eso ya lo veremos.

Se da la vuelta y da por zanjado el tema.

Mi padre me sonrío cómplice. Menea la cabeza con condescendencia hacia mi madre. Yo atrapo el móvil y empiezo a escribir a mis amigos. Miro Instagram. De pronto me parece que los cuerpos de los bailarines, de todos los que suben fotos, mis amigos incluidos, son anuncios de colonias. Cuerpos esculturales y perfectos. Sonrisas invictas. Todos venden colonias. *La vie est belle. Only the brave. Invictus. Sauvage. Be delicious. Man of today. Obsession. Are you on the list?*

Dejo el móvil y cierro los ojos. La imagen del abuelo vuelve a invadirme. ¿Qué quieres hacer?

Cursillo. Cursillo. Cursillo. Casa del abuelo.

51

No estaba atento porque pensé que a Simón le pasaba algo.

No trabajas lo suficiente.

Eso no es verdad. Llego antes, me voy después.

Pero no has entrado cuando te tocaba. No estabas atento.

Intento estar al cien por cien todos los días, pero a veces no se puede. Nos pasan cosas. Somos humanos. Somos adolescentes.

La conversación con la maestra se sucede una y otra vez en mi cabeza. Invento diálogos donde hablo de modo tan razonable que ella, al fin, tiene que reconocer que ha sido injusta. Una y otra vez, y entonces noto el calor en las mejillas, la vergüenza de no haber sabido defenderme. De haber estallado en ese ataque de indignación y de rabia. De haberme bloqueado. No puedes tirarme por la borda todo el trabajo solo por el despiste de un instante. Me preocupo por los amigos. Nos pasan cosas, insisto. Nos pasan cosas. Quiero olvidarme de ese momento, pero la

conversación imaginaria me asalta, da vueltas en mi cabeza. Me enrojece.

¿En qué piensas?

En nada.

Eres poco comunicativo tú, ¿eh?

La chica Fanta me mira con cara seria.

¿Y qué vas a hacer en Navidades? ¿Te veré?

Me encojo de hombros.

No creo.

Eres muy misterioso.

Y eso te gusta.

No me gusta.

Claro que te gusta.

Me río. La acerco y la beso. No es verdad que no esté al máximo, no puedes reprochármelo. Doy todo de mí. Me duele el muslo y lo ignoro. Nos pasan cosas. A nosotros también nos pasan cosas. Somos humanos, joder. La lengua, el beso caliente. La noche de los parques sobre nosotros. Sobre él, ese que no soy yo y que ahora le quita el cigarrillo a la chica que está sentada sobre sus rodillas, le da una calada y se quema por dentro. Se incendia. Arde.

52

Combustión.

53

Vamos todos a cenar a una pizzería, los cuatro chicos y María, Clara, Alba y Luisa. Nos han dado las vacaciones y salimos del instituto gritando, riendo. Nuestros padres vendrán a recogernos a las doce de la noche. Vamos armando mucho ruido, tirando de las maletas, el runrún de las ruedas contra el cemento. Alba y Luisa chillan como gatas en celo. La noche se ha subido a los tejados. Es artificial, naranja, sin una sola estrella. Pero nosotros no vamos mirando las estrellas ni los edificios feroces ni a los peatones a los que casi arrollamos a nuestro paso. María corre a ponerse a mi altura. Me llega por el hombro. Se pone de puntas sobre sus zapatos de plataforma. Cuchichea.

Luisa está colada por ti.

Enrojezco. En un acto reflejo miro hacia Luisa, que va del brazo de Alba y se retuerce de risa.

Anda ya, digo. Pero su frase cala, se hace sitio, se instala, toca fondo.

Inmediatamente busco a Clara. Camina junto a Álex. Hace días que hay en él una especie de gravedad incluso cuando se ríe a carcajadas echando hacia atrás la cabeza y mostrando su cuello

pálido. Como si toda su luminosidad, todo su amarillo, se estuviese oscureciendo, pero es solo una sensación pasajera y advierto que ahora Clara apoya sus dedos con levedad en el brazo de Álex, que se vuelve hacia ella y sonrío. Su mano, entonces, como un ave nocturna, vuela en la ciudad, se posa en el mango de su maleta, la arrastra. También Clara le dedica una sonrisa y la noche se llena de cuervos. Ascenden chillones por mi estómago. Me colman de hiel la boca. Hace días que Álex y Clara tienen una intimidad excesiva. Aterradora.

Cuando llegamos a la pizzería, conseguimos pedir entre gritos y cartas de menú que pasan de mano en mano. Para beber: Coca-Cola, Coca-Cola, Nestea, agua, Coca-Cola, agua, cerveza.

¿Cerveza?

Todos me miran.

Sí, qué pasa, habrá que festejar que estamos de vacaciones.

Manuel también pide una cerveza.

Hoy me toca con mi padre, dice. La primera vez desde que se han separado. Mejor aguantarle con una cerveza.

Y nos reímos.

La caña me envalentona. De pronto siento que Luisa me mira diferente y eso también me envalentona. Su admiración hasta ahora oculta es como un resorte del petulante que hay en mí. Me pongo gracioso, insolente, pesado. Hasta soy capaz de hacer un chiste sobre Álex y Clara. Él me mira con desprecio un segundo antes de decir: Anda, cállate, no hables de lo que no sabes. Veo que Clara se poner nerviosa, enrojece.

Nosotros no tenemos nada.

Pues bien que lo disimuláis.

¡Que se besen, que se besen!

Las chicas corean, tapándose la boca con la mano para ocultar la risa, la *pizza* triturada, los tragos de Coca-Cola.

Álex se levanta de la silla, enfadado.

Ya está bien.

Entonces sale el otro, el que hay dentro de mí, el soldado de la estepa rusa, con su arma caliente, su coraje, su tristeza de tantos días.

¿Qué pasa, Álex, que ya no aguantas una broma? Tú que eres el perfecto en todo, el que todo lo hace bien y ni siquiera aguantas una broma. Menudo mamarracho.

Se hace un silencio. Yo me río para quitarle peso a mis palabras, que caen como el hierro contra la mesa. Inmediatamente me arrepiento. Termino la cerveza de un trago. La mirada de Clara me atraviesa como una bala. Me da de lleno en el corazón. Mata al soldado ruso y con él también muero yo, muere mi cuerpo avergonzado y herido. Las bromas siguen, pero yo ya solo deseo que abandonen mi cadáver en la nieve, que me picoteen los cuervos, que venga mi padre a buscarme.

Las conversaciones se reanudan. Manuel está hablando del fin de semana que le espera. Le miro, asiento, pero no le escucho. Solo pienso en que, por fortuna, tardaré quince días en volver a verlos a todos. Mi trozo de *pizza* está frío en el plato.

Finalmente hago una semana de cursillo en una academia no lejos de casa. Van muchos estudiantes de centros no tan exigentes como nuestro conservatorio. Eso me hace ganar confianza. Soy el mejor de entre los turtos. Luzco, sudo, me exhibo. Bailo.

Vamos unos días al pueblo a ver al abuelo. Lo encuentro más pequeño, más frágil, más viejo. Él me da un abrazo y me emociona su olor a casa cerrada. A anís y leña. Hay en este olor tantas vivencias de niño que tengo que aspirar muy fuerte para no emocionarme. Levanto los ojos y mi mirada choca con el bosque, con un cielo pluvioso, un viento que me enfría los párpados. Las rayas del tendido eléctrico sin pájaros. Los ojos húmedos.

Cómo has crecido, hijo.

Ya soy más alto que él. Siento su fragilidad en este abrazo, como cuando de niño estrujaba al jerbo que me regalaron y sentía el tacto duro de los huesos bajo su pelaje sedoso, movedizo, delicado. Inmediatamente recuerdo los ruidos de sus uñas dentro de la jaula, su cadáver patas arriba una mañana de invierno. Luis se ha unido a nosotros. Celoso porque no dejo de abrazar al abuelo.

Y tú también estás muy alto, Luis.

Mi hermano es pura energía, eléctrico. Salta, corre. Me aturde. Nos pasamos la semana haciendo excursiones. Aspiro el aire azul de los robles con desgana, sigo el paso lento del abuelo. Escucho a mi padre contando historias de cuando era pequeño: Aquí maté una curruca, allí me persiguió Paco el Toro, allá un día descubrí un búho que me miraba con sus ojos amarillos. Me aburro. En cuanto puedo me escaqueo. Me quedo en la casa del abuelo, tendido en el sofá, mirando el móvil, mirando los apuntes, mirando la nada. Los libros esparcidos sobre las rodillas.

¿Qué pasa, Álex, que ya no aguantas una broma? Tú que eres el perfecto en todo, el que todo lo hace bien. Menudo mamarracho.

Me mortifico. Me veo una y otra vez bravuconeando, levantando el vaso de cerveza, y trato de cambiar la frase, de tragarme mis palabras. Álex está inactivo en la red. No manda mensajes ni sube fotos.

Me siento mal. Me aburro.

¿Qué pasa, Álex, que ya no aguantas una broma? Menudo mamarracho.

Pasamos Nochevieja en casa del abuelo. Él dice que está mayor para viajar. En la casa hay una aparente alegría. Mi madre se esfuerza por que todo esté bien, por que el abuelo esté contento y no se canse. Me mira con sus ojos pardos, entrecerrados, me da una colleja: Anda, haz algo, pon la mesa, todo el día ahí tirado. También mi padre parece alegre, cuenta anécdotas de cultura, del pueblo, saborea la copa de vino blanco. Los caballos de sus ojos están en reposo, chispean. Luis está, como siempre, insoportable, quiere hacerme partícipe de todo. Que me dejes, enano. Miro el móvil. No hay mensajes de Álex ni de Clara. Ojeo grabaciones, fotos, historias. Algún vídeo en directo. Vuelvo la vista y contemplo a los cuatro, a esta familia que me ha tocado en suerte. Mi padre habla con mucho bombo, levanta sus manos que son morenas y largas, como animales domesticados, y entrecierra satisfecho sus párpados turcos. Mi madre le atiende mirando de reojo al abuelo, que hace algo, un gesto extraño con la boca y la copa, mientras Luis golpea rítmicamente el plato con el cuchillo y mueve, galvánico, la pierna bajo la mesa. De pronto mi

madre se ríe porque al abuelo se le ha caído la dentadura en el vaso y se pone colorada y mi padre también aguanta la risa. Entonces todos ríen, hasta el abuelo. Yo también. Hago una foto de la dentadura, pero antes de que pueda enviarla, mi madre me agarra del brazo.

Ya está bien de tanto móvil. Requisado hasta la vuelta.

Protesto, me enfado, me parece injusto.

Si todo el tiempo que pasas mirando el móvil lo pasases estudiando...

No hay nada que hacer. Ya han tenido que estropear el día. Me levanto de la mesa enfadado. No trato de controlarme.

Por la noche, Luis viene a mi cama. Me empuja para hacerse un hueco.

Bienvenido a mi equipo, dice.

¿Qué equipo?

Los *sinmóvil*. Se sobrevive.

¿No pensarás dormir aquí, conmigo?

Ni loco.

Un rato te dejo.

Sonríe.

A mitad de la noche me despierto. Tardo en comprender que este olor y esta penumbra son los del abuelo. Mi hermano sigue en la cama, me aprisiona contra la pared. Una pierna se le cae por el borde y es lisa y plateada en esta oscuridad. Con un leve empujón podría lanzarlo al suelo, expulsarlo de mi cama. Estoy tentado de hacerlo, pero, al fin, sus mejillas pálidas, la boca entreabierta al sueño me enternecen. Le subo la pierna, lo aprieto contra mí para alejarlo del borde y paso mi brazo por su cuerpo flaco. Su pijama de planetas fosforescentes resplandece en la sombra del cuarto, que es sólida, húmeda, llena de los zumbidos de la casa del abuelo, sus maderas, sus cañerías. Me llega el aliento cálido de Luis, mullido y rítmico como un reloj de cuerda. De pronto respira fuertemente. Inspira y expulsa todo el aire de los pulmones en un suspiro hondo. Recupera el ritmo pausado. Me dejo mecer por él, como si fuera una ola, un trozo de mar caliente. Cierro los ojos y me duermo.

55

Encuentro el libro en la mesita de noche. La portada es de un hombre vestido con una malla ajustada que imita la piel de una vaca. Está en cuclillas, la cabeza inclinada, de perfil, el cuello estirado mostrando el trapecio. La mano izquierda enseña la palma. La derecha, el envés. En los pies calza sandalias de oro. Del pelo corto le nace un pequeño cuerno de cabra. La oreja es puntiaguda como la de un fauno.

Y las letras: NIJINSKY, en grande, en mayúsculas.

Debajo: Rómola Nijinsky.

Se trata de la biografía de Nijinsky escrita por su mujer, Rómola.

56

Los días se hacen eternos. Estudio. Echo de menos el móvil, pero también agradezco no sentir la ansiedad de tener que mirarlo a cada rato. Me aburro. Hay moscas en la casa del abuelo. En Nochevieja, cuando llevo las copas a la cocina, bebo los posos de vino blanco. Saben peor que la cerveza. Su acidez me recuerda los besos de la chica del parque. Me aturde el deseo. Clara.

Las uvas.

57

Rómola de Pulszky acudió al teatro de Budapest. Ella iba a menudo, solían invitarla a los grandes estrenos. Su madre era una actriz conocida; su padre, un político que se suicidó cuando Rómola tenía ocho años por un escándalo relacionado con unas obras de arte. Estaba en Australia, en el exilio, cuando se disparó con un revólver. A ella le impactó su pérdida. Fue como si alguien le hubiera arrancado una mano, una pierna, un pedazo de hígado. El olor del teatro la hizo sonreír. La fascinaba aquel mundo que ofrecían las cortinas pesadas y rojas, las butacas de terciopelo con tachuelas doradas, la lámpara de araña, gigantesca, sobre el patio de butacas. No la acompañaba el barón húngaro con el que estaba prometida. Algunas personas de la aristocracia de Budapest la saludaron. Al fin y al cabo, ella era una joven condesa. Se apagaron las luces, se oyeron las últimas toses, las primeras notas. Rómola volvió a sonreír, dispuesta a entregarse a la magia del espectáculo. No podía saber que su vida estaba a punto de dar un vuelco. Sobre el escenario, los bailarines del *Ballet Imperial Ruso*: su talento, sus acrobacias, su vestuario, sus decorados. Era como entrar en un mundo fabuloso. Y allí, en medio de su hechizo, estaba él. Con aquellos ojos violentos y la línea del cuerpo perfecta, poderosa. Su furia y su fuerza. Rompiendo las leyes de la gravedad. Flotando en el aire con sus huesos de pájaro y sus muslos de acero. Su visión se le agarró dentro, la dejó sin aliento. La golpeó con violencia. Todo se desvaneció salvo aquellos ojos salvajes y aquel cuerpo musculado, de oro, de efebo. Su cuerpo de dios griego. Delicado y formidable en su salto. Rompió con su prometido y se dedicó a seguir al *Ballet Imperial Ruso*.

Gracias a la influencia de su madre, de su posición y su dinero, consiguió que la admitieran como alumna de danza del maestro Cecchetti, acompañando al *Ballet* en sus giras. Pero el dios, el Apolo, el Hércules, el solista, era esquivo. Estaba protegido por Vassily, un guardaespaldas para evitar a las admiradoras. Fue el dueño de la compañía, el feroz y penetrante Serguéi Diághilev, quien le puso bajo la vigilancia de aquel hombre. Serguéi Diághilev, dieciséis años mayor que él, le había encumbrado en los escenarios y aislado en su cama. Eran amantes. Amor y odio.

Un año después, Rómola de Pulszky embarcó con la compañía rumbo a Buenos Aires. Serguéi Diághilev no iba con ellos por su profundo temor al mar. Vaslav Nijinsky apenas conoció a la condesa húngara y aprendiz de bailarina en una ocasión en el barco. No hablaban el mismo idioma. Sin embargo, una noche, cuando la cubierta estaba vacía, se acercó a ella y le dijo: *Mademoiselle, voulez-vous, vous et moi?*, y señaló el dedo anular de su mano izquierda simulando

ponerle un anillo. Después se sentaron en dos hamacas y el silencio y el cielo estrellado, la mar inacabable, los envolvieron como si estuvieran enamorados. Cuando llegaron a Buenos Aires se casaron.

Las razones de Vaslav para pedirle matrimonio a aquella desconocida permanecen ocultas.

La mente de Nijinsky era oscura, enigmática. Incomprensible. En ella anidaban la venganza y la cobardía. La rebelión y la locura. El genio y la imbecilidad. O acaso ninguna de ellas.

Pero Rómola le amaba. Obsesivamente, excesivamente. Amaba al bailarín, no al hombre. Al hombre no lo conocía. Amaba a la celebridad, a la estrella, al extraordinario intérprete que habitaba en su cuerpo de toro, en su mirada turbadora. Y quién era aquel hombre cuando dejaba de bailar. Qué era. Y a quién de los dos, al hombre o al genio, si acaso podían separarse, amaba Serguéi Diághilev. El todopoderoso Serguéi, que entró en cólera y expulsó del *Ballet* a Vaslav cuando se enteró de su boda. Se había quedado sin su amante a causa de su terror al mar. Una gitana le había predicho que moriría ahogado en un naufragio. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Náufrago del amor. Si acaso era amor eso que sentía.

58

El libro de Rómola Nijinsky tiene una hoja seca en la página 51. Una hoja de arce, palmeada, con sus venas rojas, sus lóbulos y sus bordes dentados.

59

Acompaño a mi padre a recoger leña al bosque. Los dos somos de la misma altura. Atardece. Las últimas luces se filtran entre las ramas. Cruje la broza bajo nuestras botas. Hace frío. Mi padre se da varias palmadas para entrar en calor. Se gira, deposita en el suelo el macuto con leña que lleva al hombro y me mira. De pronto, me reconozco en esos ojos.

Menudo frío, dice. Podemos bailar para entrar en calor.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Inesperadamente, se pone a dar saltos tratando de imitar los pasos de *ballet*. Sabe que no lo hace bien y por eso exagera su parodia. Es ridículo. Me alegro de estar en un bosque sin que nadie nos vea. Pone las manos en corona y gira sobre las puntas de la bota. Se eleva en el aire, entrecruza las piernas completamente desequilibrado. Aunque no quiero, me río. Él ahora se detiene. Se pone la mano en el pecho y resuella, agotado. Expulsa bocanadas de aliento blanco.

No te creas, dice jadeando. Si yo hubiera estudiado danza, no lo haría nada mal.

Me río de su ingenuidad.

¿Sabes? Después de diez años sin verse, Nijinsky y su padre se reencuentran y bailan el uno para el otro. Imagínate qué momento. Lo cuenta Rómola Nijinsky en su biografía. ¿Has visto el

libro? Te lo dejé en tu mesita de noche.

Cabeceo encogiéndome de hombros.

Venga, yo ya he bailado para ti. Ahora te toca.

Pero yo me niego.

Él hace un gesto de resignación, de hartura. De pronto veo cansadas las praderas tártaras de sus ojos. Amarillentas, sin caballos, como ansiando la lluvia y solo el sol, la luz, los prados agostados, el sol. Lo veo más viejo. Es solo un instante. Después, la habitual ventisca de sus ojos.

Mi padre recoge unos leños, los lanza al macuto, se lo cuelga al hombro.

Venga, vamos. Al menos coge ramas.

Le sigo. Ahora que no me ve, hago unos pequeños pasos, un giro furtivo. El bosque crepita bajo mis pies. Como un lamento. Bailo.

60

Volvemos a nuestra casa en la ciudad. Me da pena despedirme del abuelo. De pronto pienso que a lo mejor es la última vez que nos vemos y le abrazo aspirando fuerte, sintiendo sus huesos de jerbo. Estoy bien aquí, en la casa del abuelo, en este mundo cerrado y cálido de la infancia. Tengo ganas de volver, de retomar mi vida, de ver a Álex, a Manuel, a Simón. A Clara. Y al mismo tiempo no quiero hacerlo.

Ya todos están en el coche. Mi padre da un par de bocinazos.

El abuelo me sonrío. Sus ojos están vidriosos, como todos los ojos de los viejos.

¿Y a ti qué te pasa?, me pregunta.

Tardo en contestar. Me encojo, me hago más pequeño.

A veces echo de menos ser niño, abuelo.

Al oírme hablar siento un repentino desamparo, una autocompasión que me produce ganas de llorar. Como si siguiese siendo un niño, un Luis cualquiera.

Qué tontería, dice el abuelo sujetándome la barbilla. ¡Cuándo la mariposa tuvo nostalgia de la larva!

Mi padre vuelve a pitar. Él me da una palmada cariñosa y voy al coche.

En mi mochila he metido el libro de Nijinsky.

61

Era como mirarse en un espejo distorsionado. Como caer en una brecha del tiempo. El mismo cuerpo elástico, de poderosos muslos. Los mismos pómulos altos, los ojos, con aquella profundidad inquietante, un poco violenta, un poco desamparada. El joven y el hombre, frente a frente, idénticos, salvo la edad y tal vez el brillo de sus miradas. Entusiasta en el primero. Amarga

en el otro, y era como si se estuviesen mirando a sí mismos con más de dos décadas de diferencia. Nadie podría negar que eran padre e hijo. Ellos estuvieron más tiempo del debido mirándose en silencio, descubriendo sus semejanzas, maravillándose por ellas, odiándose también. Tal vez era el padre el que mayor asombro mostraba de los dos. Aquel niño al que no veía desde los ocho años ahora era un joven de su misma estatura, en el que se reconocía y también se diferenciaba. Al que envidiaba su vigor y su trayectoria. Las críticas lo elogiaban como el dios de la danza. El hijo guardaba un recuerdo vago de aquella figura paternal que le había enseñado los primeros pasos de baile, que se movía sobre un escenario dejando esa impronta maravillosa en el aire, donde las luces cegaban su memoria. El hombre que le había lanzado a las frías aguas del baño sin que él supiera nadar, el que voceaba con violencia por los pasillos de la casa o lloraba arrepentido agarrado a las faldas de Eleonora, su madre, la bailarina Liota. El hombre que se había ido cruzando el jardín de la dacha para no volver. Y el dolor de Liota. Su dolor también. El odio. Y ahora esa sorda palpitación de resentimiento. Y qué es el resentimiento sino un viejo odio, un odio reseco, podrido. Allí estaban el rencor y los bellos recuerdos. Todo eso era aquel hombre que le escrutaba con la mirada y que tenía su misma altura y su mismo porte y que era su padre. Ya nunca podría poner otro cuerpo, otro rostro a ese padre. Al fin, Foma sonrió:

—¡Vatsa, hijo, te has convertido en todo un hombre!

Le estrechó en los brazos, golpeándole la espalda con brío. Como se golpea a un caballo.

Las cúpulas coloridas de las catedrales relumbraban al sol. Para llegar a Kazán y encontrarse con su padre había hecho un largo viaje recorriendo las estepas rusas en tren y también en barco descendiendo el río Volga. No había venido en busca de reproches. No sabía a qué había venido. De pronto se dio cuenta de que respetaba a su padre. Que tal vez no le amaba como debe amar un hijo a un padre, que no podía amarlo por su abandono, por el dolor de Liota, por su propio dolor, por ese resentimiento incrustado en la piel, pero que estaba agradecido por su herencia.

Entonces Vaslav sonrió, su sonrisa irresistible, encantadora, dice Rómola, escribe Rómola, su encantadora sonrisa irresistible. Sí, agradecido por su herencia, aquel cuerpo que era el cuerpo de un toro, y soy un dios alojado en el cuerpo de un toro, papá.

—Tienes que bailar para mí, Vatsa, hijo.

—Y tú para mí.

Y eso hicieron, bailaron el uno para el otro.

Vaslav admiró los pasos imposibles de su padre, sus saltos prodigiosos que él había heredado.

—Eres un gran bailarín.

Foma se echó a reír. Se atusó el bigote. Aún tenía reminiscencias en la pierna que se había roto y que le había alejado de los escenarios durante meses.

—Trata de hacer esto —le pidió dando un salto elevado. Encadenando pasos. Estirando con elegancia el brazo vigoroso y elástico. Vaslav lo imitó. Si no hubiese sido porque era imposible, Foma habría asegurado que su hijo se había detenido en el aire y caía despacio, muy despacio, tan despacio que en la ciudad se hizo de noche y el viento trajo la nieve y los copos caían sobre las cúpulas dormidas. El padre se conmovió.

—Hijo, yo seré un buen bailarín, pero tú eres el mejor, el más grande.

Le regaló unos gemelos de oro con piedras semipreciosas de los Urales.

—Para que no me olvides.

—No lo haré.

Prometieron reencontrarse el siguiente invierno. Pero nunca más volvieron a verse.

Cuando a Vaslav Nijinsky le dijeron, años después, mientras ensayaba, que su padre había muerto, él solo pudo hacer una mueca. Una sonrisa. «Gracias», dijo dócilmente, con aquel ademán en los labios que los curvaba de un modo sencillo, extraño, dulce, desalmado. Un gesto que nadie supo interpretar.

62

He llegado el primero. Estoy solo en el aula. Los grandes ventanales muestran el cielo rojizo, una luz de incendio que cae y se esparce por el suelo de linóleo. Me pongo un extremo de la goma que usamos para estirar en el pie derecho. Enlazo el otro extremo en el empeine del izquierdo y abro las piernas. La goma tira de ellas. Los músculos se alargan, se tensan. Es esta línea de dolor dulce, intenso, punzante. Apoyo el pecho en el suelo y descanso la cabeza entre los brazos. Cierro los ojos, detenido en esta luz de la mañana, esta luz del dolor. Se me adormecen las piernas. En la oscuridad palpitante de mis párpados aparecen imágenes, caleidoscopios. De pronto, mi corazón se acelera, pulsa. Abro los ojos y la veo. Es Clara. Todo mi cuerpo hierve. Suelto la goma y las piernas flojean. Sonrío.

¿Qué tal las vacaciones?

Ella se acerca, se agacha y me da dos besos. Huele a champú, a espuma de pelo. La piel de su mejilla al contacto con la mía me provoca un relámpago agudo. Su tacto permanece y es como una brisa que se esparce, que me hace tiritar. Clara, la dueña de mi cuerpo, revuelve en su bolsa sentada a mi lado, con su acostumbrada seriedad.

Mis vacaciones bien, estudiando. ¿Y tú?

En casa de mi abuelo, en el pueblo. Un rollo.

Nuestros brazos se rozan.

Voy a decirle algo más, pero el ruido desvía nuestra atención. Son Luisa y María. Vienen corriendo hacia nosotros, hacia Clara, que ya se ha levantado, y se abrazan y se besan, como si no se hubiesen visto en años. Las piernas de Clara suben aupada por Luisa. Se llaman por diminutivos, se ríen. María viene a darme dos besos, después Luisa. Su supuesta atracción hacia mí me hace verla distinta. De pronto, el recuerdo de la cena en la pizzería me paraliza. Enrojezco, me ocupo guardando la goma en mi mochila. Me alegra ver aparecer a Manuel. Nos abrazamos.

¿Qué tal con tu padre?

Mejor que nunca, dice. Se siente culpable por la separación y me ha estado haciendo la pelota. Nos reímos.

¿Y tu abuelo?

No me habla. Eso también está bien.

Simón entra en el aula, parece que ha crecido más en estas vacaciones. Se le ve muy alto, pálido, los ojos saltones. Se queda un instante en la puerta como un búho mirando con una fijeza que desconcierta y que es a la vez retadora y ausente. Tiene los labios gruesos, como hinchados, que entreabre ahora en un mohín lánguido. Sonríe al vernos, pero en su gesto quedan los restos de

ese abatimiento, como las gotas de agua después de la ducha. Nos saludamos.

¿Cómo va todo?

De puta pena.

No será para tanto.

Cenamos espaguetis en Nochevieja y no tenemos ni para comprarme unas...

Señala sus pies. La tela de las zapatillas de *ballet* está deshilachada por la punta.

Calza mucho más que nosotros, así que no podemos pasarle las nuestras. Él se encoge de hombros.

En mi casa se respira una miseria inaguantable. No veía el día de volver al conservatorio.

Le doy un golpe cariñoso en la espalda. Sigue entrando el resto de compañeras y nos saludamos. Llega Rita. Da dos palmadas y todos corremos a quitarnos las ropas de calentamiento. Nos colocamos en nuestro sitio en la barra. De pronto me asalta una gran pereza. Cae sobre mí como la red de una trampa. Cierro los ojos. Veo los huecos de la malla que me cubren. Luz y oscuridad y pereza. Pereza.

Espero que hayáis hecho algo en Navidades, porque la clase de hoy va a ser dura y mañana tendréis agujetas por todo el cuerpo.

El pianista está sentado, las manos sobre el teclado, preparado para seguir las órdenes de la profesora. Nuestros cuerpos, ya colocados, se reflejan en el espejo. Espaldas tiesas, moños tirantes, cuellos altos. Miro a la puerta en espera de que entre Álex. Pienso en su presencia pálida, su movimiento armonioso y felino, la estela de luz que abandona a su paso. Pienso que en cualquier momento lo veremos entrar corriendo con su cuerpo atlético y su cara rubia, culpable por llegar con retraso. Pero acaban las clases y Álex no ha aparecido.

Rita pregunta por él. Todos nos miramos desconcertados, levantando los hombros. Nadie sabe nada.

63

¿No os ha escrito?

No.

Lleva sin conectarse más de una semana.

Igual Clara sabe algo. ¿Le habéis preguntado?

Los tres miramos hacia Clara, que se está quitando las puntas junto a las otras chicas. Estiran los pies vendados, llenos de magulladuras, con alivio.

Clara, ¿sabes algo de Álex?

Ella nos mira mientras da vueltas a las cintas alrededor de las zapatillas de puntas, las guarda.

Está con su madre, en su pueblo. Tardará unos días.

¿Y ha avisado en el conservatorio?, ¿le dejan?

Porque es Álex, que si fuera otro...

Pero ¿le pasa algo?

Qué morro.

Como es el ojito derecho...

Clara nos arroja una mirada agria. Cierra la cremallera de la mochila con fuerza y se la echa al hombro. Desaparece por el pasillo, sin volverse siquiera, y yo me siento como un imbécil, despreciado y celoso. Abandonado por la negra dulzura de sus ojos.

64

La llegada de Álex nos alegra a todos. Ha pasado una semana. Está más delgado, más alto, con la cara pálida y ojerosa. Muestra esa serenidad un poco amarga, un poco decepcionada, de los adultos. Como si se hubiera echado encima tres años de golpe. Cuando me ve sonrío. Es una sonrisa sincera y eso me alivia. Estamos en los vestuarios. Como dos tontos, tardamos en darnos un abrazo. Yo estudio esa nueva languidez del rostro, repaso sus ojos dorados, las hebras castañas del pelo que ahora le caen descuidadas por la frente, y no sé qué es lo que oscurece sus facciones de niña.

Tenía ganas de verte.

Siento que permanece un rato más de lo habitual en el abrazo. Que lo necesita. Necesita mi abrazo y eso me gusta.

¿Todo bien?

Álex me mira de frente a los ojos antes de afirmar con la cabeza y volver a sonreír mostrando sus dientes perfectos. Sin *brackets*.

Pues ahora, a ponerse las pilas. Santa Rita Rita está loca por reanudar los ensayos.

Tú lo que tienes es ganas de matarme con esa cimitarra.

A veces sí, lo confieso. Es pura envidia.

Me gusta que bromeemos. Siento el optimismo como un rayo de luz que me quitara el lastre que arrastraba las últimas semanas.

Vuelve a sonreírme y pasa el brazo sobre mi hombro. Así, agarrados, vamos al aula.

65

Todo empieza bien, y las agujetas. El cuerpo se queja, maúlla como un gato clavándome sus uñas, pero está la ilusión del festival, el reencuentro con los amigos. Volvemos a la rutina. Conservatorio, instituto. Conservatorio, instituto. Conservatorio, instituto. El tiempo pasa muy deprisa, o muy lento, no sé. Intenso, turbador, arrebatado y oscuro como caballos de carreras dando vueltas a la pista. Una semana y otra. Y entonces todo vuelve a precipitarse. Mi cuerpo se amotina, me arrastra por los caminos del desánimo y la pereza. Lo miro espantado en los espejos. A veces, como un destello, me deslumbra su fuerza, su nervio de toro, pero la dicha del vuelo solo dura lo que la luz del relámpago.

Álex está cada día más hosco, más distante conmigo. Su acercamiento cuando llegó de las vacaciones fue otro espejismo. Como el de mi cuerpo frente al espejo. Ahora se concentra en su papel de Petrushka, en las clases de danza, en Clara con una intensidad semejante a la violencia. Una obsesión minuciosa y ávida, de abeja. Como si no existiera nada más allá. Solo el baile, las clases. A veces Clara.

Muy bien, Álex. Perfecto, Álex. Eres un gran bailarín, Álex.

La profesora toma notas, levanta la cabeza. Me contempla con un espejeo de decepción en los ojos. Sigue adelante, levanta con suavidad el codo de María para que el brazo forme un círculo perfecto y sonrío. Me ha abandonado a mi propia caída. Ya no me corrige. Manuel se está aprendiendo mi papel de Moro en *Petrushka* por lo que pueda ocurrir. Vuelvo a sentir destellos en el muslo y lo uso como excusa. Por las mañanas me cuesta levantarme. La desidia me invade como la hiedra.

Ya no es la furia, ahora solo el desánimo.

Soy una habitación abandonada.

Conservatorio, instituto. Conservatorio, instituto. Conservatorio, instituto.

¿Pero qué demonios te pasa?

Es el muslo.

66

Estamos en los vestuarios. Simón cose sus zapatillas de *ballet*, sin mallas, solo con el suspensor que se le abomba entre las piernas, sobre el que descansa la suela negruzca de una de sus zapatillas. Sus piernas son largas y velludas. Ocupan mucho espacio. Manuel se está quitando las mallas. Álex, con la toalla en las rodillas, parece ensimismado, sentado en uno de los bancos de madera. El cuello y los hombros le brillan, pálidos, a causa del sudor. Veo su imagen a través del espejo. Los azulejos empañados.

¿Quedamos para dar una vuelta?

Pero él nunca quiere.

No puedo, dice, y calla. Vuelve a ensimismarse.

Como si eso fuera suficiente.

Este se ha enamorado.

Ahora es Manuel el que habla, a gritos, abriendo el grifo del lavabo y frotándose la cara con agua fresca. Está colorado. Se le forma una película brillante, los rizos negros se le aplastan.

Habrá quedado con Clara.

Hablo con fingida indiferencia, tratando de que no se me rompa la voz al pronunciar su nombre. Clara.

No es eso.

Oye, que a mí me lo puedes contar, que yo paso de Clara. Estoy con una del parque.

¿Pero qué dices, tío? ¡Cuenta!

Enseguida Manuel y Simón me acosan. Yo no quiero contarles nada, suelto evasivas.

Los ojos de Álex me alcanzan a través del espejo. Adivino en ellos un fondo de rencor, de odio. Me estremecen. Él está inmóvil, todavía con la toalla sobre las rodillas, los hombros caídos. Solo el movimiento subterráneo del rencor en sus ojos. Como un insecto.

Quiero saber. Necesito saber.

Bueno, entonces Clara y tú qué...

Pero él no suelta prenda.

No es eso.

Dice y calla, pero yo sé por qué calla. Los veo. Álex y Clara cuchicheando juntos a la salida de clase, a la puerta del instituto. O simplemente sentados en silencio en el comedor del conservatorio. Me produce vértigo verlos, las cabezas tan juntas, la mano de Clara posada sobre la de Álex, como dos polillas copulando. Náuseas. No quiero hacerlo, pero ellos me empujan y vuelvo al parque.

67

Sobre el brillo fugaz del hierro envejecido de los columpios me llega la imagen. Beso la boca helada de la botella. Soplo y se forma un viento amargo. Si cierro los ojos sigo viendo la imagen. Es Álex bailando. Estremece el aire con la danza de los brazos y es tan perfecto su movimiento que comprendo lo lejos que estoy de mis sueños. Se me antoja un horizonte inalcanzable. Qué sentido tiene seguir insistiendo como una mosca que se da de topetazos contra el cristal. Sin poder abrir la ventana. Yo nunca seré como Álex. Y de quién son estos sueños. A quién le pertenecen, papá. Pero no quiero pensar. Solo estar aquí, ahora, en este presente lleno de árboles y vaguedades. Bebo de la litrona, invoco al soldado ruso para que regrese a sus paisajes inabarcables y tristes, cruzados por trenes donde el amor y la muerte son una misma cosa y está tu boca, Natalia, tu piel de melocotón blando, pero no has venido y a lo mejor podría decirte mi nombre y tú nunca me llamarías Nijinsky. Pero no has venido y yo estoy harto de la cerveza, del parque, del frío que me cala hasta los huesos. De esta mierda de tristeza.

No quiero bailar.

Y entonces llega con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, dando pequeñas patadas a piedras imaginarias, los ojos llorosos.

Hacía mucho que no venías. Creí que te habías mudado de ciudad.

Sonríe y su sonrisa es pulpa dulce y triste y quiero besarte. Pero ella no se acerca. No acepta la botella que le ofrezco.

No me apetece, dice. No quiero que esto sea así, solo un rollo de litrona y parque. Solo cuando tú quieres. Ni siquiera sé tu nombre.

Sus palabras despiertan un zumbido sordo, un malestar que trato de atajar con un movimiento de cabeza.

¿Es que tú no quieres?

No, dice. No así.

Me muero por besarte.

Ella me mira entrecerrando los ojos con dureza. Dentro de sus párpados, las pupilas brillan como las de un animal nocturno, ansioso. Dos gotas de agua. Y yo tengo sed y me levanto y la tomo de la mano. Ella se suelta.

No.

Rasca el suelo con el zapato, la cabeza gacha. No.

Sin mirarme.

Cuando quieras algo en serio, me llamas.

Cómo voy a llamarte si no tengo tu número.

Averígualo.

Me llamo Marcos.

Pero ella se aleja apretando el paso. Altiva, taciturna. Distingo un grupo de chicos que la esperan detrás de unos árboles. Figuras negras contra la pared de la iglesia que bordea el parque. Grafitis, ladrillos deslucidos, manchas de orina. Ella se funde en sus sombras, se disuelve en la última luz de la tarde, como absorbida por su negrura. Ya no la distingo. Es una más en esa oscuridad móvil, ruidosa, a ratos reidora. Una marea, una bandada. Protegida por sus iguales. Y no me atrevo a moverme, no soy capaz de ir tras ella y eso es lo que quiero. Ir tras ella, agarrarla de la cintura. Perdóname. Su aliento, su olor tibio. Me llamo Marcos. Bebo un trago más de la litrona para que me dé fuerza, pero lo único que consigo es humedecerme los ojos. Irritados de golpe. Como el abuelo. Y él sujetándome de la barbilla. Qué mariposa, abuelo. Más bien polilla, gusano. Y para eso prefiero seguir siendo larva.

Mis dedos rascan la madera del banco, pasan las yemas por la superficie fría y encuentran las muescas, letras y números tallados con mano torpe. Las rayas de un corazón. No sé cuánto tiempo paso aquí sentado. La manada se ha ido. Se ha llevado a Natalia. Solo algunos perros y sus dueños. Las primeras hojas blancas de un almendro prematuro rompen la tela de la noche, como un paraguas lleno de agujeros.

68

Últimamente llegas con la tartera llena.

No me da tiempo a comer.

Tienes que comer.

No me da tiempo.

Mi madre me mira férrea, intolerante. Los brazos cruzados. Está apoyada contra el fregadero. El cubo de basura, a sus pies, muestra un desorden de colores. Los restos de la pasta, sus tirabuzones verdes, el golpe rojo del tomate.

Si no comes, te saco del conservatorio.

Eso díselo a papá.

Déjate de papá y escúchame. Esto es muy serio. Tienes que comer muy bien. Un bailarín debe comer muy bien; si no, no aguanta. Te estás jugando la salud. ¿Me oyes?

Sí.

¿Y qué vas a hacer?

Comer bien.

Así me gusta.

Su mano cariñosa entre las hebras de mi pelo. Sus ojos dulces otra vez, zumbones. Tarros de miel guardados en la alacena de madera y los párpados.

Cojeo levemente y ya es una manía.

69

Me encierro en mi cuarto. Pienso en Natalia, pienso en Clara. En Álex. Siento que mi mundo se derrumba. Todo lo que soy, todo lo que he querido es la danza, es Clara, es Álex. Son Manuel y Simón. Todos bailarines. Ese es mi mundo, el único que conozco. Y ahora, como un volcán, se entreabre la tierra que piso. No hay nada debajo. Los besos de la chica del parque eran ese otro mundo y ahora estoy abandonado como un perro en el arcén de la autopista. Viendo los coches pasar, sospechando la tibieza de sus interiores, la música que no oigo y que mueve los labios de los que van dentro, repantigados en sus asientos confortables, las luces veloces a las que nunca daré alcance. Se alejan. Se hacen diminutas. Desaparecen en la siguiente curva, mientras yo camino al borde del arcén sacudido por vientos heladores. Hambriento, exhausto.

Decido cruzar la carretera. Como un kamikaze.

70

¿Y a ti qué te pasa conmigo?

A mí nada.

Álex me mira. Vamos por los pasillos del conservatorio. Tenemos un rato antes de que empiece la siguiente clase y vamos a la biblioteca para hacer un trabajo de danza.

Estás raro, me miras raro. Si es por Clara, ya te he dicho que no me gusta.

Y yo que no es por ella.

Entonces, ¿qué te pasa?

Mis cosas.

Qué cosas.

Nada.

No se puede hablar contigo.

Tú, sin embargo, eres un gran conversador. Lo sabemos todo de ti.

Me mira irónico. Esboza una leve sonrisa y la tensión se afloja. Yo también sonrío.

Bueno, algo sí sabemos, añade: que estás con la chica del parque. A lo mejor sigues bebiendo cerveza. A lo mejor ya la has besado.

Me altero. Siento una ola de vergüenza, de ira, que me alcanza y me empuja. Las mejillas me arden.

Eso no te importa.

Llegamos a la biblioteca. No hay nadie. Lamento que esté vacía, que sigamos solos. La presencia de Álex me duele, su pálida mirada acusadora, sus manos aleteando entre los libros con furia contenida. Su cuerpo en tensión, los glúteos abombados, duros. La espalda en escalera hacia esa nuca blanca, ancha, poderosa. El pelo revuelto, el trasluz de las orejas. De pronto se da la vuelta.

¿Por qué me miras como un pasmarote?

Iracundo.

Coloca unos libros sobre la mesa. Algunos son gruesos, ni siquiera me fijo en las portadas. Son dibujos de bailarines, fotos, yo qué sé. Él levanta la cabeza. Tiene los ojos húmedos, me mira de una forma distinta. La voz grave cuando susurra:

A lo mejor sí que me importa.

El qué.

Lo que te pase.

No acierto a decir nada. Poso los ojos en uno de los libros, leo «Nijinska» de una manera maquinal, sin prestar atención a esa palabra, «Nijinska», que es, sin embargo, un escozor en la boca del estómago.

Te estás echando a perder.

¿Qué?

Que estás hecho una mierda. No te cuidas. Si sigues bebiendo o lo que coño hagas, acabarás repitiendo curso.

Me enciendo.

Pero qué dices.

Lo que oyes. No tienes fuerza, tienes ojeras. No te cuidas. Acabará Manuel haciendo de Moro.

Me duele el muslo.

Te duele el muslo y bebes cerveza y yo qué sé qué más harás.

Hago lo que me da la gana.

De pronto siento que no puedo parar. Que cruzo con los ojos vendados la carretera. Que no me importa el rugir de los motores, los estallidos, el claxon que se acerca y se aleja como un hilo de vidrio y no puedo parar.

Lo que pasa es que no tengo una vida tan fácil como la tuya ni esas condiciones innatas. Yo me tengo que currar esta mierda de cuerpo todos los días. Y estoy harto. Harto de aguantar a mi padre preguntándome por ti. Harto de no llegar a lo que se me pide, de ir al límite. De no ser lo bueno que quieren que sea en el conservatorio, en casa. Harto de verte con Clara. Te crees que soy tonto, que no sé que estás con ella. La vida no es tan fácil para los demás. Mira a Simón sin un puto euro o a Manuel con los padres separados, y todos estamos aquí sudando la gota gorda para intentar bailar como tú, para tener una vida como la tuya. Pero yo no puedo alcanzarte. No puedo. Así que no me digas lo que tengo que hacer. No me des lecciones. Haré lo que me dé la gana.

Estoy rojo, temblando. Recorrido por un rayo de ira que me sacude. Mi voz se queda colgada

del aire. Forma ondas concéntricas que se abren y se diluyen hasta dejar un estallido sordo, un silencio que presiona los oídos. Que duele. Entonces Álex me mira con una enorme tristeza. Apoya los puños en la mesa y echa todo el peso hacia adelante, acercándose a mí. Cuando habla, me alcanza su aliento. Solo dice:

No tienes ni puta idea de nada.

Después se da la vuelta, coge uno de los libros y se larga.

71

Bronislava Nijinska. Early memoirs.

Sin quererlo, tal vez por la perplejidad, por la ira. Tal vez por dejar de mirar la puerta que Álex ha cerrado con furia, empujado por las corrientes subterráneas del inconsciente, abro el libro que está sobre la mesa. Hojeo unas páginas. Está en inglés. Todo lo hago sin pensar, dejándome llevar por este impulso mientras el dolor se asienta, se calma. Me entrego a un párrafo cualquiera, leo. Los ojos fijos, recorriendo las letras como quien recorre un campo de minas, la sentencia de un jurado que condena a muerte o libera. Pero no entiendo lo que leo. Se borran las letras, los ojos súbitamente llenos, desbordados, y la gota repentina sobre el papel, abriéndose como una flor, empapando la página. Y yo sin poder dejar de leer bajo su extraña geometría de medusa, la humedad atrapada en las pestañas. Me seco los ojos con el brazo. Cuando los abro, cae otra gota. Poco a poco, la lectura me va dejando desarmado y, al fin, la furia vuelve a dominarme.

Todo es mentira.

Y qué es la verdad.

Sucia boca de revólver que nos apunta,
y que no existe.

72

Vaslav Nijinsky se encontró con su padre en Nijni Nóvgorod, en el verano de 1907, después de diez años sin verse, asegura su hermana Bronislava Nijinska en sus tempranas memorias. No en Kazán. En Nijni Nóvgorod. Con sus tejados verdes, sus cúpulas redondas y el abrazo de los ríos Volga y Oká. Un viaje largo desde San Petersburgo, en vagones de tren que atravesaban los campos dejando la estela de su silbido y su vapor. En barcos crujientes que descendían las aguas del Volga, con el aire húmedo y dulzón en los ojos y el tacto frío de la barandilla en las manos. En su maleta, una carta de Bronislava para su padre. Iba a pasar una semana con él, pero Bronia asegura que solo estuvo un día. Thomas Nijinsky quería que cenasen con su amante Rumiantseva,

que Vaslav la conociera. Con ella tenía una hija: Marina. Él le echó en cara su abandono, el dolor de su madre, la miseria a la que los arrojó al huir, al no enviar dinero. No quería conocer a la mujer causante de su desgracia. Discutieron. Encendido, con los ojos más achinados que nunca, como dos animales indomables, salió de aquel restaurante en que se habían citado y juró no volver a verle ni saber nunca nada más de él. En la entrada del hotel, una mujer elegante y pálida le miraba con una tímida curiosidad llena de espanto.

No hubo abrazo entre padre e hijo, no hubo baile, no hubo gemelos de oro con piedras semipreciosas de los Urales.

«Gracias», dijo dócilmente Vaslav Nijinsky cuando, años después, le comunicaron la muerte de su padre, y sonrió de un modo sencillo, extraño, dulce, desalmado. Absuelto.

73

Hoy ensayamos en el auditorio. No he vuelto a ver a Álex desde que discutimos en la biblioteca. Entro con Simón y María al escenario. Entre las negras cortinas dejamos nuestras mochilas. Bebemos agua. Preguntan por Álex, mientras María se descubre el pie por el agujero que llevan las medias en la suela, se pone esparadrapo alrededor de los dedos, lo cubre de nuevo y se calza las puntas. Simón parece contento, bromea.

A qué viene esa cara.

Yo le aparto dándole un golpe con el hombro. Frunzo la frente tanto que me duele, pero hay otro dolor más intenso, menos concreto, que me golpea. Todo bulle dentro de mí como si hubiesen agitado un frasco de cristal lleno de nieve y revoloteara oscura, reluciente, turbulenta, en mi interior, frente a mis ojos, impidiéndome ver más allá de esta confusión. Esta furia.

Rita, la profesora, llega dando voces. En el patio de butacas se han sentado nuestros compañeros. Distingo a Manuel, a Luisa, a Alba. También está Clara. Sus siluetas esbozadas contra la oscuridad de las butacas, risas. Se hace un silencio cuando Rita da palmas y grita. Trae la cara sin maquillar, solo los labios pintados de rojo, que destacan como un brochazo discordante en su rostro lleno de huellas de un lejano acné. Un golpe bermellón y violento que le queda muy mal. Por qué nadie le dice que no se pinte los labios. Que no sea una estirada, que deje de gritarnos como un ave de corral. Pone la música, nos insta a colocarnos. Dónde está Álex. Nos miramos y miramos más allá de las cortinas negras, entre bambalinas, buscándolo. Su figura aparece enmarcada contra la luz de la puerta, al final del lateral derecho, tras las rayas negras de los bastidores. Viene hacia nosotros. La profesora no dice nada, pero le mira muy seria. Él se disculpa. Por un instante, nuestros ojos se cruzan. Mantengo la mirada. Nos retamos. La suya es feroz. Pero todo sucede muy deprisa porque desvía los ojos, va hacia el centro del proscenio y se coloca. Primera posición, expectante.

La nieve, la nieva sucia, bulliciosa, hiriente. Y entonces la música.

Álex baila.

Mi cuerpo está inquieto, suplica batalla, espera ansioso que llegue el momento de subir al escenario. Cuando me toca, salta como disparado por resortes. Bailo. Me entrego al movimiento que tira de mí y que es suave, firme, elástico. Se ajusta a mi musculatura como una segunda piel. Todo ha desaparecido salvo el aire y la luz y este salto, los pasos. Bailo con Álex. Contra Álex. Luchamos. El rapto de la música nos empuja. Los brazos como un arco de violín, sintiendo en cada célula el nacimiento del aire. Como si alguien moviera las cuerdas. Mis cuerdas. Soy este cuerpo que baila. Soy la Danza. Soy Moro contra Petrushka. Saco la cimitarra, nos miramos a los ojos en un instante tenso que dura lo que la nota más aguda y se lo clavo. Petrushka cae. Álex cae. Nijinsky cae. Mi pecho se agita en ondas, exhausto. Sudo. Las luces resbalan por mi cuello, mis hombros. Todavía hay restos de música en el aire. De pronto, el estruendo de los aplausos, Álex en el suelo y yo caigo. Me derrumbo a su lado con un grito de dolor y qué te pasa, ¿estás bien? Qué ha ocurrido. Veo el rostro de la profesora, el de Álex que se ha levantado y me mira jadeando. También María, algunas sombras subiendo al escenario. Simón agachado a mi lado, la mano en mi hombro, pero estás bien.

Sí, sí, es la pierna. Solo es la pierna.

Me levanto cojeando.

Deberías ir a que te la miren, dice Rita. ¿Podrás hacer la función? Quedan apenas quince días.

Me encojo de hombros.

Vete a los vestuarios, descansa y que te la miren. Manuel, ensayamos contigo.

Siento un rencor profundo ante la rapidez con la que me sustituye. Soy prescindible, inútil, despreciable.

Te ayudo. Voy contigo hasta los vestuarios.

Tú no, Simón, tú también tienes que ensayar.

Él me mira doblando la cabeza desde su altura. Lamenta no poder venir conmigo y lo hace notar. Pienso en la profesora como la madrastra despiadada de los cuentos. Es cruel. Bah, es una amargada. Santa Rita Rita. Simón, sin embargo, es un buen amigo. También Manuel. En algún lugar de mí se enciende una luz cálida. Apabulla el resentimiento. Guía a las polillas de mi furia hasta su llama. Que ardan, que se quemen, pero soy yo el que me quemó mientras salgo cojeando, murmurando insultos contra la profesora. Y entonces el revuelo del aire a mi espalda, el olor a espuma de pelo. Clara.

¿Te ayudo?

Bueno.

Enlaza su brazo bajo mi axila, empuja con su cuerpo. Su calor me reconforta. Me dejo invadir por esta presión suave de su piel, la licra del maillot, el olor del pelo. La siento a toda ella en este roce, concentrada, mortal, sólida.

Has estado increíble.

Qué.

Que has bailado muy bien. Como nunca.

Sonríó agradecido. No sé si es cierto, no me importa. Mi baile nació de muy adentro, de todo esto que me bulle y no sé qué es y se acabó. No quiero seguir así. No merece la pena. Estar al límite, sentir todo esto.

Lástima lo de la pierna. ¿Te duele mucho?

Bah, digo, y arrugo el rostro en un ademán de dolor mientras le quito importancia con una leve sacudida de la mano. Llegamos a la puerta de los vestuarios. Ella tarda en desenlazar su brazo. Nos quedamos así, medio cerca, medio lejos, mirándonos, sin soltarnos del todo. Me llega su aliento. Pájaros que salen de su boca entreabierta. Nos miramos a los ojos y entonces todo vuelve a ser como antes. Antes de que Álex viniera a interponerse entre sus ojos y mis ojos. Caigo por ellos, inacabables. Vértigo de sus párpados. Y mi cabeza se inclina, se acerca a su boca y veo su boca y de pronto ya no está. Clara ha movido la cabeza de un modo brusco. Mira hacia el suelo, se separa de mí, enlaza los dedos.

¿Es verdad que sales con una chica?

No.

Siento el calor como una cerilla en la piel de la cara.

Ella levanta las cejas, se muerde un poco el labio.

Cuídate la pierna. Tienes que hacer la función.

Da unos pasos de espaldas mirándome, dejando salir ahora la sonrisa que el labio mordido reprimía. Se da la vuelta y la veo hacerse pequeña, doblar el pasillo. La espalda recta, el cuello en trapecio por donde saltan y vuelan los nidos de su cabeza. El moño alto. Despeinado.

Como un tonto, yo también sonrío.

74

Llueve. Espero en un recodo del vestíbulo. El autobús ronronea en la puerta. Los chicos alborotan, arrastran las mochilas hacia la calle, tratan de protegerse de este chaparrón repentino con los abrigos en la cabeza. Algunos paraguas. He decidido no ir en la ruta, voy a acompañar a Clara en el metro. La espero, agazapado, como un animal hambriento. Atisbo entre los reflejos del cristal empapado, tras el celofán de las gotas que resbalan lentas, en relieve, llenándose del color de los abrigos, los coches, la confusión del cielo. No distingo a Álex.

Llevamos un rato buscándote. ¿Qué haces aquí?

Vas a perder el bus.

Son Manuel y Simón. Me apremian para que vaya con ellos.

No voy en la ruta.

Pero ¿qué dices? ¿Con la que está cayendo?

Y con la pierna mal. Tú estás loco.

Venga, entre los dos te llevamos.

Intentan levantarme. Yo opongo resistencia, se ríen. Al fin, tengo que enfadarme.

Que me dejéis.

Miro el pasillo angustiado pensando que Clara puede haberse ido. Entonces lo veo. Allí, en la calle, detrás de la ventana de lluvia, deformado por los caminos del agua. Corre hacia la puerta del conservatorio con el pelo y los hombros del abrigo chorreando. Lo envuelve la luz del aguacero y su imagen trae de golpe otras imágenes. Por un instante, todo mi cuerpo se paraliza. Me

domina una cólera repentina. Joder. La tensión en los puños, los párpados. Qué hace aquí. Mis amigos siguen mi mirada, desconcertados. Mi padre juguetea con las llaves del coche, muy próximo ya a la puerta del conservatorio. Por la expresión de su rostro se le adivina ansioso, preocupado.

Qué suerte tienes, tío. Hoy en coche.

Se acerca al cristal de la puerta entornando los ojos, haciendo visera con las manos para ver dentro. El conserje le abre. Entra sacudiéndose el agua que le gotea por las hombreras, dejándole una mancha más oscura en el abrigo. Al verme, su expresión cambia, se destensa, sonrío. Duda un poco ante mi gesto violento. Me irrita que haya venido sin consultarme.

Hola, hijo. Hola, chicos.

Les da un golpe cariñoso en la espalda a Simón y Manuel. Ellos le saludan, se despiden y corren para no perder el autobús de la ruta. Me cruzo de brazos mirándole desafiante.

¿Qué haces aquí?

Me han avisado de la lesión de tu pierna.

Ya. ¿Y qué haces aquí?

Qué voy a hacer. Vengo a buscarte. He llamado a Rafa. Te quiere ver. Es su hora de comer, pero ante una urgencia, ya sabes lo profesional que es. Las lesiones hay que atajarlas lo antes posible.

Mi padre extiende los brazos, bonachón.

No es una urgencia.

Eso lo decidirá Rafa, que para eso es osteópata y fisioterapeuta.

Pues parece que lo has decidido tú.

Me ha llamado tu profesora para decírmelo. Tienes una actuación en quince días.

Y si no puedo bailar, ¿qué?

Para eso te va a ver Rafa. Vamos, que tengo el coche en doble fila.

¿Y el instituto?

Te hago una nota. ¡Vamos!

No me muevo.

Podías haberme avisado.

Oye, he dejado mil cosas para venir a buscarte, así que sé un poco más amable. ¿Necesitas ayuda?

No.

A pesar de mi negativa, coge mi mochila y la maleta. Salimos. Camino detrás de él. Cojeo ostensiblemente, de un modo casi patético. La lluvia nos recibe con fuerza. Golpea mis mejillas y tengo que cerrar los ojos. Mierda de lluvia. Mierda de padre.

Cuando el coche asciende por la calle, salpicando las aceras, veo a Clara, empapada y diminuta, sola, empujando su maleta, envuelta por el aguacero. Tan desamparada que siento un dolor físico. Apoyo la frente en el cristal, siguiendo su figura y dentro la ira, este amor que me quema. Fuera Clara y la lluvia y después solo la lluvia pertinaz y oscura. La lluvia, la lluvia. El dolor.

Las yemas hacen presión contra mi muslo. Siento la fuerza de las manos, arriba y abajo. Un camino al rojo vivo que marca la palma, contrayendo cada fibra en pequeños movimientos rítmicos, a ratos circulares, pausados. Las manos aceitosas.

¿Te duele?

Hago una mueca de dolor, la exagero cuando su palma presiona a la altura de la ingle.

El movimiento viene de sus brazos, de sus muñecas, y Rafa parece ajeno a él. Como si se moviesen solos. Me mira muy fijo, concentrado en mi rostro, tratando de traspasar mi mueca y encontrar la verdad del dolor. Para no verle, cierro los ojos. El olor del aceite, levemente mentolado, lo llena todo. Me gusta sentir la fuerza de su mano sobre mi muslo. Me concentro en su presión, en el punteo de dolor gozoso y agudo que permanece latente cuando levanta las manos.

Si te duele tanto, tendrás que reposar.

Lo sé.

Me ha dicho tu padre que tenéis actuación dentro de quince días.

No podré hacerla.

Las manos se detienen brevemente.

Ya.

Friccionan de nuevo con fuerza, arriba y abajo del muslo. Noto cada fibra bajo su presión. Me dejo llevar por esta marea y pienso en Clara mordiendo el labio. Es una imagen que me llega en medio del color rojizo de los párpados y lo llena todo. De pronto me siento muy bien. El movimiento de las manos de Rafa amasando mi muslo me reconforta y no haré la gala de marzo. Adiós Petrushka. Adiós Nijinsky. Ni siquiera seré Moro. No tengo que mataros y es como si de pronto estuviera más liviano y los labios de Clara, sus labios. Rafa tensando y destensando mis músculos, femoral, sartorius. Repaso mentalmente sus nombres a partir de las rayas punzantes que marcan sus manos y entonces el beso de Clara. Imaginado, cálido, luminoso.

Qué raro.

La voz de Rafa deshace el encanto, devuelve la oscuridad a mis párpados. Abro los ojos. Él me mira cínico, suspicaz. Es un hombre joven, más joven que mi padre, fuerte, musculado.

Tenía que haberte dolido mucho esto.

Aprieta la palma contra el muslo haciendo fuerza con ambas manos. Tardo en mostrar el dolor y Rafa comprende, afirma, entrecierra los ojos penetrándome con la mirada. Yo noto cómo mi pulso se acelera. La sangre brota con fuerza por cada una de mis venas, ríos desbocados al saberse descubiertos. Miro hacia la puerta esperando que entre mi padre y me castigue con los caballos de sus ojos, pero la puerta está cerrada. Rafa no dice nada. Me da un cachete cariñoso.

Anda, vístete.

Hace unas anotaciones y luego llama a mi padre. Él entra frotándose las manos, el rostro interrogante. Nos mira desde la altura de sus pómulos tártaros, su barba de días, el traje impecable. Mi corazón no deja de latir. Pienso que mi padre puede estar sintiendo su pulso feroz. Miro a Rafa expectante, con miedo.

Reposo, dice él. Nada de bailar en un par de semanas. Moverse, sí.

¿Dos semanas?

Los ojos de mi padre se abren incrédulos, descorazonados. Me miran un instante y vuelven a Rafa.

Pero si tiene la función.

No podrá actuar.

Ahora hay una triste resignación en el rostro de mi padre. Me arroja una mirada compasiva.

Después, que empiece a bailar y lo que el cuerpo le dicte.

¿Tiene que volver a verte?

No es necesario. Él sabrá cuándo puede volver a bailar. Pero si él quiere, que me llame.

Nos acompaña hasta la puerta. Mi padre ha pasado un brazo sobre mi hombro. Lo aprieta para reconfortarme. Yo actúo con prudencia sin abrir la boca, aún expectante ante lo que pueda decir Rafa, pero no añade una palabra y empiezo a tranquilizarme. Antes de cerrar la puerta, cuando mi padre se ha adelantado a llamar al ascensor, Rafa me sonríe y me guiña un ojo.

Aprovecha el descanso para pensar por qué lo haces, me dice. Y si necesitas hablar, aquí me tienes.

Después levanta la mano hacia mi padre en un gesto de despedida y observa cómo desaparecemos engullidos por el ascensor.

76

Hace tiempo que conocemos a Rafa. Lo visitamos por primera vez cuando estaba en cuarto de enseñanzas elementales del conservatorio. Ana María, la profesora de *ballet* clásico, nos lo recomendó. Puede tener la espalda con una ligera desviación, le informó a mi padre. Y de paso, que le trabaje todo el cuerpo, esos muslos que carga, que parecen de acero.

Muslos de acero, huesos de pájaro, se rio mi padre.

Aquí te traigo a Nijinsky, bromeó con el osteópata.

Él había sido deportista de gimnasia artística. Era muy joven, musculado, bajo. Con una sonrisa franca y los ojos penetrantes, rodeados de una gruesa pared de pestañas. Una lesión le había obligado a abandonar el deporte y se había especializado en osteopatía y fisioterapia de deportistas de alto rendimiento.

Me pidió que me quedara en calzoncillos y me tumbara sobre la camilla. Trabajó en todo mi cuerpo. Yo sentía sus manos dulces, aceitosas, recias. Descubría los caminos que iban formando sobre mi cuerpo. Sentí cómo estiraba mi columna vertebral, cómo asentaba mis caderas, cómo ajustaba cada milímetro de mi armazón. Mi padre, sentado en una diminuta banqueta, dentro de la sala, observaba sus movimientos con sumo interés. De cuando en cuando preguntaba, comentaba algún detalle, se reía.

Su hijo es todo para adentro, ¿verdad?

Mi padre le miró extrañado.

No exactamente. O, bueno, sí. No habla mucho de sus cosas, es verdad. Pero es que es muy tranquilo.

Pues tiene el diafragma como una persona mayor.

¿Qué quieres decir?

Que tiene el diafragma tenso, como una persona sometida a mucho estrés. Da la sensación de que es nervioso y que todo se lo deja dentro.

Mi padre sonrió incrédulo, inofensivo.

No, no, él no tiene estrés. Bueno, no sé, tal vez un poco. ¿Tienes estrés, hijo?

Yo negué con la cabeza y él sonrió, esta vez satisfecho.

Bueno, le vendría bien sacar las cosas para fuera. Hablar.

No es muy hablador.

Teniendo a un padre que hable por él, no lo necesita, ¿verdad?

Me reí para dentro. Aquello era una estocada en toda regla. Mi padre cambió el gesto, sus ojos tártaros se endurecieron.

Rafa sonrió tratando de quitarle hierro al asunto. Me mandó vestirme.

La desviación de la columna es mínima. No hay de qué preocuparse. Tiene un cuerpo perfecto para la danza. Esos muslos de acero le pueden convertir en un gran bailarín.

Eso mismo le dijeron a Nijinsky, se rio mi padre, ahora más tranquilo.

Salimos de la consulta, él con el brazo sobre mi hombro, que le llegaba a la altura del pecho. Yo callado.

Así que en el fondo eres un manojo de nervios. Cualquiera lo diría.

Y se rio alegre, candoroso, satisfecho, apretando aquel brazo contra mi hombro. Todo su peso. Los dos riendo.

Nijinsky, Nijinsky. Muslos de acero, huesos de pájaro.

Como tú, dice mi padre.

Muslos de acero, huesos de pájaro.

77

Llegamos al instituto. Es un gran edificio de planta rectangular en torno a un patio ajardinado. Mi padre detiene el coche en doble fila. Saca una libreta y un bolígrafo de la guantera y escribe rápidamente una nota para mis profesores justificando mi ausencia.

¿Quieres que te acompañe?

Puedo solo.

Me dirijo hacia el instituto tirando de la maleta, cojeo. Sé que mi padre está esperando a que me dé la vuelta y me despida, pero no lo hago. Me siento tranquilo. Como despojado de toda tensión, toda incertidumbre. No bailar en la gala de marzo ha hecho reposar el remolino de nieve; montaña a mis pies donde apenas algunos copos revolotean levemente a mi paso para volver a sedimentarse. Brillos fugaces que se desvanecen. También la perspectiva de abandonar temporalmente las clases de danza me apacigua. Esta mansedumbre se mezcla con la expectativa de ver a Clara, la esperanza que su cercanía de esta mañana me ha devuelto, el labio mordido. Su interés. Pero ¿estás saliendo con una chica? Por un instante siento un rencor sordo hacia mi padre por haberme quitado la posibilidad de venir con ella en metro, pero es apenas un lejano aleteo.

En clase me reciben como a un héroe que ha vuelto herido de la batalla.

No podré hacer la función, tíos, digo. Le doy un golpe en el hombro a Manuel. Has tenido suerte, serás Moro. Lo harás mejor que yo.

Qué va.

Que sí.

Luisa y María me rodean. Me abrazan. Luisa me mira compungida con sus ojos orientales. Siento el calor de su cuerpo, su cercanía. Me planta un beso en la mejilla. Todos me miran con lástima. De pronto me siento incómodo y a la vez atraído por Luisa. Es un rayo que cruza mi cuerpo y lo levanta y desaparece. Siento pudor y orgullo e intuyo en sus actos el deseo latente, ese animal vivo que acecha y salta. Su aliento en nuestro oído, su jadeo de criatura palpitante, caliente.

Qué mala pata, dice Manuel.

Literalmente, y nos reímos.

Clara me mira sentada en el pupitre. Las manos apoyadas en la mesa, el cuerpo balanceándose y esa sonrisa oculta y prometedora. La sonrisa detrás del labio mordido. Reprimiéndola. Nos miramos entre los demás y sus ojos muestran una triste complicidad, tan negros. Y es de noche en sus ojos y arden hogueras, pero qué mala suerte, la pierna. No pasa nada. En junio habrá otra función y los ojos de Clara y no me importa. No quiero hacerlo, no quiero bailar, no voy a bailar, pero me callo. Qué putada.

Ya ves.

Álex es el único que no dice nada.

78

Asisto al conservatorio como oyente. No a todas las clases, solo a algunas. Mi padre me ha conseguido una muleta. Por momentos, apoyado en ella y renqueante, siento una dicha infantil, clandestina. Mi mundo apuntalado por la muleta, el báculo que me permite transitar sin que se levanten tormentas de nieve a mis pies. Terremotos, debacles. El mundo sereno, sin exigencias. Sin tirones ni lamentos del cuerpo. Ver la clase sentado en una silla me permite deleitarme en las figuras que componen mis compañeros. Esbozar sus líneas encontrando sus defectos, sus virtudes. También Álex y María cometen errores. Sin poder evitarlo, mis ojos se vuelven una y otra vez a Clara y ella a veces cruza la mirada conmigo, se sonroja. Veo levantarse su pierna, que tiembla levemente a causa de la tensión. Sus movimientos pulcros, estilizados. Es la más elegante, a pesar de que tiene limitaciones físicas en la abertura de la cadera y la extensión de las piernas. Viéndolos bailar me pregunto dónde reside el baile. Qué hechura del movimiento hace que trascienda y conmueva. Hasta dónde es necesaria la técnica y dónde empieza el arte. En qué leve aleteo del brazo, en qué expresión del rostro. Qué es bailar, al fin y al cabo. Y por qué lo hacemos.

Las horas que no asisto a las clases del conservatorio como oyente, me quedo en casa estudiando, leyendo. Sobre la mesilla de noche van apareciendo libros de poesía. Algunos los

hojeo y los abandono. Otros los leo y me quedo clavado.

*Siempre llega mi mano
más tarde que otra mano que se mezcla con la mía
y forman una mano.*

Te recuerdo correr,
la apagada explosión de tu cuerpo en el agua.

*De todo lo que vuela y nos hace sufrir
nada más compasivo y simple que la lluvia.*

Y está triste
como una silla abandonada
en medio del patio azul.

*No quiero que te vayas
dolor, última forma
de amar.*

Y soy todo eso. Dolor, deseo, vértigo. Y aquella mano, su mano, ahora lejana, ofreciéndome el agua que llevarme a los labios y, al igual que el agua, la mano resbala, se escurre, desaparece. Amar, primera forma de dolor. Y sujetarse solo. Correr bajo la lluvia. Vivir y no morir en el intento. Soñar, *dormir, morir: acaso* bailar.

79

He quedado con Simón y Manuel. Vienen al barrio y vamos a ir a dar un paseo. Me encierro en el baño y me miro en el espejo. La luz metálica de los *brackets*, los ojos torvos, asustados, revestidos de pestañas marrones, como una cortina poblada. Las cejas hoscas, casi juntas a causa de esos pelos esporádicos del entrecejo semejantes a hierbas descuidadas. La pelusa del bigote y los pómulos altos tan parecidos a los de mi padre. Sangre tártara. Como Nijinsky. Dice él echando la cabeza hacia atrás para soltar una risa que muestra la perfección de sus dientes blancos, grandes. De tártaro tienes el deseo, papá. Pestañeo y vuelvo a mi rostro, mi yo, oscurecido por ese vello, por esa mirada llena de estupor, de rebeldía. De estruendo. Como el choque de planetas. Mis ojos. Saco las pinzas y arranco las hierbas del entrecejo. Dolor punzante, milimétrico, instantáneo. Mi expresión ahora más limpia. Como un río helado y cristalino, la piel entre las cejas. Busco en el armario de mi padre. Saco el bote y aprieto el pulsador del espray. El siseo de su boquilla cruza el cuarto de baño mientras el tacto leve, frío de la espuma me embadurna el

labio superior. Mi imagen en el espejo me arranca una sonrisa divertida. Luzco un envanecido bigote blanco, mullido, inflado como un suflé. Frunzo el entrecejo tratando de darle un aspecto rudo a ese rostro aniñado con bigote de merengue y tomo la maquinilla de mi padre. En movimientos cortos y casi violentos, comienzo a abrir caminos entre la espuma. Golpeo la pila del lavabo para que los restos recogidos por la maquinilla caigan formando, aquí y allá, rimeros de nieve. Al fin mi rostro queda despejado. Admiro el labio superior limpio, sin vello, y me lavo la cara con agua caliente. Mis ojos se enrojecen. El olor de la espuma penetra con la calidez del agua. Me contemplo unos instantes en el espejo. Trazo una sonrisa oblicua, irónica, sin levantarlos labios para no mostrar los *brackets*. A partir de ahora tendrás que afeitarte a menudo, me digo. Pero esta sonrisa no convence. Tampoco mi imagen, idéntica a la de antes de mi primer afeitado, y dejo caer los hombros con desilusión. Quito el pestillo.

¿Quién ha dejado el baño lleno de espuma?

La voz de mi madre me alcanza cuando estoy llegando a la puerta. Acelero mis pasos. Grito una escueta despedida y salgo a la calle. El viento enfría mi rostro recién afeitado.

80

Manuel, Simón y yo nos tumbamos en el prado. Hace sol. Los almendros han perdido su flor y la hierba está llena de redondeles blancos y sucios, como confeti. Yo dejo la muleta cerca y me apoyo con los codos. El sol calienta nuestros rostros y entrecerramos los ojos. Los edificios que flanquean el parque resplandecen con su geometría de ventanas dispares. La ciudad respirando en su retal de parque. Luz y verde. La tierra seca, sucia, pisada y nuestros cuerpos de adolescentes sobre ella. Simón ocupándolo todo con sus piernas largas. De un vistazo compruebo que no está Natalia y eso me alivia y al mismo tiempo me llena de una pena extraña, melancólica. Ya no soy un soldado ruso. Ya no bailo. No sé qué soy y el sol en los hombros, las mejillas. A Manuel le da en la nuca.

Mi madre y mi abuelo ya no se hablan, dice. Todo por mi culpa.

Joder con el viejo.

Mi madre le pidió que viniera a verme a la gala de marzo y ahí empezó la bronca.

Él se lo pierde.

Sí, pero a mí me da rabia.

¿Y tu padre?

A mi padre ya casi no lo veo. Anda de bares con una.

Qué rápido ha rehecho su vida.

No ha rehecho nada. Ese solo sabe deshacer.

Permanecemos en silencio. El viento nos trae el rumor de los niños lejanos. El chirriar de los pájaros y los columpios.

El mío ha encontrado un trabajo haciendo chapucillas, dice Simón. No vendrá a la gala, pero al menos eso nos alivia la economía. El otro día trajo una botella de sidra achampanada y todo para celebrarlo. Yo le dije: Y mis zapatillas, qué. Total, que acabamos enfadados. Que si le

amargo hasta los buenos momentos, dice.

Pues el mío está de mal humor desde que me he hecho daño en la pierna. Parece que el que iba a bailar era él.

Como si lo hubieras hecho a propósito.

Esas cosas no se hacen a propósito.

Y aunque fuera, digo airado, áspero. Es mi vida.

Volvemos al silencio. Manuel propone comprar unas cervezas.

Para brindar por ellos, joder. Por los padres, que solo saben hacernos la vida imposible.

Simón prefiere una Coca-Cola. Le damos dinero, tú no, Simón, a ti te invitamos, y Manu va a la tienda del chino que hay cruzando la acera. Vuelve con las latas y unas patatas fritas. Su silueta a contraluz es una sombra dorada y negra. Los niños llenan el parque con su griterío de gaviotas. El silbido refrescante de las latas al abrirlas. El sabor amargo y espumoso. Crujen las patatas.

¿No habéis pensado nunca en dejarlo?

No hace falta añadir más. Ellos saben de qué estoy hablando. Simón se apresura a afirmar con la cabeza.

Miles de veces.

Yo nunca, tíos, asegura Manuel.

Dejar el conservatorio. Cambiar de instituto, de vida, de amigos... es difícil.

Estoy pensando en voz alta con el sabor de la cerveza en la boca. Ese sabor que me trae los besos de Natalia. La dulce amargura de su boca.

¡De amigos no!, grita Simón. Los amigos no se pierden por cambiar de instituto.

Claro que no, le apoya Manuel.

Sus palabras son un bálsamo. Un aire que roza furtivamente la piel, que refresca y alivia la oscuridad, el caos que se oculta en algún lugar del precipicio, muy adentro. Los amigos no se pierden. Aunque sospeche que en el fondo es mentira, que el tiempo irá separándonos como ocurrió con los amigos de primaria. Y quién sabe, y es bonito escucharlos.

¡Somos los tres mosqueteros!, grita Manuel. Brindamos y nos reímos, pero hay una tribulación en nuestras risas, un nombre que pesa y que nadie pronuncia. En nuestras palabras, en los tragos de las latas que ofrecen ese sabor metálico a la boca, la cerveza bulliciosa. Ninguno nombra a Álex. Pero todos pensamos en él. Lo echamos de menos. Es el cuarto mosquetero. Es D'Artagnan. Ellos saben que nos hemos peleado y son discretos, me respetan. No, no hablamos de él, pero está con nosotros. Su ausencia sólida, palpable, incómoda.

Simón levanta la cabeza. Sus ojos de mochuelo, grandes como todos sus rasgos, se achican ahora mirando hacia lo lejos. Señala con la barbilla a un grupo de chavales que viene hacia el parque. Viseras, tirantes, pantalones caídos. Este primer sol de primavera que les cae de lleno les da forma y son como una bandada de grullas, desplazándose a zancadas, alborotadores.

A ver si va a estar ahí la novia esa que te has echado.

No tengo novia.

Pues el rollo o lo que sea.

Miro alterado hacia el grupo de chicos. Reconozco algunos amigos de Natalia, pero ella no está. No sé si siento desilusión o alivio. De pronto la veo, va del brazo de una amiga, detrás del grupo. Lleva una falda corta y botas y sus rodillas lucen al sol. Vuelca todo el pelo hacia un lado del hombro y habla, los labios pintados. De improviso me mira, me ve. El rostro le cambia. Es

una figura petrificada en lo alto del camino que lleva al parque y los edificios de cemento, la pared de grafitis. Su inmovilidad dura apenas un instante, se transforma en un movimiento arrebatado, basilisco. Tira del brazo de su amiga y se da la vuelta. Desaparecen las dos por donde han venido. La amiga gira la cabeza varias veces y entorna los ojos. Disparos de fusil. Avtomat Fiódorova. Por cabrón. Me echo al suelo muerto por la balas. La cabeza contra la tierra, el sol en los ojos.

Pues yo sí tengo novia, dice Manuel.

Me incorporo a la vez que Simón. Los dos incrédulos. Qué. A Manu se le escapa la risa. Se pone serio. Lleva el pelo recogido en una cola de la que brotan los rizos como la vid. Algunos le caen por los ojos, ahora entrecerrados, en un gesto entre retador y burlón.

Luisa.

El nombre cae de sus labios y Simón y yo nos miramos con estupor. ¿Luisa?

Desde Navidades estábamos tonteando. Ahora va en serio.

Noto un súbito calor trepando por mis mejillas. Miro a Manuel. Mi sustituto en la gala. Mi sustituto en los deseos de Luisa. Desde luego, no hago falta, y qué idiota por creer a María. Me asalta el recuerdo de mi petulancia en la cena de Navidad, el rayo fugaz de mi deseo al saberme deseado por Luisa. Todo falso, desvanecido ahora. Sustituido por Manuel. No puedo soportar que vea mi estupor, y me echo de nuevo contra la tierra. Donde deben estar y esconderse los seres insignificantes. Gusano, eso eres, cómo le vas a gustar a alguien, me digo y pienso en Clara. Con mucha fuerza, apretando los ojos. Pienso en ella y la mirada furiosa de Natalia deshace la frágil copia de Clara que dibuja mi pensamiento.

Me alegro por ti, dice Simón.

Brindemos por las churris.

Ahora Manuel me golpea la pierna para que me incorpore y lo hago y los dos chocamos nuestras latas de cerveza. Simón levanta su Coca-Cola.

Pero yo brindo por los churros, eh. Nada de churris.

Y nos reímos.

Ya casi ha anochecido. Las sombras refrescan el parque. Dan una pátina violeta a los árboles y el cielo y la pared de grafitis. Caen sobre nosotros y nos entran escalofríos. Apoyado en la muleta, camino entre mis amigos. Unos perros se pelean a lo lejos desordenando el silencio del parque. Las voces autoritarias de los dueños y de nuevo el silencio lleno de este viento. De nuestros pasos. En un lateral, sentada sobre el respaldo de un banco, con sus pipas y sus litronas, está la cuadrilla de Natalia. Una de las chicas, que estaba en el banco con ella el primer día, viene con una bolsa de plástico por el camino. Va hacia los muchachos atravesando el prado con un pequeño trote al que le obliga la cuesta abajo. Me separo de mis amigos, un momento, tíos, y me dirijo a ella. Simón y Manuel me miran curiosos. Intercepto a la chica. Hola, oye, verás, es que...

Es que qué. Mascando.

Me miro las manos, sus ojos, al fin lo digo.

¿Tienes el teléfono de Natalia? Creo que me he portado mal con ella.

La chica me mira suspicaz, asiente. Reprime una sonrisa ante mi sumisión. Está a punto de dármele porque saca su móvil, pero cambia de idea.

Si eres listo, lo consigues tú solo.

Escupe una cáscara de pipa y sigue su camino, sin importarle mi desamparo. Antes de llegar a la pequeña valla metálica que rodea el prado y saltarla para unirse a los suyos, se da la vuelta.

Busca donde la encontrabas a ella.

Sin recordar apoyarme mucho en la muleta, vuelvo donde mis amigos. Casi los he alcanzado cuando piso una caca de perro. Mierda. Eso es, mierda. Blasfemo. Ellos se ríen. Arrastro el zapato por la hierba y luego por la gravilla.

No te preocupes, dice Simón entre carcajadas. Eso trae buena suerte.

Y una mierda, digo.

Exactamente.

Y vuelven a reírse. No me queda más remedio que unirme a ellos.

81

Voy con Clara. Subimos la cuesta que lleva hasta el metro, los hombros juntos, a ratos golpeándose. Provocando explosiones dentro del pecho. Tormentas solares, llamaradas, erupciones. Cosas que ocurren con el chocar de los huesos bajo los abrigos. Ella adapta su paso al mío. Cojeo. Huele a Clara, a lluvia. Todo eso que vuela y nos hace sufrir. Ella no habla y yo digo algo y nos callamos. Los hombros otra vez. Las miradas. En el metro vamos de pie. Clara se quita las horquillas del moño mientras hablamos de la gala. Quedan tres días y está nerviosa. Me mira compasiva la muleta, el símbolo de mi desgracia. Sus ojos brillan cuando se cruzan con los míos. Son una ventana abierta a la noche. Yo aguardo asomado a ella, deseando que suceda una debacle y el tren se detenga para siempre y yo pueda vivir así, dentro de tus ojos, Clara. Tú te muerdes el labio y tu piel se sonroja con un súbito fegonazo. Estás incómoda porque te miro con esta fijeza y este dolor y quiero besarte y no me muevo. Hay otros cuerpos que nos rodean, nos aprietan, confunden sus olores, nos confunden y el tren traquetea, nos obliga a estar más juntos y de pronto estallamos en un ataque de risa dulcísimo, descontrolado. Esa mujer que se hunde en tus espaldas y yo, codicioso, la miro entornando los ojos y te miro y te oigo correr dentro de mi sangre. Desbocado, sin boca, porque es tuya, pulsando, latiendo, y tengo miedo de que este palpitar mío te zarandee, te llegue, te golpee de golpe, y todo el tren se sacuda, descarrile. Yo caería sobre ti y vendría la muerte a inmortalizarnos, amor. Mi cuerpo sobre el tuyo y qué importa la muerte si es contigo con quien muero, dulce, pequeña, refrescante como un viento y la lluvia. Atención, estación en curva. Y no hay nadie para recoger nuestra muerte y estamos solos. Al salir tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén. Y mi latido y tus ojos. El tren frena bruscamente y caigo hacia ti, me despeño, me doy de bruces con tu risa. Mis labios, solos, guiados por el imán de tu mejilla, rozan tu piel, se queman. Es apenas un instante y nos miramos sorprendidos y el tren arranca y entonces te vuelves repentinamente desvalida, esa era nuestra parada, y el vagón traquetea veloz y la risa.

Volvemos a coger el metro en el otro sentido. Entre nosotros hay un silencio nuevo, íntimo, lleno de la quemadura de los labios. Un silencio cohibido y en cierto modo tumultuoso a causa de

los latidos que nos sacuden por dentro. Clara está preocupada porque llegaremos tarde y yo quiero decirle a la mierda el instituto, volvamos a olvidar nuestra parada, subamos para siempre en el tren subterráneo que conduce a tus ojos. Pero no digo nada. Clara, yo..., y ella, nerviosa, comienza a hablar de la gala. Clara, escúchame... Te dará rabia ver la función desde las butacas. No me importa, y de pronto te cojo la mano y tú la sueltas. Pero yo sé que has sentido esa quemadura en la piel, en tu mejilla, en el latir azul de tu mejilla y te apoyas contra mí y yo guardo este calor, como quien socorre a un diminuto pájaro y no decimos nada y tu olor. Al llegar sonrías. Lo haces casi con pena y en algún lugar llueve a mares, estoy seguro.

Nos van a poner falta por llegar tarde.

Ha merecido la pena.

Entonces te ríes, Clara. Mordiéndote el labio. Ese labio que morderá el mío.

No tengas prisa, me dices.

Y no sé a qué te refieres, o sí, y es a tus labios y yo te sigo el juego, te despisto. Digo:

Llevo muletas, no puedo ir deprisa.

El edificio del instituto, como una criatura viva, aparece ante nosotros. Abre sus fauces y nos traga en silencio. Solo diez minutos tarde. Nos miramos. Toda una vida.

Entrar dentro de ti y no encontrar la salida.

82

Leo. Voy abriendo despacio otros mundos como quien abre una naranja, penetrando con el cuchillo la corteza, desgajando los gajos, sacando el olor y los disparos del jugo. Atropelladamente copio unos versos en mi libreta. Descubro que otros antes que yo abrieron una naranja, la sembraron. Sintieron lo mismo. Leo y soy yo el que escribe.

¿No cesará este rayo que me habita el corazón de exasperadas fieras?

Yo he escrito todos los versos de amor y de muerte y de vida. Pienso en Clara, en Natalia, en las mujeres que me habitan, en la danza. En la vida y en la muerte. En esto que siento y que no sé qué es y lo encuentro en las paredes de unos versos. Escritos en la puerta de los servicios, en la posdata de una carta arrojada a la basura. Aquí, ahora, en este libro.

Mansamente, insoportablemente, me dueles.

Toma mi cabeza. Córta-me el cuello.

Nada queda de mí después de este amor.

Además del conservatorio hay otros mundos. Bosques, vergeles. Parques al mediodía. Desiertos donde el hombre camina descalzo y se encuentra a otro hombre, se miran a los ojos, asienten, se abrazan, se despiden.

*Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...*

Me gusta estar tendido en la cama, leer, pensar. El cuerpo abandonado como un cadáver.

*Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.
Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.*

Devoro. Como con apetito. Mi madre está contenta. Luis a veces viene a molestarte.

Que me dejes.

Me aburro.

Pues cómprate un burro.

Se aúpa en mi cama, se hace fuerte. Lo veo doblemente, su reflejo en el espejo de la pared. El mío. Peleamos. A veces en broma, otras en serio. Le persigo por el cuarto. Él se detiene, pone los brazos en jarras. Está en pijama, le queda corto y se le ven los tobillos huesudos. Las manos cerradas en puños, taciturno, y de pronto cínico, desde esa altura de mequetrefe.

Parece que ya no te duele la pierna.

Y tú qué sabes, mocoso.

Le lanzo un cojín, se aparta y rebota contra el espejo. Él me lo lanza de vuelta, cae sobre la lámpara y se oye el estruendo. Luz derramada sobre el suelo como un charco de sangre. Cuerpo del delito. Encogemos la respiración un segundo antes de que se oigan los gritos de nuestra madre. ¿Qué ha pasado? ¿Queréis estaros quietos? Vais a romper la casa entera. Nos miramos a punto de delatarnos el uno al otro, de inculparnos como cuando éramos pequeños, pero nos callamos.

¡No ha sido nada!, grito.

Luis me mira. Elige, de entre las muchas caras que tiene, la más inocente. Redonda, de osito panda, con sus ojos hacia abajo y la sonrisa tentadora, cándida.

Yo también sé guardar un secreto.

Y sale haciéndose el cojo y riéndose.

Y qué si he de fingir para tantear otros mundos. Para descubrir la danza en el cuerpo de los otros. Veo a los chicos sujetos a la barra, estirando los pies hasta sentir el calambre de los dedos

en las puntas. Levantando las piernas como si no les pertenecieran. Rompiendo en un giro, en un salto, las leyes de la física. Explorando el mundo de lo invisible con el movimiento de sus brazos. Qué milímetro, qué precisión, qué velocidad conduce al milagro de la danza.

Y porqué la necesitamos. ¿La necesitamos?

84

El caballito está cansado.

85

He ensayado ante el espejo de mi cuarto. He robado versos, los he pronunciado con la voz temblorosa, grave, enamorada. Como un estanque al que le ha caído una hoja. Le he dicho de mil maneras al espejo lo que voy a decirle. Escucha, Clara. Me visto, me pongo los pantalones, el coraje, la camisa. Agarro la muleta y salgo al pasillo. Hoy no he ido al conservatorio a verles bailar. Voy directo al instituto. Mi padre me espera ya en la puerta, con las llaves del coche, impaciente. Está empeñado en que vuelva a ver a Rafa y yo le digo que voy mejor, que en cuanto la gala de pasado mañana termine, retomaré las clases despacio, vigilante. Él meneaba la cabeza, trota con sus ojos por las llanuras de la casa y suspira resignado.

Es una pena todo este tiempo que estás perdiendo.

No lo pierdo, digo o grito.

Fuera de mis casillas. De pronto.

Estudio y también leo, ¿es que no lo ves?

Y sin que venga a cuento le espeto:

Y para que te enteres, Nijinsky y su padre no bailaron nunca el uno para el otro. Discutieron. Nijinsky no le perdonó su abandono.

Él me mira esta vez con ojos de ternera, desconcertado.

¿Y a qué viene eso, hijo?

Como si me estuviera diciendo: Yo nunca te he abandonado. Y es verdad, papá. Tu abandono es no abandonarme. Cerrar las bridas. Agarro la muleta como si el mundo fuera a desplomarse y paso delante de él, en vendaval. Afuera llueve. Me lleva en coche al instituto, aunque podría haber ido en autobús. No está lejos de casa. Incluso podría ir andando si no fuera por la muleta. Pero mi padre se ha empeñado. Hoy ha salido pronto del trabajo. Eso es que quiere hablarme. Para evitarlo, miro por la ventanilla. Las gotas caen mansas. Puro movimiento, *ballet*. Minuciosa, simple, repentina, cae la lluvia contra el cristal.

Te he cogido hora con Rafa. Iremos pasado mañana después de la gala.

Las gotas resbalan, abren caminos. Roban el color de fuera. Brochazos contra el vidrio. Clara,

hace mucho que me gustas. Extensa, lenta, turbadora, cae la lluvia sobre el cristal. Sobre la ciudad.

Me gustaría saber si estás bien. Si esta lesión te ha dejado tocado.

La voz monótona y persistente de la lluvia, de mi padre.

Estoy bien.

El vértigo en el estómago pensando en las palabras para Clara. Escucha, algo ocurrió en el metro entre los dos, y ella asiente. El coche se detiene. Una felicidad súbita me encoge el estómago. Miro a mi padre con una sonrisa imprevista, esperanzada. Mis cambios de humor le desconciertan. Le doy un beso fugaz. Hace mucho que no le beso y a él eso parece gustarle. Inclina la cabeza como los perros cuando tratan de entender a los humanos. Y tú qué me vas a entender y el corazón tronando y Clara.

Ya no me hace falta la muleta.

Digo y la dejo abandonada en el coche.

No vengas a buscarme, vuelvo en bus.

Me cuelgo del hombro la mochila. Voy andando, firme, hacia el instituto. Cruzo el umbral del edificio como cruzaron, optimistas, los soldados que no saben que van hacia la muerte, que la muerte camina ya a sus espaldas, tejiendo incansable su sudario. Pero ellos solo ven el cielo, las promesas de que aquella será la última batalla, el regreso victorioso hacia el lugar al que pertenecen. Y tú, soldado, a dónde perteneces. Dónde quieres volver y cuál es tu patria. Pero ahora qué importa. Mi patria es Clara. Pienso en ella y se acelera el mundo. Mis pasos resuenan en el mármol. La luz de la tarde entra por los ventanales del claustro. Luz de agua. De lluvia que hace fosforecer las plantas del patio. Voy tan rápido que se me olvida cojear. Ya no es necesario, pienso. El murmullo de la clase me llega como un golpe de mar y las risas. De un momento a otro vendrá el profesor y todos se preparan excitados, voceando, conscientes de que no va a permitir que se oiga una mosca durante la clase. Dejo la mochila cerca de mi pupitre. Luisa y Simón me reciben a gritos. Los ignoro. Salgo al pasillo como impulsado por una intuición. Ni siquiera soy consciente de que me empuja no haberlos visto en el aula, pero el corazón me late y mis pasos levantan una tolvanera. Polvo, nieve. Entonces los veo. Álex y Clara, en el fondo del pasillo, junto a los lavabos. Él tiene el rostro oculto por sus manos. Ella le mira traspasada por una lejanía de imagen religiosa. Y entonces se abrazan. Álex apoya la cabeza, encorvado, sobre el hombro derecho de ella y las manos de Clara presionan con delicadeza su espalda. Estoy inmóvil, incapaz de reaccionar, contemplando su imagen igual que si hubiera salido de mí mismo y flotara sobre ellos y diera vueltas y más vueltas y no hiciera pie y entonces Álex levanta un momento el rostro y veo sus ojos enrojecidos, lejanos, que se detienen un instante en los míos. Como si me embistiera con ellos, regreso de golpe a mi cuerpo clavado al otro lado del pasillo, contemplándolos con incredulidad. Con dolor. Con ese rayo que no cesa y rompe una y otra vez contra mi pecho. Me atraviesa de arriba abajo. No pienso. Solo obedezco a mi cuerpo cuando se gira y corre. A grandes zancadas, con la nieve que voy levantando al huir. Sucia, turbulenta, cegadora. Llena de polvo. Y corro hacia donde me lleve mi cuerpo. Obedeciéndole, obligándole. Mucho rato jadeando y la nieve, el rayo, el polvo y entonces comprendo que he llegado al parque y me detengo. La tempestad me rodea. Lluve, pero no me refiero a eso.

86

Bajo la lluvia, el parque adquiere una dimensión distinta, como un barco a la deriva en medio de la ciudad y la luz triste. Caen las gotas doblemente de los árboles. Todo es luminoso y hundido y oscuro. Por mi frente resbala la lluvia, por la nuca desnuda, el cuello del abrigo. Estoy inmóvil frente al banco donde se sucedió la batalla del soldado ruso. Entre las pestañas mojadas veo su madera humedecida. Charcos de barro. Viento frío. Me hace bien el agua resbalando por mi piel y entonces, como una llamarada, vuelve la frase de la amiga de Natalia a desvelar su incógnita. Me entra una risa floja y lloro. Toco la madera, palpo como un ciego en busca de sus cicatrices. Los surcos que llevan hacia las manos de Natalia, dulces, generosas. Y allí están los números tallados sobre el respaldo y la N. La imagino clavando una navaja, grabando con el movimiento redondo de su mano los números de su móvil para mí. El chico sin nombre, el que la besa y la busca y luego desaparece. Lo anoto en el móvil, escribo: Te estoy esperando en nuestro banco, bajo la lluvia. Marcos. Mi nombre. Y dejo que toda el agua me embista, me empape. El parque abandonado a esta lluvia. Sin pájaros, sin rumanos, sin niños. Solitario como el corazón del lobo, como lo oscuro del bosque y ese soy yo. Ven.

Furiosamente,
insoportablemente.
Esta oscuridad, esta lluvia.

87

Voy a bailar la guerra que no supisteis impedir y de la que sois responsables.

88

Estoy empapado, perdido en medio de este parque, de su luz devastada y de su lluvia. Solo. No puedo contener esta agua. Natalia no viene, añoro sus labios de fiebre y no viene. Quiero oír mi nombre en su boca como un disparo dulce. Pero ella no viene y solo escucho la lluvia. A ratos me alcanza la imagen de Clara y de Álex como un estallido. Un vértigo metálico que trepa por mi estómago, se asoma a mis ojos. Y no es solo Clara ni Natalia ni Álex. Soy yo. Arrecia la lluvia. A mi móvil llegan multitud de mensajes y ninguno es de Natalia. No quiero leerlos. La oscuridad empieza a invadir las hojas de los árboles, el cemento. Se encienden las farolas y veo las ráfagas de la tempestad inclinadas bajo su luz anaranjada. El reflejo en los charcos embarrados. Las gotas golpeando el mar contenido en ellos. Entonces me levanto y grito con los brazos en cruz: ¡Bailaré la guerra! Y lo hago. Con la fuerza del tronco, me desplazo bajo la lluvia, entre los charcos del

parque. Organizo el espacio en relación a mi cuerpo, a la expresión de las líneas que forman mis brazos, a mis piernas al moverse y girar y saltar, mientras una emoción me empuja. Me obliga.

Hasta que me detengo llorando bajo toda esta lluvia. A lo lejos, unos desconocidos me miran. Uno de ellos alza las manos y aplaude. Inclino la cabeza como si estuviera saludando, pero no es eso. Es que me pesa y no quiero que vean mis ojos.

Se acabó. Es la última vez que bailo.

Voy a casa, tiritito, tengo fiebre.

89

«El caballito está cansado», murmuró Nijinsky después de bailar ante sus amigos en el hotel Suvretta de Saint-Moritz, en Suiza. Antes de comenzar, se sentó largo rato mirando con fijeza a los presentes. Al fin, con unas piezas de terciopelo negro y blanco, formó una cruz en el suelo. Extendió los brazos y gritó: «¡Voy a bailar la guerra que no supisteis impedir y de la que sois responsables!». Era el año 1919. Acababa de terminar la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra. Él había estado detenido en Hungría como ruso. Desde la ventana veía pasar las infinitas tropas. Jóvenes y jóvenes caminando hacia la muerte. Y el mundo quieto, expectante. El sol saliendo por detrás de los edificios como un día cualquiera. Su baile fue aterrador y fascinante. Su último baile. «El caballito está cansado», murmuró con una rodilla en el suelo, la respiración exhausta; tenía treinta años. El caballito, etcétera. Y Dios lo arrojó contra las paredes de la locura. La soledad. Treinta y un años en sanatorios mentales. El silencio de la esquizofrenia y el olvido. Su luz había durado tan solo una década; después, la noche. Una vez se escapó. Se encontró con soldados rusos que lo reconocieron y lo abrazaron. Estuvo bebiendo y bailando con ellos. Tenía cincuenta y seis años. Tal vez ese día fue feliz. Como la luz del relámpago. Después volvió al sanatorio. Murió cinco años más tarde. La noche se hizo eterna.

90

Abro la puerta de casa, chorreando. Los ojos irritados, las manos temblorosas. Antes de dar un paso y entrar, veo las siluetas de mis padres rotuladas por la lámpara que está detrás de ellos. Los brazos cruzados, la mirada llena de sus caballos salvajes, su óxido triste en esta oscuridad que rebosa luz por los contornos y me deslumbra. Como ángeles con aura. La tempestad de la noche contra los cristales.

¿De dónde vienes?

Del instituto.

No mientas.

No miento.

¿De dónde vienes?

Silencio.

Hemos recibido varios mensajes del instituto. Has faltado a todas las asignaturas de la tarde.

Comprendo lo idiota que he sido. Tirito.

¿Dónde has estado?

En el parque.

¡En el parque! ¿Y qué hacías allí?

Estás empapado, hijo.

Me castañean los dientes. Por un momento, sus siluetas se desvanecen en un destello blanco.

Ve a cambiarte de ropa.

No. Que explique qué hacía en el parque en lugar de estar en el instituto. ¿Cómo fuiste?

¿Corriendo a la pata coja?

La ironía de mi padre me duele. Tengo mucho frío y me encojo.

Que qué coño hacías en el parque.

No lo sé.

Mi voz es apenas un hilo.

¿Cómo que no lo sabes? ¿Ahora resulta que tienes amnesia?

Ve a cambiarte. Date una ducha caliente. Luego hablamos.

Mi madre contiene la ira de mi padre. Yo paso a su lado, trato de hacerlo rápido, pero me pesa el cuerpo, me doy contra la pared del pasillo, la puerta. Los oigo hablar en susurros. Lanzo toda la ropa mojada al suelo y me meto en la ducha. El agua ardiendo me reconforta, me golpea. Envuelve mi piel. Sentado en el baño, encogido en la toalla, me miro al espejo. La cara pálida. El brillo de los *brackets* en este gesto de la boca asustada, entreabierta, los ojos enrojecidos y huraños. También soy ese rostro. He tomado una decisión y no sé cómo decírselo a mi padre.

91

¿Por qué lo has hecho?

Necesitaba pensar. Todo me sale mal.

Mi padre está de pie, mostrando su superioridad. Su autoridad. Yo estoy sentado en la cama. No quiero mirarle. Cuando hablo detengo la vista en mis manos. Pálidas, grandes, tristes. Las sujeto porque tiemblan ligeramente.

¿No es suficiente con el tiempo que tienes ahora que estás lesionado?

Silencio.

Contéstame.

No, no es suficiente.

¡Vaya!

No sé lo que quiero.

¡Ah, no sabes lo que quieres y por eso faltas al instituto!

No sé si quiero bailar.

¿Cómo?

Su estupor le hace abrir los ojos y adelantar el cuello. Pestañea varias veces, incrédulo, y sopla muy fuerte por la nariz. Como si fuera a soltar una carcajada única y seca, amarga, que no acaba de salir.

¿Que no sabes si quieres bailar? ¡Después de todo el esfuerzo de estos años, de todos nuestros sacrificios!

No digo nada. Vuelvo a mis manos, que se retuercen solas.

Mírame a los ojos. ¡Mírame! ¿No quieres bailar?

Y entonces, lentamente, levanto la cabeza y le miro. Retengo su mirada desafiante. De pronto siento que él es el culpable de todo lo que me sucede. De mi desconcierto, de mi impotencia. De mi estupidez.

No quiero bailar, digo y lo hago muy despacio, manteniendo su mirada, y mientras lo digo siento un dolor impreciso en el pecho y también un alivio y deseo de que la frase sea como un disparo, que le dé a bocajarro en el pecho a mi padre. Que lo mate de dolor porque esto que yo siento es su dolor. No el mío. Aprieto los labios con los dientes tratando de sofocar el incendio de mis ojos. En algún lugar de mi cabeza, la frase se repite como el eco ante el precipicio. Hay en ella un vértigo y un consuelo y no sé si es del todo cierta, pero la repito, apretando de nuevo el gatillo.

Mi padre se ha quedado mudo. Sigue mirándome obstinado en su incredulidad, los hombros repentinamente caídos, los orificios de la nariz abiertos como los de un toro, resollando su ira.

¿Cómo es posible? ¡Hasta hace muy poco era tu mundo y ahora te saltas el instituto y dices que no quieres ir al conservatorio! ¿Cómo es posible?

Era tu mundo, papá. El tuyo. Tú me metiste en él.

¿Qué? ¿Llevas siete años bailando porque yo te metí en esto? No digas sandeces. Siempre te hemos apoyado en todo y te hemos dicho que puedes dejarlo cuando quieras. Pero no se puede tirar el esfuerzo de todos estos años por la borda. Desde luego, este curso lo acabas. Con lesión o sin lesión.

No tengo ninguna lesión, papá. La he fingido para no bailar.

Los ojos de mi padre se encienden. Relinchan. Está furioso. Golpea con el puño la pared del cuarto.

Pero ¿cómo puedes hacer algo así? ¡Eres un mentiroso, un farsante! ¡Es increíble! ¡No eres el hijo que yo conozco!

Pues a lo mejor no lo soy. A lo mejor no soy quien tú quieres que sea.

¿Y tú qué sabes quién quiero yo que seas?

Nuestros gritos alarman a mi madre, que entra en el cuarto.

Ya está bien. ¿Queréis calmaros?

¿Pero has oído a tu hijo, que dice que ha fingido la lesión y que no quiere bailar y encima falta al instituto? Todo le da igual. ¿Dónde está lo que le hemos enseñado?

Antes de que mi madre diga algo, me adelanto y pronuncio con voz grave, retadora, mirando a los ojos de mi padre:

Yo no soy Nijinsky. Ni Álex.

¿Pero a qué viene eso?

Mi madre me mira compasiva. Saca a mi padre del cuarto. Déjame hablar con el niño. Tú

relájate. Se sienta en la cama, a mi lado. Me coge las manos. Yo voy a soltarlas, pero de pronto me gusta este tacto doméstico, cálido. Sus manos protectoras sosteniendo las mías.

Es normal que estés confuso, Marcos. Es mucha exigencia, mucha tensión, el conservatorio, el instituto. Pero tu padre tiene razón. No se pueden tomar las decisiones en caliente. ¿Te ha pasado algo, hijo? ¿Tienes algún problema con tus amigos, con algún profesor?

Muevo la cabeza lentamente, negando.

Dejar el conservatorio es una decisión muy valiente. Y hay mucho mundo fuera que puede llenarte. Pero debes meditarla para no arrepentirte. ¿De verdad que no te ha pasado nada? Has fingido una lesión. Eso es muy grave. Podías haber hablado con nosotros. Y hoy faltas al instituto... ¿Te ha afectado lo de Álex?

Me pongo en guardia.

¿Qué de Álex?

Lo de su madre.

¿Qué le pasa a su madre?

¿No lo sabes?

No.

Nos acaba de llamar la madre de Simón para contárnoslo. Pensé que habías faltado al instituto por eso...

¿Qué le ha pasado a la madre de Álex?

Está bien. Ya no corre peligro.

¿Pero qué le ha pasado?

Se ha intentado suicidar Hoy al mediodía. Por fortuna, un vecino la encontró. Parece que estaba muy mal, muy depresiva, y que desde Navidades había empeorado bastante.

Mi corazón empieza a latir fuerte. Los ojos enrojecidos de Álex, desde el hombro de Clara, vuelven a mirarme. A embestirme. Una y otra vez. Comprendo de golpe la amargura de esa mirada. No había resentimiento, sino dolor, lo mismo que en la expresión de Clara. Me siento diminuto, despreciable. Un egocéntrico vanidoso que cree que todo gira a su alrededor. Recuerdo los numerosos mensajes del chat de la clase, de mis amigos, que no quise mirar en el parque. Las palabras envenenadas que le grité a Álex en la biblioteca cuando él llevaba el peso de la depresión de su madre. Un oscuro moscardón zumba en mis oídos, en mi estómago. Es la culpa, la pena. Qué sé yo.

¿Estás bien?

Miro desamparado a mi madre.

No, no estoy bien.

Dejo caer mi cabeza en su hombro y me pongo a llorar como un niño.

92

Les he pedido a mis padres que me lleven. Les he prometido que no volveré a faltar al instituto y ellos me han rogado que no tome la decisión de dejar el conservatorio todavía. Que espere a la

gala de mañana, que espere un poco más, que trate de acabar este curso. Les he prometido que después de la gala les diré algo, aunque mi decisión es firme. Mi padre está como un animal desvalido, cazado. Se debate entre la furia y la lástima. Creo que a él le duele más que a mí perder este mundo del *ballet*, del espectáculo. Pero ha debido de hablar con mi madre y no dice nada. Mi hermano Luis está desconcertado. Mi decisión, ahora pospuesta, parece dejarle tan perplejo como a mi padre. Imagino que escuchó nuestra discusión de ayer noche, porque en la madrugada sentí su cuerpo caliente y menudo metiéndose a hurtadillas en mi cama. Su respiración de niño. Es su forma de decirme que está conmigo. Por la mañana nos peleamos y le eché del cuarto. Hay cosas que no cambian.

Han querido acompañarme los dos. Es temprano. El sol rebota en los cristales del coche, horizontal, arbolado, escondido a ratos por el perfil geométrico de los edificios. Llegamos y el freno de mano rasga el silencio del coche.

Prefiero que no me acompañéis.

Ellos asienten.

Te esperamos en la cafetería.

Dale un abrazo de nuestra parte. Ya sabes, cualquier cosa que necesite, que cuente con nosotros.

Afirmo y subo las escaleras del hospital. Planta segunda. Todo es blanco, puertas lacadas, batas, suelos encerados, cegadores en los reflejos rectangulares de las ventanas. 213 214. Al dar la vuelta al pasillo lo encuentro. Está ojeroso, pálido, las hebras del pelo desordenadas. Camina con la espalda erguida, lento, los ojos extraviados que de pronto vuelve y tropiezan con los míos.

¡Marcos!

¿Cómo estás?

Entre nosotros hay una distancia de un par de metros, el aire aséptico del hospital, tantas cosas.

Lo siento.

Él sonríe. Es una sonrisa triste y al mismo tiempo luminosa.

Han llegado mis tíos. Mi madre duerme. Iba a dar un paseo.

Te acompaño. Mis padres están en la cafetería. Dicen que si necesitas cualquier cosa, nos llames.

Gracias.

Caminamos juntos, el aire revuelto y perfumado de Álex me alcanza.

Bajamos las escaleras. Le sigo. Hay una zona ajardinada no muy lejos del hospital y me lleva allí. Nos sentamos en un banco de piedra. Al principio solo está el silencio, me cuesta decir algunas cosas. Él tiene la mirada lejos, contra los edificios y los guardarraíles del trozo de autopista que se ve entre dos bloques. Nos llegan los ruidos de los coches como abejorros repentinos, lejanos. El sol aún no calienta mucho, pero enciende las barras metálicas del aparcamiento, los capós de los automóviles, el verde de los plátanos y los chopos. Es tan temprano que no hay nadie. Apenas un par de siluetas a lo lejos.

No sabía lo de tu madre. Lo siento mucho.

Solo lo sabía Clara. Le pedí que no contara nada.

Yo soy tu amigo, podías habérmelo dicho. Creí que tu vida no tenía problemas.

Pues ya ves.

Siento mis palabras del otro día. Estoy muy confuso.

La vida es una puta mierda.

Guardamos silencio. Sus ojos se inundan súbitamente, adquieren una rojez vidriosa. Temo que se eche a llorar, pero se contiene.

Al menos tú tienes el baile.

Tenemos.

Yo no. No sé lo que tengo. Ni lo que quiero. A veces pienso que llevo toda la vida engañándome.

¿Por qué dices eso?

No pensaba contárselo, no quería hablar de mí, pero las palabras salen a borbotones de mi boca.

Estoy pensando en dejar de bailar. Dejar el conservatorio. No sé si hago lo que quiero o lo que quieren que haga. Tú siempre tendrás el baile. Eres muy bueno. Eres el mejor. Siempre he sentido envidia de ti. Espero que lo de tu madre no te aparte del *ballet*.

Soy bueno aquí, pero en el mundo hay demasiados buenos.

Tú estás entre ellos. Los problemas de tu madre no son tuyos. No puedes cargar con ellos. Tienes que hacer tu vida, tienes que bailar.

Pero vivo con ella. Y no puedo evitar sentirme culpable.

Guardamos silencio de nuevo. El sol destella en los coches que pasan. Un viento repentino levanta las ramas de los chopos.

Vaya dos, digo, y sonrío irónicamente, tristemente. Insoportablemente.

Entonces Álex también sonrío, se vuelve hacia mí, inclina la cabeza y me besa en los labios.

Un beso tierno, furioso, clandestino. Me quedo tan perplejo como mi padre ayer por la noche.

A lo mejor ahora empiezas a entender muchas cosas.

Dice y sonrío con tristeza mirándome a los ojos.

Noto trepar el calor por las mejillas. No puedo creer que Álex sienta algo así por mí, de esa forma. Por un instante, todo se remueve con su beso. Su belleza amarilla, los celos que siento al verlo con Clara y pienso si acaso no estaré equivocado en el objeto de mi deseo. Me imagino besando de nuevo a Álex, sus ojos en mis ojos, y no me disgusta este pensamiento. Me sonrojo. Entonces vienen los hombros de Clara, los besos de Natalia, lengua y *brackets*, a rescatarme de mi confusión. Esa seguridad en algo de mi vida me produce un alivio, como un viento fresco que recorre mi perplejidad. Y entonces la imagen de Álex gritándome en la biblioteca me alcanza como un bofetón de culpa. De vergüenza. No entiendes nada. Nunca entendiste nada. Y las miradas cómplices de Álex y Clara, sus reproches por mis huidas al parque, el rencor de sus ojos que escondía alguna forma de amor. Su amor. Y todo encaja y se desliza dentro de mí, desanudado. No sé qué decirle, no sé qué hacer.

No sé qué decirte.

No digas nada. Siempre me has gustado mucho. Aunque eres un poco egocéntrico, la verdad, imagino que como todos. Vas a tu bola y no te coscas de nada.

Dejo que me recrimine. Creo que es cierto y que me merezco sus palabras. Sigo conmocionado por su revelación. Su cercanía me ofusca. Me gusta y me incomoda a un tiempo.

Sé que estás loco por Clara. Lo que no entiendo es por qué tardas tanto en decírselo a ella. Por qué juegas con la otra chica del parque.

Un calor súbito me rapta la cara. Me arden hasta las orejas.

Oye, ¿en serio que vas a dejar el conservatorio?

Sí. Bueno, no lo sé. No sé nada, joder.

Él sacude su cabeza condescendiente, como si estuviera con un niño pequeño. Frente a él, mi decisión se tambalea. Me pongo de pie. Me avergüenza que estemos hablando tanto de mí cuando es él quien está pasando por una tragedia. Me gustaría irme. No sé qué más decirle. El silencio de pronto me angustia. Al fin encuentro algo que desvíe la conversación.

¿Vas a bailar mañana en la gala?

Alex me mira, inclina la cabeza. La palidez del rostro, sus ojeras, los labios amoratados. Todo cobra en él una belleza inusual, rota.

Sí. Mis tíos se van a llevar a mi madre al pueblo. Yo me quedo solo. Es un alivio para mí no escucharla llorar por las noches.

Si quieres que te hagamos la comida en casa o algo...

Álex sonrío divertido en medio de su desolación.

Llevo haciéndome la comida mucho tiempo.

¿Volvemos?

Ve tú. Tus padres te estarán esperando. Yo quiero quedarme un rato más aquí. Lástima que no fume. Sería una buena excusa.

Antes de irme, le miro en silencio. Él sonrío.

Qué pena que no sea gay, le digo. Eres un tío de puta madre.

Y nos abrazamos.

Cuando me voy en busca de mis padres, siento su mirada sobre mi espalda, el sol. El rayo que no cesa iluminándome, partiéndome por un instante, golpeándome como a un caballo viejo y cansado.

93

A pesar de que yo no bailo, hemos venido toda la familia. Luis a regañadientes, como siempre. El auditorio está lleno de padres, de abuelos, de hermanos y amigos, todos hablando excitados, buscando sus asientos, abanicándose con los programas o consultándolos para ver cuándo actúan sus hijos, sus nietos, sus amigos. Saludo a algunos chicos del instituto que están en otros conservatorios y que han venido a ver la gala. A los padres de mis amigos. La madre de Simón, por ejemplo, muy arreglada, sola, jugueteando entre risueña y nerviosa con la correa del bolso. Todos me preguntan por la lesión de mi pierna, me miran compasivos. Mis padres fingen conmigo la mala suerte del tirón del muslo, casi una rotura de fibras, qué desastre. Eso es que ha forzado mucho. Ahora a disfrutar desde la butaca, ya bailarás en junio. Y asienten y se ríen y me dan palmadas en el hombro. En ocasiones descubro a mi padre observándome. Le tiemblan ligeramente las aletas de la nariz. Aprieta las mandíbulas hasta que de pronto alguien le saluda, le grita algo y él gira la cabeza, sonrío, abre los ojos que destellan alegres. Qué gran comediante. Entonces descubro al anciano. Está con la madre de Manu, una mujer baja, decidida, apretada en

un vestido rojo y vulgar. Lo lleva del brazo. Es un viejo de cara malhumorada, corpulento, chato. Protesta, refunfuñando, mientras da golpeteos a diestro y siniestro con su bastón, que solo parece necesitar para imponer su voluntad. Imagino que es el abuelo de Manuel, que ha aceptado venir a ver a su nieto, y siento una súbita alegría, un nerviosismo inesperado. ¿Lo sabrá él?

Al fin, todos estamos sentados. Se oyen los últimos murmullos, las últimas toses. Se apagan las luces y comienza la música. Aún tardan en salir mis compañeros. Es después del descanso. En cuanto suenan los primeros compases, me pongo nervioso como si yo fuera, a pesar de todo, a bailar. El vestuario, el maquillaje y las luces los transforman. Son ellos y no. Parecen mayores, parecen marionetas, parecen ídolos. Brillantes, de ébano. De marfil. Bailarines profesionales. Un nuevo dolor me alcanza cuando Manuel da los primeros pasos. Mi cuerpo responde a la música moviéndose imperceptiblemente, tensándose, dilatándose. Se baila con la cabeza, no con el cuerpo, dice Rita en clase. Y eso hago yo ahora, sin moverme apenas, rozando el codo de mi padre, en pequeñas convulsiones involuntarias y rítmicas de los músculos. Sigo sus pasos, sus fallos, su forma tan diferente de la mía de abordar cada gesto. Cuando Álex hace su solo, mi cuerpo se relaja. Se deja llevar por su movimiento, sus ademanes trágicos que encierran el drama que vive. Lo saca todo, lo baila todo y cuando termina estoy dominado por una emoción que me deja exhausto. Entonces luchan Moro y Petrushka y yo también lucho. Clavo con Manuel la cimitarra en Petrushka y él muere. Me incorporo, aprieto los labios y aspiro una gran bocanada de aire, como si me faltase, como si necesitara inundarme de aire para sobreponerme a la muerte de la marioneta. Descubro a mis padres mirándome a hurtadillas y vuelvo a apoltronarme en el asiento. Aplaudimos.

Yo creo que esos saltos los habrías hecho tú mejor.

Mi madre le da un codazo a mi padre y él se calla, frunce el ceño malhumorado, lo alisa, sonríe teatral y perdido. Después bailan las chicas de mi curso, todas menos María. Busco entre ellas a Clara. Me cuesta reconocerla entre los tutús y los moños y el maquillaje. Al fin la distingo. No puedo dejar de mirarla. Sigo sus pasos limpios, elegantes, como si solo bailara ella. Algo vuelve a sucederme en el estómago ante el movimiento redondo de su brazo, que alza y luego baja como si con él naciese un rayo de luz que se deslizase desde los hombros. También veo sus errores, pero sé el esfuerzo que hay detrás de cada paso. Cuando termina soy el que más aplaude, el que más vitorea y grita bravos.

Me voy a verlos.

Antes de que mis padres me digan nada, avanzo entre las butacas, pidiendo perdón a unos y otros. Corro hacia las bambalinas. Allí están todos abrazándose. De pronto, siento que me caen encima. Simón, María, Álex.

Sois unos fenómenos. Lo habéis hecho genial.

Nos chocamos las manos.

Manuel y Luisa están abrazados de la cintura. Ella apoya la cabeza en su hombro. Sonríen. Vienen a darme un beso, pero no se separan, como siameses. Es la primera vez que hacen arrumacos en público y me sorprende verlos actuar como una pareja. En cierto modo me avergüenza, aún latente mi confusión con Luisa, mi deseo de Clara.

Esos están que no hay quien los despegue, se ríe Simón.

Ha venido a verte tu abuelo, Manu. ¿Lo sabes? Lo he visto con tu madre.

Manuel asiente.

No había estado más nervioso en mi vida.

Has estado estupendo. Seguro que ahora te pone el primero en la herencia.

Nos reímos.

Busco con la mirada a Clara. La descubro pegada al bastidor de terciopelo negro, entre las sombras de los focos y, sin embargo, reluciente, con su falda romántica de tul y la flor blanca en el moño. Me acerco. Ella me mira desde la hondura de sus ojos y es como un hilo que tirara de mí.

Lo has hecho muy bien, Clara.

Mi corazón contra el pecho. Un timbal, un animal vivo.

Ella sonríe tímida, inclina la cabeza, me mira. Las pupilas detrás de las pestañas rizadas, llenas de rímel. Me acerco para felicitarla y darle dos besos. Aprovechando la protección de la cortina, hago resbalar los labios. Caen en cámara lenta por su mejilla y su aliento como un incendio y entonces la boca. El beso. Nos separamos, mirándonos todavía a los ojos y vuelven las risas, los gritos de nuestros compañeros. Alguien se acerca impetuoso, mueve el bastidor, la tela pesada que ondula, y fingimos decirnos algo, cualquier cosa, como si no acabara de detenerse el mundo. Vamos hacia el escenario, donde están todos aún excitados, los cortinajes del telón cerrando el proscenio. Álex camina ya hacia los vestuarios con Manu. Se gira hacia mí y me guiña un ojo.

94

A la salida, mi padre insiste.

Pues Álex baila muy bien, hijo, pero tú no te quedas atrás. O no te quedabas.

Basta ya, le ataja mi madre.

¿Es que no puedo decir lo que pienso?

Quiero una hamburguesa.

Calla, Luis. Y tú, hijo, hazme caso. Sería una pena que lo dejaras. Eres excepcional.

Soy una persona normal, papá.

Bueno, y quién no.

Me encojo de hombros.

Nijinsky, supongo, pero lo digo tan bajo que no me oye y eso me alivia

95

Tras su muerte, a Nijinsky le amputaron un pie para examinar sus huesos. Buscaban en las células la grandeza de su baile, el tejido de pájaro que le hacía volar. Los médicos se llevaron un gran chasco. Se encontraron con que eran los huesos de un hombre corriente.

96

Yo también soy un hombre corriente. Sufro, toso, camino, tropiezo, me levanto.

Soy un hombre corriente *que nació muy pequeñito...*
Dame un abrazo, emocionado.
¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...

97

Leo a César Vallejo.
Leo a otros poetas.
Soy ellos.

98

Nijinsky fue un gran bailarín, pero en la vida era taciturno, parco, inútil.

Mientras habla, mi padre me mira fijamente. Está en pijama. Es tarde, la noche rompe en los cristales violentada por la luz de las farolas. Parece haber meditado mucho sus palabras. A medida que habla encuentro en ellas a mi madre, su eco. Sus reflexiones. Ha estudiado su discurso y yo le escucho rígido, levantando una barrera, seguro de que nada de lo que diga va a hacerme cambiar de opinión, me va a traspasar. Sus palabras caerán como agua sobre un plástico y, sin embargo, su manera de comenzar me ha dejado perplejo. De algún modo se filtran, me calan dentro.

Fue infeliz. No creo que su arte compensara su vida. No la inmortal, la que escribimos ahora, la que añoramos, sino la otra, su vida de verdad, la compuesta por cada segundo. Esa que se vive aquí y ahora y que es tan fugaz que cuando quieras darte cuenta ha pasado. Si le preguntáramos a él, quizá habría cambiado su arte por ser feliz. Tal vez no. La danza le llenó de dicha. Al menos durante diez años. Al menos algunos momentos de esos diez años. ¿Le compensó? Eso no podemos saberlo. Hay muchas cosas que no podemos saber. Que nunca sabremos. Me decías que él no había bailado nunca para su padre ni su padre para él, en Kazán, en Nijni Nóvgorod, dondequiera que fuese, que no le perdonó su abandono. Es posible. Es más que posible, pero no deja de ser la versión que contó su hermana Bronislava. Yo también leí la biografía escrita por ella. Nijinska cuenta lo que Vaslav Nijinsky le contó a ella. Tal vez él cambió su versión. Le contó

una cosa a su mujer y otra a su hermana. Tal vez se inventó ambas, tal vez lo inventaron ellas. ¿Cuál es la verdad? Nunca llegaremos a saberlo. Probablemente no perdonase a su padre. Adoraba a su madre, pero la verdad, si es que existe alguna verdad, murió con Nijinsky. El propio Nijinsky murió con su esquizofrenia a los treinta años, aunque su muerte física tardara mucho más en llegar.

A pesar de mi intensa curiosidad por lo que dice, sigo en guardia. Me hago el impaciente.

A qué viene todo eso.

No lo sé. Creo que son cosas pendientes.

Pretendes convencerme de que no deje de bailar.

Mi padre me mira a los ojos esta vez con pena y yo veo la estepa rusa y al soldado en la nieve y no soy yo, es él. Sin caballos, sin revólver. Viejo y dulce.

No quiero convencerte de nada.

Entonces, ¿has acabado?

Solo una cosa.

Qué.

Yo no quiero que seas Nijinsky. Quiero que seas tú.

Se levanta de la butaca como si le costara. Camina despacio hacia la puerta, con el pijama arrebujado en la cintura, los hombros encorvados, el siseo de las zapatillas al arrastrarlas.

Buenas noches, Marcos.

Y sale del salón dejándome solo, perplejo, indeciso. Papá.

99

Y quién soy yo. Quién soy.

100

Yo quería seguir bailando, pero Dios me dijo: Suficiente.

Alquilaré un caballo para que me lleve a mi casa.

Mi locura es el amor a la humanidad.

Estoy vivo y por eso sufro.

Soy el espíritu en el hombre que lleva el cuerpo de Nijinsky.

Todo eso escribió Nijinsky.

Quién era. Cómo era.

¿Y quién soy yo?

101

Supongo que la tarea del adolescente es descubrir quién eres. Escribir la biografía con el cuerpo, el primer beso, la primera explosión de adrenalina, los primeros golpes. Cartografiar la geografía de tu cuerpo. Recorrer con la memoria los mapas que vas construyendo. Inventar carreteras hacia los otros. Puentes, túneles con que atajar la soledad de ser uno mismo. *Oh, innoble servidumbre. ¡Ángel con grandes alas de cadenas!* Salto al vacío.

Mi madre me tiende un cuaderno rojo, con llave.

Toma.

¿Qué es?

Un diario.

¿Para qué?

No sé, para que escribas ahora que tienes más tiempo.

El qué.

Lo que quieras. Lo que te está pasando. Lo que has sentido este curso. No lo vamos a leer. Es solo para ti. Te propongo una cosa. No tomes una decisión todavía. Primero escribe.

Voy a negarme, pero mi mano es más rápida que yo y se extiende, coge el diario. Lo acaricia. Está forrado con una tela áspera. Roja, como el telón de un escenario. Dentro, el proscenio, la blancura sin estrenar de las hojas donde sucederá el movimiento, la palabra.

¿Lo harás?

No lo sé.

Por la noche lo abro. Voy a escribir Clara y pienso Natalia. Voy a escribir baile y pienso poesía. El móvil suena. Lo apago. Me tumbo en la cama. Los sonidos de la casa esparcen su geografía familiar. Tigres de la noche. Las palabras vienen y se derrumban a mi lado. Se escapan, las agarro de las alas, transparentes y delicadas como las de los coleópteros, tiro de ellas. Quizá sea buena idea que trate de detenerlas, de entender qué dicen. Me incorporo, escribo.

El cuerpo manda. Obliga, es un tirano. Lo miro en el espejo a través del vaho. Largo, recién amoldado a esta corpulencia que me desconcierta.

Tal vez las palabras me ayuden a saber quién soy. Al fin y al cabo, somos la historia que nos contamos y esta es la mía.

POEMAS

*La vida fue pájaro y vuelo,
después solo pico y ganas.*

Del poema Fragmentos Extraviados
del *Diario de Vaslav Nijinsky*.

LUIS ALBERTO SALVAREZZA.

*Siempre llega mi mano
más tarde que otra mano que se mezcla con la mía
y forman una mano.*

Del poema «Dicotomía incruenta»,
del libro *Persuasión de los días*.
OLIVERIO GIRONDO. Ed. Losada, 1942.

*Te recuerdo correr,
la apagada explosión de tu cuerpo en el agua.*

Del poema «Después de la muerte»,
del libro *Poemas póstumos*.

JAIME GIL DE BIEDMA.
Ed. Poesía para Todos, 1970.

*De todo lo que vuela y nos hace sufrir
nada más compasivo y simple que la lluvia.*

Del poema «Este otoño que tanto te quiero»,
del libro *Instrucciones para blindar un corazón*.
JOSÉ MARÍA PARREÑO. Ed. Tansoville, 2009.

*Y está triste
como una silla abandonada
en medio del patio azul.*

Del poema «Afrodita»,
del libro *Diáspora*.
CRISTINA PERI ROSSI. Ed. Lumen, 2001.

*No quiero que te vayas
dolor, última forma
de amar.*

Del poema «No quiero que te vayas, dolor»,
del libro *La voz a ti debida*.
PEDRO SALINAS. Castalia Ediciones, 2010.

Vivir, dormir, morir: acaso soñar...

Del soliloquio de Hamlet,
de la obra de teatro *Hamlet*.
WILLIAM SHAKESPEARE.

*¿No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras [...]?*

Del poema «No cesará este rayo que me habita»,
del libro *El rayo que no cesa*.
MIGUEL HERNÁNDEZ. Ed. Austral, 1999.

*Mansamente, insoportablemente, me dueles.
Toma mi cabeza. Córtame el cuello.
Nada queda de mí después de este amor.*

Del poema «Me dueles»,
del libro *Yuria*.
JAIME SABINES. Ed. Joaquín Mortiz / Planeta, 2012.

*Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...
[...]
Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...*

*Le hago una seña,
viene
y le doy un abrazo, emocionado.
¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...*

Del poema «Considerando en frío, imparcialmente»,
del libro *Poemas humanos*.

CÉSAR VALLEJO. Ed. Cátedra, 1993.

*Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.
Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.*

De «Las tres palabras más extrañas», del libro *Instante*.
WISLAWA SZYMBORSKA. Ed. Igitur, 2004.

*¡Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!*

Del poema «Contra»,
del libro *Poemas póstumos*.
JAIME GIL DE BIEDMA.
Ed. Poesía para Todos, 1970.

*Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!*

Del poema «Hombre», del libro *Anda*.
BLAS DE OTERO. Ed. Visor, 2008.

RÓMOLANIJINSKY: *Nijinsky*. Sphere Books Ltd, 1970.

BRONISLAVANIJINSKA: *Early Memoirs*. Holt, Rinehart and Winston, 1981.

RICHARD BUCKLE: *Nijinsky, a Ufe of Genius and Madness*. Pegasus Books LLC, 2012.



MÓNICA RODRÍGUEZ (Oviedo, 1969). Reside en Madrid desde 1993. Es licenciada en Ciencias Físicas, con máster en Energía Nuclear. Durante quince años trabajó en un centro de investigación, el Ciemat. En 2003 publica su primer libro infantil. En 2009 deja el trabajo en dicho centro para dedicarse por entero a la literatura infantil y juvenil. Tiene publicados más de una treintena de libros. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos, entre los que destaca el premio Gran Angular por su obra *Biografía de un cuerpo*. También el Ala Delta, el premio Anaya, el premio Alandar y el premio Fundación Cuatrogatos. Ha sido incluida en varias listas de honor. En 2017 fue ganadora de varios premios concedidos por jóvenes lectores.